María Josefina Cerutti

CASITA ROBADA

El secuestro, la desaparición y el saqueo millonario
que el almirante Massera cometió contra la familia Cerutti

Sudamericana

María Josefina Cerutti

Casita robada

El secuestro, la desaparición y el saqueo millonario que el almirante Massera cometió contra la familia Cerutti

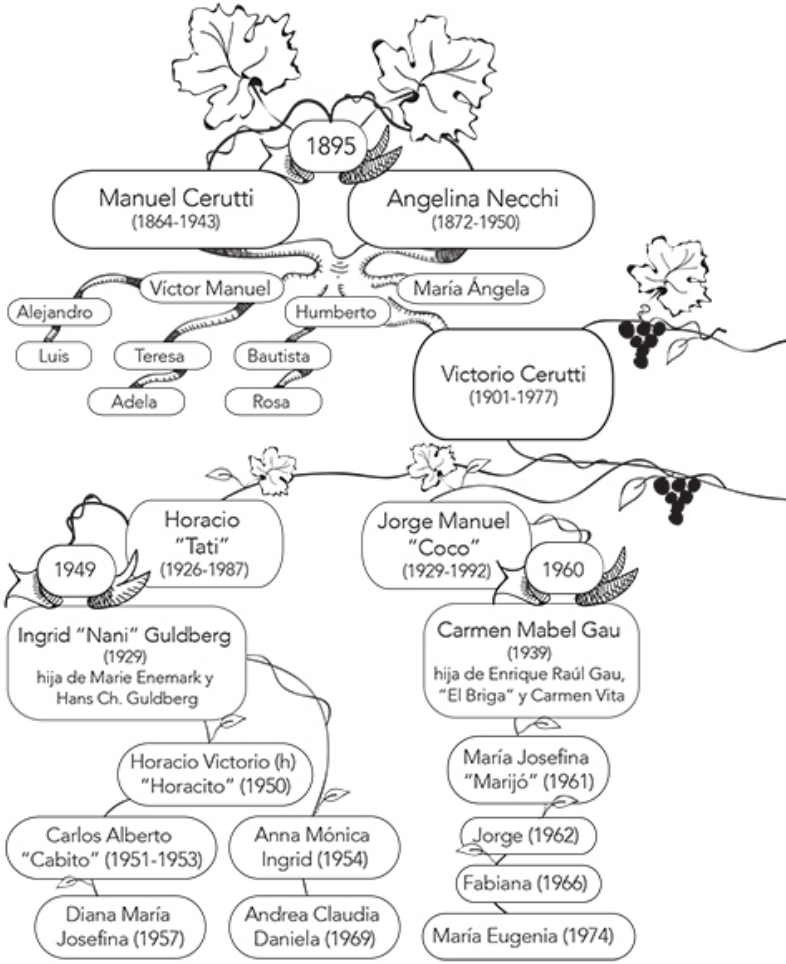
Sudamericana

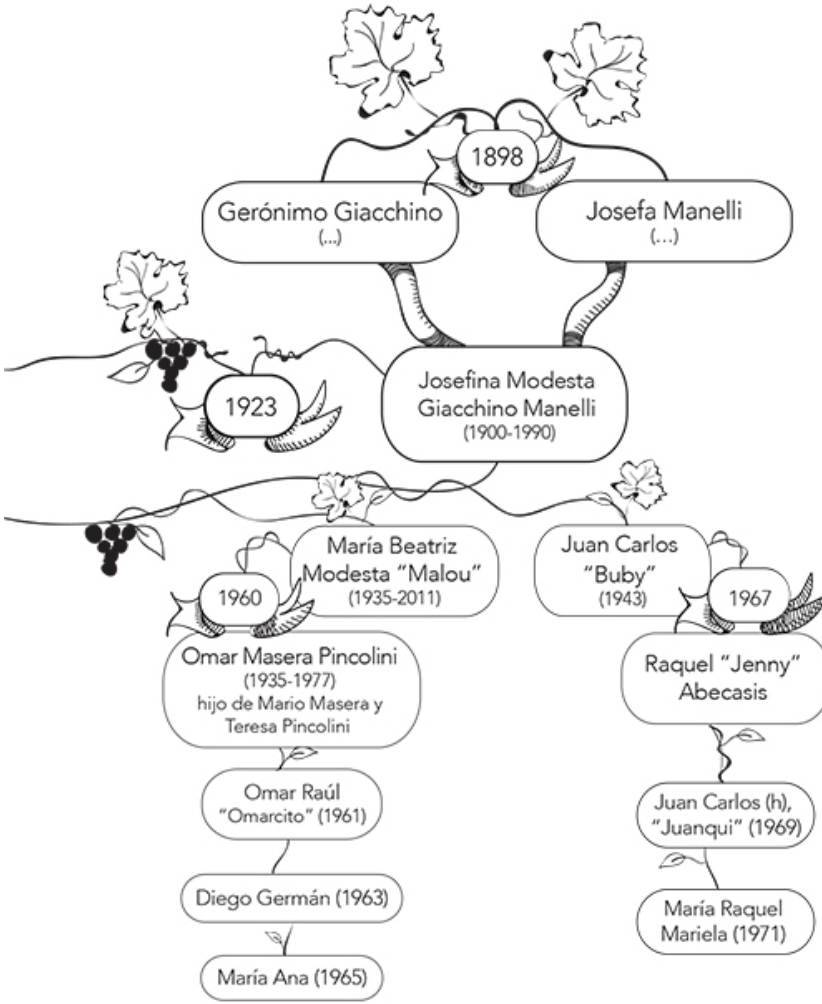
A mis sobrinos Dalyla, Matilda y Pedro.
A mis hermanos Jorge, Fabiana y María Eugenia.
A los hijos y nietos de mis primos.
A mis primos Horacio, Mónica, Diana, Andrea, Omar, Diego, Mariana, Juanqui y Mariela.
A mis tíos Horacio, "Tati", in memoriam, *e Ingrid, "Nani".*
A mis abuelos Victorio y Josefina, in memoriam.
A mi mamá.
A mi papá, in memoriam.
A Susana Toté.

Busco un espacio que no sea la verdad ni la fábula, sino las dos a la vez.

DELFINE DE VIGAN, *Nada se opone a la noche El abuelo me ha dicho que tú eres mi autora. ¿Qué quiere decir "autora"?, le pregunté. Y él contestó que me tejiste con lo que amabas: la tierra y el paisaje, las palabras, los recuerdos que se acurrucan contra lo invisible.* […] *Tu libro, por ejemplo, donde yo entro como a un pequeño infinito, está subiendo siempre a lo que baja, como esas piedras que el río lee en sentido inverso, a ver si consigue amar el corazón del daño.* […] *La eternidad hace su casa en las miguitas que no comemos.*

Heidi a su autora, Johanna Spiry, en *Cartas extraordinarias*, de MARÍA NEGRONI


1895
Manuel Cerutti
(1864-1943)
Angelina Necchi
(1872-1950)
Víctor Manuel
María Ángela
Alejandro
Humberto
Luis
Teresa
Bautista
Adela
Rosa
Victorio Cerutti
(1901-1977)
Horacio
"Tati"
(1926-1987)
1949
Jorge Manuel
"Coco"
(1929-1992)
1960
Ingrid "Nani" Guldberg
(1929)
hija de Marie Enemark y
Hans Ch. Guldberg
Carmen Mabel Gau
(1939)
hija de Enrique Raúl Gau,
"El Briga" y Carmen Vita
Horacio Victorio (h)
"Horacito" (1950)
María Josefina
"Marijó" (1961)
Carlos Alberto
"Cabito" (1951-1953)
Anna Mónica
Ingrid (1954)
Jorge (1962)
Fabiana (1966)
Diana María
Josefina (1957)
Andrea Claudia
Daniela (1969)
María Eugenia (1974)


1898
Gerónimo Giacchino
(...)
Josefa Manelli
(...)
1923
Josefina Modesta
Giacchino Manelli
(1900-1990)
1960
María Beatriz
Modesta "Malou"
(1935-2011)
Juan Carlos
"Buby"
(1943)
1967
Omar Masera Pincolini
(1935-1977)
hijo de Mario Masera y
Teresa Pincolini
Raquel "Jenny"
Abecasis
Omar Raúl
"Omarcito" (1961)
Juan Carlos (h),
"Juanqui" (1969)
Diego Germán (1963)
María Raquel
Mariela (1971)
María Ana (1965)

Cuna

Una escopeta le cruza el pecho. Lleva boina ladeada, camiseta, pantalón de trabajo y alpargatas. Transpira y camina, de una punta a la otra del portón verde inglés. Es febrero de 1944, un napolitano recién llegado cumple la orden de mi abuelo Victorio. Nadie más que él, su mujer y sus hijos pueden entrar en la Casa Grande. La casona de Viamonte 5329, en Chacras de Coria, Mendoza.

"La desgraciada situación en que se han colocado los herederos impugnándose mutuamente hechos graves e infringiéndose agravios" obligó al juez de la sucesión de Manuel Cerutti a designar un administrador que no perteneciera a la familia porque "con sus luchas y pasiones desatadas los herederos han perdido toda la noción de la medida y de la serenidad".

El padre de Victorio, que había muerto en septiembre de 1943, dejaba una montaña de bienes para repartir: la Casa Grande era la joya de su sueño americano. "Casi treinta años de pleito", decían en la familia. Expendiente de cinco cuerpos; 1.114 fojas de agravios, amenazas y citaciones. Más alguna que otra causa penal. La casona de Chacras de Coria fue para Victorio, que quedó a cargo de la presidencia de Manuel Cerutti S.A.

Como si hubiera tenido pelos, brazos y piernas se tironearon la Casa Grande. Como si vientre hubiera tenido. Herida y moreteada, la Casa Grande fue nuestra cuna. La misma cuna donde Victorio y Josefina mecieron a sus hijos: Horacio Victorio, "Tati"; Jorge Manuel, "Coco" (mi padre); María Beatriz Modesta, "Malou", y Juan Carlos, el "Buby Cerutti". Y a sus catorce nietos. Todos les decíamos Papá y Mamá.

Borceguíes

A las dos de la mañana del 12 de enero de 1977 se metieron unos autos en el jardín de la Casa Grande. No respetaron el cartel que decía "Prohibida la pasada, penado por la ley". De golpe bajaron quince tipos vestidos de azul y con borceguíes, medias en la cara y armas en las manos. De una corrida subieron la escalera que llevaba al jardín. Victorio y Josefina estaban en sus habitaciones. Coco seguía en el comedor de diario. La empleada dormía en el jardín, en una pieza que había sido el "Gambling" de una fiesta tipo "*spaghetti western"* que los Cerutti organizaron en los carnavales de 1955.

Los tipos de azul, con borceguíes, medias en la cara y armas en las manos, ya estaban en el patio de la Casa Grande cuando Coco escuchó gritos. "¿Dónde está ese viejo de mierda? Despertate, hijo de puta, que te vamos a matar."

Mi padre añoró su .45, pero los sentidos no le respondieron. A esa hora el alcohol lo tenía contra la silla. Por si acaso, las bestias le dieron tantas trompadas que quedó de nariz contra el piso. Alcanzó a ver pasar a Victorio encapuchado. A los empujones lo llevaban. Casi lo agarran también a él. Pero uno de los tipos gritó: "¡Déjenlo a ese, no ven que está borracho! Con el viejo y el ingeniero alcanza". Nunca más volvieron. Ni Victorio Cerutti ni su yerno, Omar Masera Pincolini. Lo secuestraron la misma madrugada y al mismo tiempo que a Victorio, mientras dormía con mi tía Malou y mis tres primos en la Casita, una de las casas que había en la finca. Los buscamos por cielo y tierra. "Se los habrán llevado los guerrilleros", decían los militares.

Victorio, de 75 años, y Omar, de 42, estuvieron secuestrados en la Escuela de Mecánica de la Armada, la ESMA, el campo clandestino de detención de la marina militar al mando del ex almirante Emilio E. Massera. Los vieron. Victorio dejó huellas: la camisa escocesa azul con rayitas rojas y amarillas que mi abuelo llevaba según los sobrevivientes que dieron testimonio en el Juicio a las Juntas en 1985 y en la Megacausa ESMA; su porte de italiano en América llamó la atención en ese infierno. Lo tiraron al Río de la Plata desde algún avión de la marina. También a mi tío Omar lo tiraron, como a otros argentinos. El agua marrón nos inundó.

Unos cuatro meses después del secuestro, la finca de Victorio

apareció con otros dueños. Llegaron en camiones y distribuyeron espumantes entre los habitantes de Chacras de Coria. Josefina vendió la Casa Grande, mejor dicho malvendió, apremiada por los paramilitares, que también presionaron a Malou para que dejara la Casita. La Casa Grande pasó de mano en mano hasta que se la quedó una empresa que quiso derribarla para hacer un supermercado. Los chacrenses se negaron; mis primos, mis hermanos y yo también. En 1998 fue declarada Patrimonio Histórico de la provincia, y el 4 de diciembre de 2014 el Estado Nacional la expropió para fundar allí, en el corazón vitivinícola de nuestro país otro Archivo Nacional de la Memoria.

Entre febrero y marzo de 2015, mis primas Mónica y Mariana y yo tuvimos la oportunidad de declarar en la Megacausa ESMA. Fui con la Casa Grande a cuestas. La proyecté en las paredes de la sala de audiencias. Conté quién había sido mi abuelo Victorio. Quién fue Omar. Quiénes éramos los Cerutti. En los ojos, en los oídos de Ricardo Cavallo, uno de los asesinos de Victorio.

Manuel

Emanuele, en la Argentina, Manuel, el nono Manuel, fue un inmigrante italiano, pionero de la vitivinicultura de fines del siglo XIX en Mendoza. Había nacido en Piamonte en 1864 en el *cascinale* o caserío de Santa Croce de Borgomanero. Hijo de un jornalero, Emanuele emigró. Lo habían despabilado los cuentos que, sobre América, escuchaba en la plaza del pueblo. Que todo era más fácil. Que había tierra para comprar y trabajo para hacer. Que la carne era tanta que la tiraban.

Desembarcó del *Sirio* a orillas del Río de la Plata en enero de 1885. Jamás hubiera imaginado que el mar podía ser tan turbio. Trabajó en Buenos Aires en la cervecería Bieckert, fue operario en Córdoba en la construcción de la represa Cassaffousth, y obrero del Ferrocarril Central de Perú. En Lima supo que en Mendoza se hacía vino. A dedo partió al sur y por Santiago se animó a cruzar la cordillera. Cuenta la leyenda familiar que Manuel se cuerpeó con un indio que le dio un puntazo en una costilla. El jefe de la tropilla de arrieros que lo rescató le ofreció una hija, pero Manuel recordó la frase que se repetía en Borgomanero: *Moglie e buoi, di paesi tuoi* (Mujeres y bueyes, que sean de tu pueblo). Se empleó en el Ferrocarril Gran Oeste Argentino, luego Buenos Aires Al Pacífico (BAP), donde quedó a cargo de una de las estaciones. Contratista de viñas, después propietario, se casó en 1895 con Angelina Necchi, también italiana hija de inmigrantes. Tuvieron diez hijos. Los dos primeros, Alejandro y Rosa, murieron en 1920. Siguieron Víctor Manuel, Victorio, Teresa, Adela, María Angela, Bautista, Humberto y Luis. Crecieron entre los viñedos que compró en Coquimbito, Maipú. Apenas pudo, mi bisabuelo trajo de Italia a su madre y a sus dos hermanas, que también se casaron en Mendoza con dos hermanos italianos.

Manuel fundó la empresa Bodega y Viñedos de Manuel Cerutti. Tuvo la marca de vinos Colina Gatinara en recuerdo de las colinas que lo vieron nacer. Cuando en 1927 mi bisabuelo formó con su esposa y sus hijos la Sociedad Anónima Bodegas y Viñedos Manuel Cerutti Limitada, declaró tener un millón de pesos moneda nacional y los siguientes bienes inmuebles: en Coquimbito, 17 hectáreas de viñedos que había comprado en 1897, sumó ocho en 1916, más 24 hectáreas

en 1917 más otras 50 que compró en 1923. Las casi 100 hectáreas de viñas estaban cultivadas de uva francesa o Malbec, barbera, semillón y Pedro Giménez. También tuvo un terreno de 450 metros cuadrados en la ciudad de Mendoza que compró en 1908, más nueve hectáreas de viña en Chachingo, Maipú, que compró en 1910, y la propiedad en Chacras de Coria. En el testamento que Manuel hizo en 1932 declaró que todos sus bienes eran gananciales y que sus hijos Víctor Manuel y Victorio eran sus apoderados generales.

Compraba los toneles en Nancy, Francia, y, como todos los colegas, distribuía los vinos en el centro del país. Tenía depósitos en Buenos Aires. Fue tesorero y cofundador en 1917 del primer Centro de Bodegueros, hoy Bodegas de Argentina, que por algún período funcionó en la Casa Grande. Premiaron sus vinos en Italia en la expo de Milán de 1916. Manuel fue el primer importador del champagne Pommery en la Argentina.

Miembro de la Sociedad de Socorros Mutuos "Italia Unita" y cofundador del Club Italiano, Manuel amasó una fortuna. Volvió varias veces a Italia para ver a sus parientes. En Mercedes, provincia de Buenos Aires, su vendedor era Geronimo Giacchino, futuro consuegro y por partida doble.

Cuando los italianos decidieron relatar sus aventuras en el *far west* mendocino, crearon leyendas que transmitieron entre comidas y bebidas. América en América no era tan maravillosa como en Borgomanero. El año del casamiento de Manuel con Angelina hubo aluviones que destruyeron acequias, puentes y viñedos, más ochenta millones de langostas que arruinaron la vendimia. Los bichos fueron de norte a sur y vuelta. En masa salían los campesinos cuando se acercaba la nube negra de casi un kilómetro cuadrado. Caminaban entre las viñas golpeando y batiendo cucharas y cucharones, sartenes y cacerolas, para evitar que los bichos se comieran la uva. Pero las langostas arrasaban con todo.

Aquellos primeros días en América quedaron inscriptos entre papeles y sucesiones. En las cartas en dialecto o en italiano. En las frases cotidianas como la que repetía mi tío Horacio: *"Stai zitta o dopo ti picchio"* (Si no te callás, te pego).

Giuseppe Mazzolari

El 10 de enero de 1924 el nono Manuel hace su última gran inversión. Le compra a Mazzolari la finca y la casa que tenía en Chacras de Coria.

Hoy suburbio de la ciudad de Mendoza, Chacras de Coria era apenas un caserío de Luján de Cuyo cuando a principios del siglo XX Giuseppe Mazzolari, propietario de la Casa Grande, cedió parte de su tierra para que la municipalidad construyera el edificio de policía y la plaza General Jerónimo Espejo. Benefactor del pueblo, una de las calles principales de Chacras de Coria lleva su nombre.

¿Por qué Manuel compró esa y no otra casa? Es posible que Mazzolari tuviera alguna deuda con Manuel Cerutti. ¿O tal vez la había visto en *Mendoza, sus riquezas y sus bellezas*, el libro que se publicó para el Centenario de la Revolución de Mayo? Dice de la Casa Grande: "Esta finca tan ventajosamente ubicada en una de las zonas más lindas y pobladas […] La extensión es de 37 hectáreas en conjunto, en su mayor parte de cepas Malbeck y una corta extensión de criolla."

En el libro se lo ve a Giuseppe Mazzolari, ojitos tristes con cara de Papá Noel. Pelo, bigote y barba blancos. Mazzolari se suicidó días después de una vendimia difícil. Estaba lleno de deudas. Su hijo, Luis Mazzolari, vendió la Casa y volvió a Italia.

La descripción de Giuseppe Mazzolari que hace el libro es la misma de la mayoría de los inmigrantes italianos en la vitivinicultura de Mendoza. Campesinos pobres y analfabetos del norte de Italia, conocedores del arte de hacer vinos. Primero contratistas, luego propietarios de viñedos.

Frente de la Casa Grande según aparece en el libro *Mendoza, sus riquezas y sus bellezas.*

"Ha quedado inaugurada una espléndida casa habitación, en el frente de la propiedad, con todas las comodidades y construida expresamente por el joven Luis Mazzolari, para su residencia. […] En esta nueva casa se ha construido una espléndida pileta de natación, provista con cañerías y filtros especiales. […] El patio forma una gran terraza, a una altura de más de un metro del nivel del suelo. Las habitaciones son espaciosas y ventiladas, consultando más que el lujo, las comodidades y la higiene".

Manuel se quería expandir, y esa propiedad encajaba muy bien con sus proyectos. "Además, le gustó a la nona Angelina", recuerda Oscar "Cacho" Cerutti, uno de sus nietos.

El nono Manuel caminaba la finca y supervisaba la vendimia. Almorzaba con la familia y, cuando se iba a dormir la siesta, Humberto, el hijo menor, ocupaba el lugar del padre y lo imitaba. Se acariciaba la panza, o hacía que se estiraba los bigotes. Los hermanos se reían sin parar de las morisquetas de "Umbertino". Angelina bailaba la tarantela. Analfabeta y en medias lenguas mi bisabuela siempre pedía moneditas para los nietos. "*Dammi i soldi e riccorda* que todo *i soldi* que me darás nunca será suficiente. Jamás podrán pagarme toda la leche que me mamaron", repetía.

Manuel organizaba las fiestas de fin de año en su casa nueva de Chacras de Coria. Envolvía con guirnaldas de luces el pino que él mismo había plantado en el centro del jardín. Quería la mesa tendida con manteles de hilo traídos de Italia. Más los platos de porcelana, las copas de cristal, los cubiertos de plata. A veces ponían la mesa en el

jardín, otras en el centro del patio. Ochenta personas llegaron a sentarse a la mesa de Navidad de Manuel y Angelina. Mi bisabuelo compraba la cena en la Confitería Colón. *Cosí no trabaca nesuno,* decía en cocoliche. Brindaban con Pommery.

Los hijos de Manuel se fueron casando. Sólo Bautista hizo la fiesta en la Casa Grande, pero Josefina Cambiaghi, su esposa, no quiso quedarse en Chacras. Dijo: “Ni loca vivo en una casa donde hubo un suicidio”.

Arroz amarillo

El nono Manuel era un enamorado del *risotto* al azafrán. El arroz amarillo que, según mi abuela Josefina, había que comer el 1º de enero para que el año empezara poblado de oro y dinero, "biyuya", como le decía mi abuela a la plata.

María, una de las hijas de Manuel, era la única que podía servirle la comida a su padre; también tenía que ayudarlo a ponerse la servilleta. La tía María debía estar parada al lado de Manuel mientras comía. Fue memorable el día que le sirvió el arroz pasado.

"Porco Dio, ma chi ha fatto questa schifezza?, gritaba (Puerco Dios, ¿quién hizo esta inmundicia?), mientras de a cucharadas tiraba el arroz en el patio de la Casa Grande. Pero, cuando *il risotto era bueno*, Manuel se metía la cuchara en la boca, miraba a lo lejos y exclamaba*: "Mamma mia quanto è buono! Quest'è l'Italia"* (¡Madre mía, qué rico! ¡Ésta es Italia!).

Manuel extrañaba su tierra. "*Borgomanero è il mio paese!"* [Borgomanero es mi pueblo]*,* solía exclamar antes de irse a dormir. Mientras cruzaba el patio de la Casa Grande reía a carcajadas y lloraba al mismo tiempo.

El nono murió por insuficiencia cardíaca a los 79 años. Fue un gringo bravo, como se decía a sí mismo. De armas llevar bajo del poncho. Lo velaron en Coquimbito porque así lo había pedido. Hay quienes afirman que Angelina no fue al funeral; otros, que fue vestida de rojo y pasada de copas.

Hasta la muerte de Manuel, cuando los ocho hijos más la madre se enfrentaron para repartir los ¿bienes?, los problemas de la familia eran el granizo, si había venido o no el tomero (la persona que se encarga de distribuir el agua en las fincas), quiénes harían la vendimia, o que Victorio, ya casado, pasaba demasiadas horas fuera de la Casa Grande.

Paraíso

Poco antes de cumplir 68 años, Manuel se embarca en el *Gran Expreso Giulio Cesare.* Vuelve a Italia para el casamiento de su primo Luigi. Viaja con sus ángeles: Angelina, la esposa, y María Ángela, su hija. "Uuu…, Emanuele", me dijo Giuseppina, la mujer de Luigi, cuando la conocí en Borgomanero en 1988. "Llegó con un sombrero de ala ancha. Contó su América. Que hacía vinos. Que tenía una Casa Grande y una finca de uvas riquísimas en un pueblito al pie de los Andes, más parecido a Italia que a Mendoza."

Chacras de Coria era el lugar que elegían los productores de vino de principios del siglo XX para pasar las vacaciones de verano. Arbolado de plátanos, tilos y aromos, el pueblo tuvo su máxima expansión entre los años treinta y cincuenta del siglo XX, cuando los hijos de la burguesía del vino disfrutaron de vendimias acumuladas por padres y abuelos. Cabalgaban hasta el Pedemonte. Se largaban en patines del cerro Melón o se bañaban en los canales. Veían las últimas películas en el Gran Splendid. Tenían reservadas las primeras filas.

La Casa Grande era el sol y los planetas eran la finca, la bodega, las viviendas de los contratistas y la Casita (la primera casa de Mazzolari). La Casa Grande tenía diez habitaciones, living comedor, cocina, comedor de diario, patio y galería. Sótano, jardín, pileta de natación, salón de juegos, gallinero, corral y lavadero de autos. La construyó un italiano que reprodujo el modelo de las *ville pompeiane* o mansiones pompeyanas antes de que el Vesubio derramara lava sobre Pompeya.

La planta de la Casa Grande seguía el modelo que habían elegido las nuevas burguesías del Imperio Romano tras el nacimiento de Jesús. Una casa de vacaciones con vista al Mediterráneo. Los jardines reproducían en menor escala los parques de terratenientes y aristócratas imperiales que los nuevos ricos imitaban.

Para griegos, persas y tribus latinas, el jardín era sagrado porque allí enterraban a sus ancestros. En Grecia los jardines eran abiertos. Cualquiera podía entrar y pasear entre árboles, bosquecitos, arroyitos o fuentes. Para los persas, el jardín era el *paradeiso*, que quiere decir recinto. A los hombres y a las mujeres del Mediterráneo les gustaba estar en el paraíso. Respirar el perfume de las plantas. Epicuro (341-270 a. de C.), que invitaba a sus discípulos a reflexionar entre

higueras, vides y rosales, afirmó que “los bienes son para aquellos que saben disfrutarlos”.

Hasta que nuestro volcán estalló, hasta que las bestias se llevaron a Victorio, el *paradeiso* de la Casa Grande, incluidos su estanque para pececitos de colores y la estatua del angelito que Manuel mandó traer de Italia, imitaba un paisaje de colinas parecido al pueblo del nono. En más de un sentido, podría ser “El jardín de los Finzi-Contini-Cerutti”.

Piel

Los Cerutti llamaban la atención. Vivían en el corazón del pueblo. ¡Y en esa casa! Eran simpáticos y seductores, recuerdan los vecinos. Lindos. Soberbios y arrogantes. Gritones y nostálgicos de la gesta del nono Manuel y de una Italia que sólo algunos conocieron de adultos. Eran rubios con ojos celestes, verdes o miel, como gran parte de los italianos del centro y del norte de Italia que se establecieron en Mendoza. Decían que eran narigones por culpa de alguna caída.

A diferencia de otros vitivinicultores, sobrios y severos, los Cerutti eran más de piel. Sanguíneos. Tomábamos vino desde chiquitos, en vasitos de plástico con pajita incorporada. Agua o soda con una gotita de tinto. Comían delicias que preparaban las mujeres bajo la dirección de Josefina. Organizaban fiestas inolvidables y descorchaban champagne.

La Casa Grande

Ahora el frente de la Casa Grande está pintado de blanco y marrón arena, pero lo conocí con ladrillo a la vista. La puerta, que fue portón, es de roble y tiene cuatro hojas. Fue portón porque en tiempos de Mazzolari por ahí entraban con los caballos. El nono Manuel, en cambio, entraba con los autos. Josefina nunca lo permitió. Ni autos ni caballos. *Es cosa de indios,* afirmaba.

Encima de la puerta hay una *meridiana,* como se dice en italiano. Es un reloj de sol de catorce gajos de vidrios de colores. Rojo, ámbar, verde y azul. Más arriba, un racimo de uvas como escudo. Los inmigrantes fundaron linajes vitivinícolas italianos fuera de Italia con sus modos de hacer con la tierra, campesino y cotidiano. Nos legaron sabores, perfumes, texturas, paisajes. Estilos de vinos y comidas. Formas de querer y de no querer.

Hacia la izquierda, el portón. Siempre tuvo ese cartel que decía "Prohibida la pasada…" Mucho tiempo después de la tristeza que nos envolvió como un tornado de viento Zonda, mientras caminaba por *mi* Casa Grande, encontré el cartel tirado entre yuyos. Lo conservé algunos años en Buenos Aires hasta que fue hora de tirarlo.

A la Casa Grande se entraba por cualquier parte. Los que no eran de la familia tocaban el timbre, pero como se rompía seguido, usaban el aldabón de bronce que todavía cuelga a la derecha de la puerta. Sordo y metálico, el golpe retumbaba en la galería. La Casa Grande no se cerraba con llave ni siquiera de noche.

Miro y huelo la Casa Grande por la ranura del buzón siempre que voy a Chacras de Coria. Cuero y encierro, el mismo de entonces.

"No hay lazo que no se corte, ni tiento que no se gaste", leíamos en un cuadrito con gauchos que había en el vestíbulo. A la izquierda, el living. Enorme, con estufa a leña y piso de pinotea. Una puerta llevaba al zaguán donde nos sentábamos con Josefina los atardeceres de verano. Debajo del parral de uvas negras y blancas. Pero un día mi abuela dijo "basta de zaguán, vamos al jardín". Horacio, su hijo mayor, no quería que le comiéramos esas uvas deliciosas.

A la derecha de la Casa Grande estaban las oficinas de la Viñedos y Bodega Victorio Cerutti que olían a grafito. Allí fuimos bodegueros mientras el nono Manuel nos miraba desde un cuadro. Teníamos

escritorios de roble con secreter y alzada. Sillones giratorios, papeles con membrete.

Seguía la ropería, donde guardábamos los disfraces. Tres habitaciones más, la pieza de las empleadas, el baño y la cocina. Durante los inviernos jugábamos en la galería de baldosas calcáreas de colores. Teníamos teatro de títeres y casa de muñecas.

Aunque Josefina no estuviera, la galería tenía que brillar. La experta era Ingrid, la esposa de Horacio. Encendía el combinado, apoyaba la púa en el disco y el "Danubio Azul" de Johann Strauss sonaba desde el corazón de la Casa Grande.

Ingrid, que hubiera querido ser bailarina clásica, silbaba y bailaba con el mechudo, como le decía al lampazo. Bailaba y barría y hacía brillar las baldosas de Josefina como si fuera Sissi emperatriz en un baile de gala. O Cenicienta.

Con la última nota, un *pas de deux* hasta la lata con kerosene. Sumergía su *partenaire* y a cocinar. Mi tía preferida hacía la masa del *strudel* de manzana con el mismo amor con el que nos abrazaba. Ingrid quería que comiéramos rico y sano.

Pegado al living, el sótano. Las puertas eran pesadísimas. En los respiradores enrejados los varones jugaban a las bolitas. Los más chicos teníamos prohibido bajar solos al sótano. Olía a humus, tierra, humedad y vino. Guardaba cosas viejas, un mecano alemán y los autitos italianos que Coco le había traído de Europa a Carlos Alberto, "Cabito", el segundo hijo de Horacio. Pero cuando mi padre volvió, supo que su sobrinito había muerto de falso crup una noche de mucho frío. "Se demoraron en hacerle la traqueotomía para que pudiera respirar, si no se hubiera salvado", cuenta Mónica. Se ahogó en la pieza donde se suicidó Mazzolari. La misma en que me hicieron mis padres.

Nadie nombraba a Cabito. Como yo quería conocerlo, si veía una foto que podía ser suya, preguntaba: "¿Este es 'el nene'?". La respuesta a mi pregunta era el silencio. Mi primito muerto había perdido el nombre. Me enteré de que le decían Cabito muchos años después, cuando entrevisté a unos parientes de mi tía. "La culpa fue de Ingrid. No lo supo cuidar. Los dinamarqueses son brutos", se animó a decir Josefina.

En el sótano quedaron, además, los libros que mi abuela arrumbó cuando empezaron a nacer sus hijos. Una *Gramática latina* y dos de Ricardo Rojas. Con los hijos se acabaron los libros, le dijo Victorio a Josefina. Mi abuela aceptó, pero seguro que le dolió en el alma.

Fatto in casa

La cocina de la Casa Grande tenía de todo, incluida una Ramona de Landrú que Malou había pintado en una de las paredes. Más pailas de cobre para hacer dulce de membrillo. Frascos, botellones y damajuanas. Cacerolas enormes que había que untar con ajo antes de llenarlas con agua para hervir fideos. Así la pasta era más rica, decía mi abuela.

Josefina repitió mil veces que el Flaco, como le decía a Victorio, jamás la había visto lavar los platos. Debíamos copiarla con nuestros maridos.

Mi abuela no quería hombres en la cocina. "Hombre en la cocina, hombre pollerudo", afirmaba. "Afuera, a jugar a la finca", mandaba a los más chicos.

El comedor de diario estaba pegado a la cocina y tenía un ventanal enorme que daba al jardín. En la mesa, que era grande y anaranjada, el color preferido de mi abuela, hacíamos los deberes, el dulce de membrillo y los tallarines; la mermelada de rosas, con pétalos que Josefina quería que cosecháramos en los rosales del jardín. Unos veinte, entre grandes y chicos, almorzábamos, merendábamos y cenábamos los domingos de verano.

En la Casa Grande estaba prohibido sentarse a comer mojado, en malla o sin remera, también poner los codos en la mesa y hablar con la boca llena. Teníamos que apoyar la espalda contra el respaldo de la silla. Los únicos lugares fijos eran en la cabecera, Victorio y Josefina a su derecha. Eventualmente Horacio a su izquierda. En el medio, los otros hijos y los hijos más grandes de los hijos. Los más chicos, en la punta opuesta a Victorio que, cuando llegaba, quería la comida lista.

Los almuerzos de los domingos de verano eran de película. En la cocina, Ingrid y Kuky, Carmen Gau, mi madre, organizan los detalles para servir tallarines caseros con estofado de carne, tomates y hongos. El agua está por hervir. Victorio saluda a cada nieto con un beso y un abrazo. Con un beso a hijos, nueras y yerno. Un piquito a Josefina. Mi abuela se sienta, toma Hepatalgina y un traguito de vino.

El agua hierve. Tiran los tallarines. Horacio entra en el comedor y enciende los ventiladores. Josefina descubre que la jarra de plástico naranja está vacía. "Vayan ya a buscar agua del río Blanco", les pide a

los más chicos.

El agua del río Blanco era la más rica. Fresca y cristalina, llegaba de la montaña, y así nomás la tomábamos. En la Casa Grande teníamos canilla con agua del río Blanco. Los chacrenses, en cambio, la buscaban en algunos pocos surtidores que hubo en el pueblo.

Traemos el agua. Josefina le dice un secreto a Coco. "¡Secretos en reunión es mala educación!", dicen en coro los Cerutti. Mi abuela se ríe y contesta con una sus frases (siempre dice sus frases en la mesa). *Né in tavola né in letto si porta rispetto* (Ni en la mesa ni en la cama se muestra respeto). Y así es. Gritamos mientras nos sentamos. Nos peleamos entre los chicos.

Si me sentaba al lado de mi abuela sabía que antes o después metería su tenedor en mi plato. Pero qué le iba a decir, me la tenía que aguantar. "Si quieres ser feliz, no analices, no analices", me decía Josefina en el oído.

En la Casa Grande, la comida era fundamental. Nada se compraba hecho. Todo *fatto in casa,* casero. Josefina conocía los trucos para que la comida fuera deliciosa. Con sólo acercar la nariz a la cacerola adivinaba el punto de cocción. Que la sal gruesa va cuando el agua hierve, que cuando hay tomate mejor usar ají puta parió. Nunca ponerle aceite al agua para hervir los fideos. Si la pasta se pega, ¡qué asco!, es porque está pasada.

Todo lo que mi abuela cocinaba era riquísimo. No sólo pastas espectaculares. Ravioles, capeletis, ñoquis. Inolvidables las carnes al horno. Les ponía pimientos partidos en dos por encima, papas y batatas (camotes les decimos en Mendoza) a los costados. Y como amaba los colores, sus ensaladas eran cuadros.

Cuando el agua en las cacerolas hierve, Horacio entra en la cocina y mete la nariz en la salsa de tomates y hongos macerados con vino tinto y carne estofada. Ese perfume como de bosque oscuro en verano invadía la cocina. Buby también quiere probar. Si a Horacio le gusta, a Buby no. O viceversa. Entonces, se pelean. Que la sal, la pimienta, el tomate o los pimientos. Que en Italia se hace así o en Argentina se hace así. Coco desempata con alma conciliadora y experiencia italiana.

Los tallarines están listos desde el día anterior. Hacerlos con Josefina es como trabajar con Doña Petrona. Mi abuela volcaba los paquetes de harina encima de la mesa del comedor de diario, hacía un huequito en el centro para poner los huevos y empezaba a amasar. Los nietos nos embardunábamos, también nosotros metíamos las manos en la masa. "Para cocinar rico hay que ensuciarse", decía Josefina. Acomodábamos los fideos sobre el hule de la mesa de la cocina. Al pie

de la ventana para que se secaran al sereno: las masas son como telas que son textos. Volcán de harina. Huevo que es fuego. Letras que emergen. Bollo. Palabras.

Los Cerutti, todos, grandes y chicos, éramos cachorros hambrientos cuando estábamos en la mesa. Que dame la sal, que servime vino. No, mejor pasame el pan. Cortame un cachito de queso. Cómo cortar el queso era "cuestión de Estado". Si Horacio pescaba al autor de algún corte mal hecho, éste se tragaba un discurso sobre la mejor manera de cortar el queso. Si te comías el corazón eras el peor.

¡Mucha democracia con el queso, pero si a Horacio, mi padrino, los pájaros se le volaban era mejor huir con sus pájaros! Se divertía dándoles chicotazos en las piernas a mis primas, sus hijas. Como látigo usaba un repasador húmedo que tensaba con las dos manos. Cuando Diana se acercaba para servirle los tallarines, Horacio le soltaba el latigazo en las canillas. Y se reía a las carcajadas. Con Ingrid, su esposa, se cuidaba, pero a veces también se le animaba. Mi tía, siempre en su estilo directo, sin anestesia, le contestaba: "Tati, sos un pelotudo de mierda".

Para cortar el amargo, Buby festejaba las delicias de su madre. Cantaba: "¡Angelina sí, Angelina no, un aplauso para Josefina!". Los Cerutti aplaudíamos.

A Coco y a Horacio les encantaba conversar después de comer. Hacer sobremesas largas con chistes subiditos de tono como aquel que querían que repitiéramos hasta el cansancio. "A ver, todos juntos, digan 'Lápiz japonés'". Y con el alcohol en sangre que a esa altura del almuerzo tenía mi padre, me pedía que le acariciara el pirulín. El lóbulo de la oreja, que le picaba. Mi padre, que también le decía pirulín al pito, ¡quería que le sobara el pirulín de la oreja!

Josefina decía que los Cerutti éramos los Campanelli. Golpeábamos la mesa como si fuera tambor, y para terminar el almuerzo cantábamos: "No hay nada más lindo que la familia *unita*".

Mamajuana

Doña Petrona tenía a Juanita para que la ayudara, Josefina a María, la empleada. “María, traé el palote, querés”. Josefina agarraba el palo y así, como en chiste, miraba a María y le decía: “Si no te portas bien te lo voy a dar por la cabeza”, y le pegaba despacito en la mollera. Amasar con el palote calienta las manos. Y los brazos. Y se abre el pecho y se respira mejor.

María Sconfienza fue la única empleada doméstica que le duró a Josefina. Empezó a trabajar en la Casa Grande cuando nació Buby. Y se quedó hasta que Josefina se exilió. Murió en los ochenta.

María era gorda y tenía algunas dificultades para comprender. “María, panza fría, botijón de la alegría”, le gritábamos, o le pedíamos que dijera damajuana, pero como no le salía, decía mamajuana. Y nosotros nos reíamos a carcajadas.

“Sabandijas, ustedes son unos sabandijas”, nos decía antes de volver a la cocina para sacar los tallarines del agua.

Ninguna empleada se sentaba a la mesa de los Cerutti, ni siquiera María, que nos cuidaba como si fuéramos sus hijos. Comía en la cocina con las otras empleadas de la Casa Grande. Para Ingrid trabajó una chica muy joven que se llamaba Juana. Le ensuciábamos el piso justo después de que lo hubiera limpiado. O le escondíamos el mechudo.

Malou tenía una empleada que se llamaba Sarita Agüero. Joven, bonita y simpática, los chicos la espiaban cuando se cambiaba. Gladys, en cambio, tenía 13 años cuando llegó de una finca perdida en Tunuyán. Alta y grandota, la pasó mal con los Cerutti. Muy al estilo Casa Grande, ese de “puertas entreabiertas” o “entrecerradas”, mi madre descubrió que Gladys había hecho caca fuera del inodoro. Se enojó, se rió y convocó a los Cerutti a participar del “espectáculo”.

A María, Josefina le decía María. En cambio, las otras eran “las sirvientas”. Las echaba cada vez que encontraba a Victorio subiéndose el cierre de la bragueta mientras salía de la pieza de las empleadas. Dormían en una “cucha” ínfima. Aun en pleno invierno tenían que usar el baño que estaba en el jardín a unos cuarenta metros de la casa.

La escenografía cotidiana de la Casa Grande era como le gustaba a Josefina: macetas color naranja con patitas en la galería, flores en el

jardín, portones verde inglés. La ruda macho perfumaba el jardín.

Gladiadores

"Corran esos toldos", pedía Victorio cuando sentía el perfume de la lluvia. Tirábamos y nos colgábamos de las sogas. Nos reíamos cuando quedábamos pataleando en el aire. Mientras las primeras gotas mojaban el patio, viajábamos por la galería en bicicleta, en triciclo, en patines o en un sulky de ruedas oxidadas y dos caballos viejos y despeluchados de cartón. Piecitos en los pedales, riendas en las manos y a cabalgar cual romanos en una avanzada contra los bárbaros.

Gladiadores hubieran querido ser los varones más chiquitos. Romanos también. A la hora de la siesta, se apoderaban del corral como si fuera el Coliseo. Al mismo tiempo eran gladiadores y emperadores. Con la bosta hasta las rodillitas, gritaban "¡Circo romano, esto es el circo romano!" mientras tiraban piedras o petardos a los caballos para que dieran vueltas a su alrededor.

Rompieron dos veces a piedrazos los 107 vidrios de las ventanas de la bodega. Les quitaron las hondas y les sacaron los rifles de aire comprimido cuando tiraron desde la Casa Grande hacia la escuela donde estaban los "enemigos", algunos amigos y vecinos.

Mientras los grandes dormían la siesta, los más chicos jugábamos en la viña o entre los frutales. Viajábamos en bicicleta por los callejones de la viña. Los varones se subían al tanque de agua para ver la finca entera y los Andes. No teníamos demasiados miedos. Nada podía pasarnos, estábamos en casa. Alguna que otra caída, raspones o picaduras de bichos varios. Pero nunca hubo accidentes graves.

Teníamos muchos amigos en Chacras de Coria, pero Josefina no quería verlos demasiado tiempo en la Casa Grande. "Son extraños", afirmaba. Extraños, los amigos y vecinos. Tampoco podíamos invitarlos a la pileta. "Ensucian el agua", agregaba mi abuela. A veces le hacíamos caso.

Era una historia llenar la pileta. Como el agua era cara no podíamos cambiarla seguido. Por suerte, a mi tío Omar se le ocurrió hacer un pozo de agua surgente que llenó más rápido la pileta de un agua cristalina y muy fría. No nos importaba: la disfrutábamos a todo trapo todo el día. Nos tirábamos de cabeza desde las paredes altas que rodeaban la pileta. Hacíamos carreras. También nos ocupábamos de tenerla limpia. Temprano, antes de meternos, sacábamos bichos y

hojitas que caían durante la noche.

Carnaval era la gran ocasión para salir de la Casa Grande. En la ropería, que olía a transpiración y tierra, nos convertíamos en leyenda. En un ropero enorme de madera estaban colgadas nuestras mejores aventuras. Kimonos, velos de odaliscas, pantalones y cartucheras de *cowboy,* equipos de esgrimistas, pañuelos de gitana, bermudas de pirata, taparrabos varios. Más de una vez fuimos indios "guachipampas peludos". Disfrazados, nos enfrentábamos entre amigos y vecinos, los varones del lado del callejón de los olivos, las chicas en el jardín. A los bombazos nos empapábamos. Por la noche, íbamos a las retretas en la plaza de Chacras de Coria. Con los chacrenses de cualquier clase bailábamos sin parar, mientras Victorio, erguido con su sonrisa de siempre, caminaba entre la gente y saludaba a medio mundo. "Los nietos de don Victorio" bailábamos "Rosa rosa", "El extraño del pelo largo", "Estoy hecho un demonio", "Las olas y el viento", "De boliche en boliche", "Otra vez en la vía", "Zapatos rotos", "Qué lindo que es estar en Mar del Plata", "Quiero gritar que te quiero". Nos íbamos a dormir envueltos en risas, bailes y amores pueblerinos, con el pelo embadurnado de espuma y papel picado.

También bailábamos con nuestros amigos en el patio de la Casa Grande. Igual que mi tía Ingrid con su vals, los nietos de Victorio encendíamos el combinado, abríamos las puertas del living y, apenas apoyábamos la púa en el disco, a todo volumen explotaban las voces de Rita Pavone con "Viva la pappa con il pomodoro", de Nicola di Bari con "Trotamundo" o de Domenico Modugno con "Volare". Si estábamos con una veta más romántica, escuchábamos "Parole parole", de Mina. Mónica era la más bailarina. Yo la seguía.

Mayo del '68 entró en la Casa Grande con Gianni Pettenati y su "Ci sarà la rivoluzione, l'amore alla fine, vedrai, vincerà" (Habrá una revolución, y verás que el amor, al final, vencerá). Jorge, mi hermano, enrojecía cuando lo imitaba. Parado en las escaleras de la Casa Grande, levantaba los brazos, con los codos flexionados y los puños cerrados, gritaba "Ci sarà la rivoluzione!".

Teclas

Un atardecer de verano de 1969, Victorio regaba los malvones. Salí de la pileta. Crucé el jardín directo a la cocina pero me detuve. Horacito, mi primo mayor, escribía a máquina en una esquina de la galería donde también hacía verticales con Ingrid, su madre. En la Casa Grande nadie más hacía la vertical.

Mi primo mayor, futuro filósofo, escribía en la Olivetti vieja de Victorio. Las teclas eran redondas, negras y con el borde dorado. Horacito escribía y escribía sentado en una silla naranja de paja. Descalzo, con el pelo revuelto, en malla y sin remera.

Me quedé mirando a mi primo, que siempre tuvo un aire entre tierno y soberbio. Él no me vio. Volví a bajar pero me detuve. Quise escuchar mejor las teclas que eran letras que eran manos. Me prometí escribir la Casa Grande.

Borsalino

Don Cerutti, el viejo Cerutti, don Victorio, era muy sociable y educado. Mundano. Elegante, distinguido y cordial. Delicado, receptivo. “Rotario.” Un anfitrión inolvidable, dicen en Chacras de Coria. Había nacido el 25 de noviembre de 1901 en Coquimbito, Maipú. Ya era un dandy con toques aristocráticos cuando Manuel se hizo retratar con su familia en 1912. Manuel a la derecha, Angelina a la izquierda sostiene un ramo de flores. Los dos hijos mayores, Alejandro y Rosa están parados entre los padres. Víctor Manuel y Victorio, detrás del padre. Victorio apoya el brazo izquierdo sobre una mesita y cruza la pierna derecha por delante de la izquierda. Fue el único de los hermanos que hizo algo de secundario. Abandona la escuela a los 15 años cuando el padre lo pone a trabajar en la bodega. Deberá ocuparse del área comercial.

Emanuele, que se llamaba como Vittorio Emanuele II (1820-1878), primer rey de Italia y príncipe de Piamonte, nombró Víctor Manuel a su segundo hijo varón. Y Victorio a mi abuelo, su tercer varón. Monárquico, hijo de campesinos sin tierra, el nono Manuel construyó su reino en América.

Aunque fuera productor de vino, Victorio no consumía alcohol. Si tomaba era alguna que otra copita de Fernet Branca o de Ferroquina Bisleri que nos hacía probar a los más chicos. Mezclaba remedios para todas las edades con alimentos tradicionales: Gevral Proteína con café, leche S26, Glucolín y pedacitos de pan tostado, Criollitas o bizcochos Canale triturados.

Los sobrinos recuerdan al "tío Victorito" como "un fenómeno". Siempre con halagos y regalos para las mujeres. Era como su padre, dicen los que conocieron a Victorio. Perdía la cabeza por las mujeres. Esta ¿tendencia? de los varones Cerutti atravesó las generaciones. Entre familia, todavía se escucha decir, con cierta resignación, "¡Es un Cerutti!" si alguno es infiel, se separa o no se quiere casar.

Pícaro hasta los huesos, Victorio decía que viajaba a Buenos Aires a trabajar. Y todos los Cerutti íbamos a la estación del tren a desearle "¡Buen viaje, Papá!". Camisa, corbata y tiradores, llavero de oro desde el cinturón al bolsillo, como si fuera un terrateniente productor de caña de azúcar en el sur esclavista de los Estados Unidos, mi abuelo nos saludaba apoyado en el respaldo del asiento del coche salón. En San Martín, la siguiente estación, subía la señora o señorita que lo acompañaba a destino. Cuando a Victorio le gustaba una mujer no le sacaba los ojos de encima. Dicen que era hasta incómodo estar con mi abuelo picaflor en esos momentos. Yo me sentaba en sus rodillas para que me diera cucharaditas de su té de manzanilla, mientras metía mis deditos entre las arrugas de su cara o refregaba mis cachetes contra los suyos, todavía sin afeitar.

Lo recuerdo canoso y con todo el pelo engominado hacia atrás. Durante más de una hora hacía patinar el peine en la gomina Lord Cheseline, hasta que su cabeza quedaba brillante como un baño de plata caliente. Sentada en el piso del baño, lo miraba. Alto, elegante y muy concentrado en la perfección de su peinado. Después de afeitarse, volcaba Acqua Velva en sus manos y se la esparcía por la cara. Cerraba los ojos y respiraba el perfume. Papá, como le decíamos a mi abuelo Victorio, siempre olía delicioso.

En el baño, me contaba historias de Coquimbito, de su hermano, el tío Bautista, que había heredado la bodega que había fundado Manuel después de varios años de conflictos legales entre hermanos, más los hijos de una hermana que había fallecido y la nona Angelina que se había aliado durante un tiempo con Víctor Manuel, el mayor. La diferencia que hubo entre los herederos varones y las herederas mujeres fue uno de los ejes de aquella guerra civil.

Una mañana, Victorio suspendió en el aire el peine finito y blanco cargado de gomina y me dijo: "Un día te llevo a Coquimbito.

Agarramos el ‘Bizcocho’ y nos vamos”.

Pero Coquimbito, a sólo media hora de viaje en auto, era tan lejano como Borgomanero. Victorio casi ni iba a Coquimbito. Soñé con fugarme con el Flaco en su Citroën 3CV color bizcocho. Recorrer viñedos, comer caramelos y escucharlo cantar, reír o contar historias del nono Manuel cuando se hacía traer de Italia baúles con piezas de lino y cortes de seda natural, vinos del Piamonte y aceite de oliva de la Liguria.

Mandón hasta los huesos, Victorio era el gran patriarca de la Casa Grande. Le encantaba hacer negocios. Después de casarse, se instaló varios años con mi abuela y su primer hijo, Horacio, en Buenos Aires. En la capital del país se fraccionaban los vinos, y Victorio los vendía. Pero cuando Manuel empezó a sentirse viejo le pidió que volviera a Mendoza. Victorio no quería volver. Vivir en Buenos Aires era una experiencia inolvidable.

La noche, los cabarets donde promocionaba la marca de familia, eran su mundo. En el Chantecler conoció a las mujeres más bonitas y deseables que jamás hubiera podido imaginar. En cambio, en Mendoza tuvo que ocuparse del movimiento cotidiano de la bodega de Chacras de Coria, una tarea que no lo entusiasmaba demasiado. ¿Habrá sido entonces que tomó esa apariencia de tipo un poco contrariado?

Victorio jugó con sus nietos y los divirtió como no había hecho con sus hijos. A mi abuelo le gustaba disfrazarse. Se metía de noche en la ropería para envolverse en algún trapo o sábana blanca. Desde el patio de la Casa Grande, con el remedio de mi abuela en una bandejita, gritaba: “¡Hepatalgina para la gorda cochina!”. Entraba en la habitación de la Negra tambaléandose con una vela debajo de la cara como un fantasma en la oscuridad.

Trato de recordarlo entero pero sólo me vienen pedazos que no alcanzan a convertirse en un único Victorio. Cuando te daba un beso, lo sentías. Y cuando abrazaba, te envolvía. Tenía las manos grandes, flacas y secas. Blancas. La uña de uno de los pulgares estaba rota o había crecido mal. La piel del pecho era transparente, sin vello, venosa y con lunarcitos rojos.

De traje oscuro impecable, caminaba con su sombrero Borsalino hacia Rivadavia 256, donde funcionaban las oficinas “Cerutti”. ¡Me enorgullecía que ese señor fuera mi abuelo! Me gustaba mirarlo cuando venía a visitarnos. Coco le abría la puerta, Victorio dejaba pasar a Josefina y la seguía. Apoyaba el centro de su mano derecha en la copa del sombrero, lo levantaba y nos daba un beso. Camisa blanca, corbata. Tiradores. Zapatos con cordones siempre lustradísimos.

Victorio era “ganso”. Del Partido Demócrata (PD) de Mendoza.

Conservador al estilo inglés, si vale la comparación, pero a la usanza latinoamericana. Liberal sólo en las ideas económicas, porque en la política el PD siempre apoyó las dictaduras.

En la Casa Grande y en verano, Papá se levantaba temprano. Con la última Criollita del desayuno en la boca, bajaba las escaleras, atravesaba el portón y salía a recorrer su tierra, de la que nunca imaginó que lo sacarían encapuchado.

Pantalón marrón claro muy liviano, camiseta y camisa blanca arremangada hasta el codo. Zapatillas tipo Alpargatas. Como si lo viera, Victorio se va a la finca. Lleva un sarmiento en la mano.

Pasaba el puente del canal, hasta el tanque de agua, doblaba por el callejón que llegaba a la Casita. Se metía entre los viñedos. Hablaba con los contratistas. Daba un vistazo a los frutales y al mediodía, con las mejores ciruelas, esas rojas, dulces y enormes, volvía por el callejón de los olivos.

Durante la vendimia, antes de llevar a los cosechadores bolivianos a la finca, ordenaba: "Las mujeres y los chicos, detrás del portón, adentro de la Casa Grande". Josefina, la hija, las nueras y las nietas mirábamos la vendimia por entre los barrotes del portón o a través del enrejado. La finca se poblaba de desconocidos. Los hombres, grandes y chicos, eran los únicos de la familia que podían participar de esa fiesta. Cosechaban. Victorio les pagaba. Muchos chacrenses elegían cosechar en la finca de Victorio Cerutti. La viña era muy buena. Uva Malbec con cepas cargadas de racimos.

En 1956, cuando los Cerutti lograron algunos acuerdos en la sucesión, Victorio vendió objetos de la bodega para repartir parte del dinero entre los hermanos. Vasijas de roble, máquinas. La bodega quedó abierta de hecho para que jugáramos a los *cowboys*. Teóricamente no podíamos entrar sin permiso de Victorio, pero siempre encontrábamos la vuelta para "filtrarnos" en ese lugar oscuro que olía a vino. Humus. Paja seca. Desinfectantes. Hojas podridas. Mi abuelo había dejado de hacer vino. Siguió vendiendo la uva hasta los últimos años sesenta.

Un día de fines de febrero, antes de la vendimia, fui con Victorio al laboratorio, una salita de azulejos blancos, con tubos de ensayo, mesada de mármol y olor a mosto y desinfectante. Cerró la puerta, me alzó y me sentó sobre el mármol helado. Descorchó una botella, sirvió vino en una copa, la puso a trasluz y me dijo: "Así es el color del vino rico". Rojo intenso como un collar de rubíes. Rojo como la sangre que nos unía en la Casa Grande. Como las ciruelas negras que arrancábamos del árbol y lavábamos en las acequias.

"¿Listos para trabajar?", preguntaba Victorio antes de llevarnos a

la finca. Sí, Papá, le contestábamos en coro. “Entonces, *avanti bersaglieri”*, decía. “¿Se van a portar bien? Acuérdense, para saber mandar hay que saber obedecer”, agregaba. Era una de sus frases preferidas.

Caminar por la finca con Victorio era emocionante. Primero pasábamos por la ropería. “Dianita capitana”, como le decíamos a nuestra prima, se ponía un sombrero de fieltro, un saco enorme y unos pantalones gordos. En la cintura, una espada cruzada. Omarcito se envolvía en una bata de seda que supo ser el traje más elegante de la ropería. A Diego le gustaba ponerse de sombrero la máscara de esgrima que habían usado los hijos de Victorio y Josefina cuando los mandaban a estudiar esgrima. Mi hermano elegía ser *cowboy* con cartuchera y sombrero tejano. Mi disfraz favorito era un saquito negro de mujer china, de seda con flores doradas, un sombrero de *cowboy* y una pollera celeste, larga con volados y puntilla. Enganchaba una pistola en el elástico de la pollera. Pero mis ambiciones de rubia pistolera estaban lejos de hacerse realidad. Llegaba tarde a la fila. Me caía y lloraba. Cuando alcanzaba a la tropa, los soldados ya estaban a mitad del callejón.

Victorio iba a la cabeza con Peña, el contratista. Flaco y más o menos alto, en vez de arrugas Peña tenía surcos, iguales a los que hacía con el arado. Vivía con su familia en una casa de adobe en el medio de la finca. Estaba siempre de buen humor. Por debajo de las alas de su chupalla nos miraba de lejos con sus ojos criollos y profundos.

Trato de recordar el nombre de Peña, pero Peña era Peña. El contratista de Victorio le enseñó a jugar al fútbol a mi primo. Había sido arquero de Palmira, un club de Mendoza. Omarcito le pagaba con un vaso de vino de damajuana. Pero cuando Victorio lo vio, lo sacó corriendo.

En los tiempos en que mi abuelo hacía vino, el tren llegaba a la finca para que los contratistas cargaran las bordalesas con las etiquetas pegadas en la tapa, con destino al depósito en el barrio porteño de La Paternal. Pero en los años sesenta el tren ya no pasaba. Los más chicos de los Cerutti usábamos la vía para hacer como que caminábamos en la cuerda floja. Abríamos los brazos y volábamos. Cantábamos “Eran tres alpinos”.

Victorio nunca se metió con nosotros en la pileta. Miraba desde afuera. Quizás no sabía nadar. Al atardecer nos llamaba. Abría la canilla y, mientras regaba el jardín de la Casa Grande con la manguera hacía un puente de agua que se convertía al mismo tiempo en arco iris y lluvia torrencial. Pasábamos por debajo y aprendíamos que cuando

hay sol también puede llover.

Entreabierta

Josefina, doña Josefina, la Negra. Mi abuela tenía las manos gorditas pobladas de lunares color café con leche y pecas anaranjadas. Dobladas las puntas de las uñas que se pintaba de rojo ciruela. Irascible y gritona, a veces se iluminaba. Que la cabeza le iba a estallar, decía, y se encerraba en penumbras, como cuando se reunía con sus hijos para hablar de nuestras cosas de familia. Sentada en la cabecera de la mesa del living, medio de costado, con las piernas entreabiertas. A ambos lados, mi padre y mis tíos. Se sumaba el yerno, si quería, pero ninguna de las nueras podía participar de las penumbras de Josefina.

"A la abuela Josefina no le gustaba que la llamaran abuela. Ella decía que era una mamá grande […] que había que saber todo lo que pasaba en el mundo. Y para eso había que leer, leer muchos libros y también periódicos. […] A veces, se enfadaba con el abuelo Victorio porque él no quería leer", escribió mi prima Mariana, hija de Malou, en el libro *Mi mejor amigo*. En este libro Malou dibujó a su madre como si hubiera sido una abuelita, con delantal y anteojos. Pero Josefina nunca usó delantal. Era para las sirvientas. O para las nueras.

Puedo verla sentada en su silloncito anaranjado de paja, en la galería de la Casa Grande hojeando el suplemento cultural de *La Prensa*. Decía que las mujeres debíamos aprender a escribir a máquina. Era fundamental que estudiáramos, que supiéramos bailar y recitar.

Josefina pedía eficiencia y progreso, y también jugaba. Cuando estaba en vena, era muy chistosa. En Pascua, escondía los huevos de colores de la rosca que hacía la Confitería 9 de Julio y nos convocaba a la búsqueda del tesoro en el jardín de la Casa Grande. Pasábamos una hora revolviendo tierra, corriendo yuyos, mirando debajo de los autos o detrás o por adentro del horno de barro. Josefina moría por los tesoros. Si nos veía aburridos, ordenaba: "Vayan a leer *El tesoro de la juventud*", una enciclopedia infantil y juvenil en varios tomos, muy apreciada en esos años. Eran los únicos libros que había en la Casa Grande.

Además, cada uno tenía sus propios libros. Horacito, de filosofía y política. Omarcito leía *Sandokan, el Tigre de la Malasia.* Mis primas Mónica y Diana se dedicaban a *Heidi, Heidi y Peter, Papaíto piernas*

largas, Sissi, Sissi emperatriz, Sissi y su destino. Debo haber empezado a leer por contagio y por imitación. También leía para que Josefina me quisiera tanto como a mi primo Omar, su preferido. Nunca vi leer a mis padres. Mi primer libro fue *Heidi*, en versión de adolescentes grandes. Tenía dos o tres láminas. Había sido de mi madre. A medida que avanzaba, Josefina chequeaba mis progresos hasta que me gané un consejo: "Cada vez que te pongas a leer, tené a mano un diccionario, un lápiz y una goma. Subrayá lo que no entiendas y después vas a buscar la palabra al diccionario". Mi abuela, que siempre quería cerrar el portón, me abrió la puerta de la vida cuando aprendí a conocer el mundo que estaba escrito. Además, Josefina nos tejía. Un pulóver de lana por invierno, una remera de algodón por verano.

Mi abuela se desvivía por los detalles. No sólo mandaba a hacer sábanas y toallas, a medida y a su gusto, también encargaba manteles y servilletas que debíamos acomodar, por ejemplo, sobre cada plato como si fueran conejitos. Se envolvía la mano izquierda con una servilleta, pasaba una punta entre sus dedos superpoblados de anillos de plata, tiraba y aparecían dos orejitas del conejito-servilleta. Y todos los nietos hacíamos conejitos con ella.

A Josefina le gustaba el mundo. Aunque fueran las noticias de la tele. Para festejar el día de San José, a mi prima Diana y a mí, las dos Josefinas, nos llevó a ver *2001: una odisea en el espacio* la película que Kubrick estrenó en 1968.

La Negra se llamaba Josefa Modesta Giacchino Manelli. ¡Modesta pero Josefina! Ágil y fuerte, no medía más de un metro sesenta. Rellenita, pies hinchados, Josefa nació en Mercedes, provincia de Buenos Aires, en noviembre de 1902. Fue la mayor de nueve hermanos. Para su padre, Jerónimo Giacchino, era la Negra, porque tenía el pelo negro azabache y la piel blanca y tirante. Creció entre gringos agricultores, los que hicieron de la Argentina el granero del mundo.

La Negra logró convencer a Jerónimo. Le había pedido a su padre que le enseñara a manejar y que la dejara hacer cursos de farmacia en la Facultad de Medicina en la Universidad de Buenos Aires. Al final eligió Filosofía y Letras. Pero como su padre no pudo pagarle los estudios, fue niñera en las casas de la burguesía porteña. Aprendió sabores y saberes que nos transmitió al pie de la letra.

Los tíos de mi abuela habían sido parte de la Semana Trágica. Josefina tenía una abuela muy socialista, tanto que si los hijos no hacían huelga cuando había que hacerla, no les daba de comer. Mi abuela también se reconocía socialista.

A los Cerutti de un Manuel monárquico y conservador, Josefina no les cayó ni siquiera simpática. Universitaria, socialista y, encima, agarraba el volante. Decían que la Negra era una puta. Chismosa y despilfarradora, también. Tampoco a Josefina le cayeron bien los Cerutti. No sabían usar los cubiertos y comían en camiseta. No leían el diario. Tampoco sabían lo que pasaba en el mundo. Sólo les interesaba Borgomanero.

"A Josefina le gustaba 'reventar' Harrod's en Buenos Aires y El Guipur en Mendoza", recuerda Cacho Cerutti. Tuvo una colección enorme de alhajas. También le gustaba dormir en camas grandes, repletas de almohadones y sábanas de colores. Elegía camisones de seda natural, que después nos heredó. La seda natural era su tela preferida. Usaba una suerte de trajecitos en fiestas y té-canastas, pero para estar en la Casa Grande se ponía vestidos al cuerpo. Tenía uno azul marino con ribetes y botones blancos que siempre estaban bastantes oscuros. Para no arrugarse, mi abuela se bañaba lo menos posible. Nos impregnó su olor a sexo y cremas.

Josefina tuvo una masajista en Chacras de Coria. Varias veces me dejó acompañarla en su cita con el placer. Catalina, flaca, alta y pelirroja, iba y venía a lo largo y a lo ancho de la piel blanca y tensa de mi abuela, que se envolvía en la sábana como si fuera una toga romana. Moría por las termas de Río Hondo. Hijos y nietos heredaron el gusto de su madre por los masajes y los tratamientos de belleza.

Piriápolis

Los hermanos Víctor Manuel y Victorio se casaron con las hijas del propietario del almacén que vendía los vinos de Cerutti en Mercedes, provincia de Buenos Aires. Víctor Manuel, con Delia, y Victorio, con Josefa, que rápidamente se convirtió en Josefina.

De sombrero, bastón y polainas, el Flaco esperó a la Negra en la puerta de la Facultad una tarde de primavera de 1922. Josefina abandonó sus ilusiones universitarias y le dio el sí a Victorio en diciembre de 1923. Fueron de luna de miel a Piriápolis, el balneario uruguayo que aspiraba a ser la Punta del Este de hoy. El Flaco le aseguró a la Negra una familia, un marido apasionado y una industria pujante. Hijos profesionales. Se prometieron recrear y transmitir el refinamiento de la nueva burguesía del vino.

Me hubiera gustado conocer más de ese amor entre Victorio y Josefina. ¿Qué le gustó a uno del otro? ¿Qué se dijeron? ¿Cómo fue el primer encuentro?

En la galería y en las escaleras que bajaban al jardín de la Casa Grande volcaron desamor y enfrentamiento. “Se llevan muy mal”, escuchaba decir a mi madre y a mi tía. “Él, siempre con otras”, cuchicheaban.

Victorio siguió con su vida de soltero. Hijo de América, la conquista no había terminado. Josefina no se adaptó a la propuesta tácita del Flaco, el modelo de matrimonio burgués: el hombre con varias, la esposa con los hijos.

No sé cuándo el Flaco y la Negra empezaron a tener habitaciones separadas. Nunca los vi dormir juntos, tampoco besarse. Ni siquiera los vi abrazarse. Un pico para saludarse. Algún chiste. Pero hay una foto donde parecieran amarse. Tendrían poco menos de sesenta años. Están al pie de la escalera de la Casa Grande.

Vi a mis abuelos muy jóvenes en las imágenes sepia de la película que el nono Manuel había hecho filmar para mostrar en Italia los detalles de su América. Cuando Hollywood fue modelo para varios bodegueros italianos en Mendoza que actuaron sus propias películas. Les gustaba mirarse entre viñedos, bodegas, autos último modelo y casonas pompeyanas. Muchos hijos. Rodeados de obreros, empleados y cosechadores. Con los Andes de fondo y el brillo de esos soles mendocinos. Ese brillo. Aquellos soles.

La película del nono Manuel había quedado en algún lugar de la bodega en una caja de lata oxidada, como de pizza. La vimos todos los Cerutti. Una tarde de febrero de 1970, Victorio mandó cerrar el cine de Chacras de Coria. Horacito organizó la movida. *Tutti quanti. Tutti insieme* los Cerutti en el cine Gran Splendid que estaba a cien metros de la Casa Grande. Los asientos, de cuero y madera, hacían mucho ruido. Apenas apagaron las luces, los bisnietos pudimos ver al nono en vivo y en directo. De traje, sombrero y bastón, baja, en 1934, de un Ford último modelo que un chofer estaciona en el patio de la Casa Grande.

El mismísimo patio que serviría de apoyo para las telas rojas y negras con las que militantes y estudiantes universitarios harían bandera para acompañar en Ezeiza la vuelta de Perón a la Argentina en junio de 1973. Dejarían en el piso restos pegoteados de la pintura con la que rellenaron las letras de Fuerzas Armadas Revolucionarias.

El nono Manuel camina muy rápido en la película. Se calza el sombrero. Lo siguen la nona Angelina, la tía María, Victorio, Josefina y Horacio, que no tendría más de tres años. Castaño, peinadito a la gomina, como Victorio. Precioso en su pantaloncito de tiradores corre de un lado al otro en la galería donde, muchos años después, bailaría Ingrid con Strauss y el mechudo. Hay otros hijos de Manuel que dan vueltas.

Mi bisabuelo camina por el callejón principal de la Casa Grande. Muestra el jardín. El sauce llorón que nos protegía del sol mientras nos hamacábamos en el columpio apoyado en el tronco. Con sus ramas como laureles, nos coronábamos emperadores y emperatrices, reinas y reyes, príncipes y princesas.

Mi bisabuelo también muestra el corral y la pileta. El gallinero y los galpones. No pude recuperar aquella película. El “viento Zonda” que nos arrasó se llevó casi todo.

Zorba el Griego

Horacio era el más divertido y ocurrente de los hijos de Victorio y Josefina. “Fulo” decía Ingrid que se ponía Horacio si lo despertábamos cuando dormía la siesta. Su pieza estaba cerca del jardín, y al menor lío de los más chicos, mi padrino aparecía en camiseta y calzoncillos y, a los gritos pelados, nos echaba a todos.

Si no estaba en la cocina, miraba tele o conversaba. A mi padrino le gustaba la comida de calidad y las marcas excelentes. Cuando volvía de Buenos Aires nos traía bolsas de caramelos de manteca de Harrod’s. Mi padrino era el más sibarita de la Casa Grande.

En Chacras de Coria no lo recuerdan con cariño. Que era un poco arrogante, dicen. “Si te saludaba era porque te estaba por pedir algo. Si no, era el pavo real al que había que servir.” Yo lo adoraba. Mi padrino me dio palabras que me vistieron y durante el exilio me escribió cartas inolvidables. Cuando caminaba o andaba en bicicleta sola por la finca, pensaba en por qué Horacio no podía ser mi papá.

En 1950, mientras unos vecinos cosechaban en la finca, Horacio controlaba la vendimia montado en su pingo. “¡Ay, papi!”, le gritaron. Se enojó tanto que les tiró el caballo encima. Mi padrino sumó fama de picaflor. “Es un Cerutti”, hubiera repetido alguien de la familia. Un picarón para Josefina, que alentaba a sus hijos a tener “amiguitas picaronas”. Padre e hijo se parecían. Frenéticos los dos. “Pero Horacio no tenía el toque aristocrático de Victorio. Era directo y francachón”, dicen los amigos.

Como a Ingrid, también a Horacio le interesaba la salud. No quería que tuviéramos granitos en la cara. Si te veía uno se te abalanzaba cual perro de caza. “Ahora te lavás con jabón de azufre”, mandaba apenas terminada la operación.

Si pienso en mi padrino lo recuerdo asomado a las ventanas del comedor de diario de la Casa Grande cuando llamó a los gritos a su esposa. Pero como Ingrid no aparecía, tiró de a una, y por la ventana, las tazas de porcelana *british*. “¿Cuántos años tenés?”, le gritó Ingrid cuando llegó.

Coco nos contaba que a Horacio no lo dejaban entrar al casino de Mendoza porque, de tanta suerte que tenía, había quebrado la banca. Mi padrino fue uno de los autores de la frase: “A esta Casa Grande

habría que pasarle por encima con una topadora".

"Zorba el Griego" le decían sus compañeros en la política porque Horacio se aparecía con fuentes de langostas y centollas a las carcajadas en reuniones clandestinas. "Nosotros éramos muy austeros", recuerdan, los ex militantes. Era más parecido a Robert De Niro que a Anthony Queen.

Oscar, hermano mayor de Omar Masera Pincolini, y Svend Guldberg, hermano de Ingrid, lo recuerdan igual: "Horacio hablaba fuerte y se hacía notar".

Vértigo

"Coquito fue el más inteligente de mis hijos", decía Josefina. "Siempre pensó diferente y era muy estudioso. Fue el único de mis cuatro hijos que trajo un título universitario a la Casa Grande". Pero a los veinticinco años, como no podía pegar un ojo durante la noche, Coco hizo su primera cita con Omar Lazarte, un psiquiatra integrante de los Caballeros Americanos del Fuego (CAFH, una suerte de secta filomasónica fundada por el italiano Santiago Bovisio, hombre vinculado a una logia masónica alemana, militante de la Antroposofía hasta la llegada del fascismo).

Coco era tan insomne que vivía empastillado. ¿Se habrá quedado muerto de miedo desde aquella noche que, mientras dormía, Josefina le cortó las pestañas para que le crecieran un poco más?

Lazarte no quiso contarme por qué lo consultó Coco. "Secreto profesional", me dijo, pero agregó que "el alcohol es una gran estrategia para no sentir. Anestesia a los sensibles como su padre. Además, para mejorar es necesario un contexto familiar que él no tuvo".

"Coco era un hombre muy buen mozo. Lo tenía todo. Inteligente, conversador, sociable y culto. Bailaba muy bien y tenía una voz profunda", recuerda una amiga de mi padre, que estuvo algo enamorada de él. Pero a Coco ninguna mujer le venía bien. Pisaba los treinta y no se casaba. Josefina lo conminó a "agarrar a la gordita de Buenos Aires". Esa, la hija del brigadier peronista. Kuky, mi mamá. Idéntica a Marilyn Monroe.

A mi padre no le gustaban los lugares cerrados ni con demasiada gente. Prefería la Casa Grande. Solía llevarnos al Mercado Central a comprar quesos, aceitunas y cornalitos para que Kuky los hiciera fritos. Como Horacio, también mi padre leía *El Tony* y *Tío Rico*. Se llevaba las revistas al baño y permanecía por lo menos una hora sentado en el inodoro. Costumbre de los varones Cerutti. Desde el baño, entre página y página, daban indicaciones de almuerzos o cenas varias, conversaban con los hijos, organizaban el trabajo.

Alguno de sus amigos definió a mi padre como un hombre solo. Su tango preferido era "Uno". Lloraba cuando escuchaba "Somewhere My Love" el tema de la película *Doctor Zhivago*. Hasta que se casó, vivió

con Victorio y Josefina en la Casa Grande, o en el departamento en la ciudad, durante el invierno. Desde muy joven, Coco fumó como un turco y chupó como una esponja.

Odiaba los chicles. Si escuchaba que masticábamos un Bazooka, frenaba el auto y nos hacía bajar para que lo escupiéramos en una acequia. No soportaba que anduviéramos en chancletas. Ni que nos quedáramos en camisón después de haber desayunado.

Usaba un reloj Patek Philippe con cuadrante y malla de oro. Encendía sus puchos con un Ronson de oro que llevaba sus iniciales que vendió para comer. En realidad, yo le dije que lo había vendido, pero me lo quedé.

Papi moría por la ropa italiana. A los veinticinco años estuvo seis meses recorriendo Europa. Viajó en barco porque, como tenía vértigo, no soportaba los aviones. Usó todo lo que había ahorrado durante sus primeros años de escribano. Fue uno de los escribanos más jóvenes de su época.

El pasaje para Europa se lo regalaron Victorio y Josefina como premio por haber terminado la carrera. “Era un hombre honesto”, dicen algunos escribanos que lo conocieron. Jamás certificó una firma falsa y fue un profesional que tuvo varias iniciativas políticas dentro del ambiente de los escribanos. Le gustaba contarnos que los notarios, como se les dice a los escribanos en Italia, eran las personas de confianza de reyes y emperadores. En Chacras de Coria escrituró un montón de propiedades sin cobrar. Tenía las manos grandes y pesadas y una firma ancha y liviana que, a pesar del vértigo que lo paralizaba, lo llevaba a recorrer la silueta de la cordillera de los Andes. Era su firma la que estaba en nuestros boletines. Y si Kuky firmaba, Coco ponía su firma encima.

Corredor de turismo de carretera, Coco fue el ídolo de sus primos menores. Los llevaba al Casino. O los subía a alguno de sus autos último modelo. “No le cuenten a nadie”, les decía. Juntos, volaban a la montaña.

Muñeca

A mi tía, Josefina le decía Malou porque le recordaba a una muñeca Marilú. La tercera y única hija de Victorio y Josefina había nacido en junio de 1935. Como a Victorio, a Malou le gustaban las fiestas. Tuvo un caballo blanco que se llamaba Príncipe Ex alumna del María Auxiliadora, el colegio donde iban las hijas de los italianos, Malou hubiera querido estudiar Bellas Artes, pero no lo hizo. Tampoco se casó con su gran amor de la adolescencia, el español Fernando Mas. Estuvieron un par de años juntos pero ninguno de los padres promovió la relación.

Los Mas no querían que su hijo dejara de estudiar, y Josefina prefería un destino más acaudalado para su única hija. Jamás habría elegido a un estudiante de Letras, que llegó a ser escritor y periodista de la agencia cubana Prensa Latina.

Mientras eran novios, Fernando y Malou subían al granero donde Victorio guardaba los fardos de pasto para los caballos. Se daban unos cuantos besos, y a cabalgar hasta el pedemonte.

Malou fue la gran "esperanza blanca" de la Negra Josefina. Tenía un estilo Jackie Kennedy. Collar de perlas, vestidos de lino. Colores suaves. Pelo corto, muy batido. "Estaba llena de vida, era simpática y conversadora. Exuberante, siempre conseguía lo que se proponía", recuerda Manolo Mas. En su flacura, Malou era la más parecida a Victorio, y, como a Josefina, le gustaban la ropa, los zapatos y las carteras. También como mi abuela, Malou decía que teníamos que leer, pero libros en las manos creo no haberle visto ni uno. Cantando con Malou recorríamos los callejones de la finca.

Bubilay

Al menor de Victorio y Josefina se lo conoce como “el Buby Cerutti”. Juan Carlos nació en julio de 1943, apenas dos meses antes de la muerte del nono Manuel. Creció mientras Victorio litigaba con los hermanos durante la sucesión de los bienes de Manuel Cerutti. Un día, el menor de Victorio le prometió a su padre que de grande sería abogado para defenderlo de sus hermanos.

Lo observo en una foto del casamiento de mis padres, cuando los más jóvenes fueron a festejar en una cantina de La Boca. Mientras el trencito avanza al compás de la tarantela, Buby, con ese jopo que le cruza la frente, es Alain Delon en *Rocco y sus hermanos*, la película de Luchino Visconti. Seductor y simpático, Buby se dedicó a la política desde muy joven. Empezó en cuarto año de la escuela de los Hermanos Maristas, donde también fueron hermanos y sobrinos. “Era un matón atropellado que siempre quería hacer lío”, dicen sus ex compañeros de secundario que no quisieron invitarlo a los festejos de los cincuenta años de egresados.

El primer escalón fue la Confederación Argentina de Estudiantes Libres, una organización de alumnos secundarios laicos pero cristianos que había empezado en Santa Fe con Raúl Magario a la cabeza. Buby representó a Mendoza. Magario —que llegó a ser jefe de Finanzas de Montoneros— conoció a los Cerutti. “Josefina hacía una carbonada deliciosa”, recuerda el gordo Kuki, su nombre en la militancia.

De piel muy blanca y cabello entre rubio y castaño, prolijo, muy bien vestido, flaco y muy formal durante su juventud, hay quienes opinan que Buby se parecía a los miembros del Opus Dei.

Varios de los que lo conocen dicen que Buby sería capaz de entregar lo que fuera para lograr sus objetivos. Que sus ojos celestes eran helados.

Pedro Cámpora, ex compañero de la secundaria del menor de Victorio, fue abogado de Buby durante algún tiempo. Lo recuerda como un tipo valiente pero sin escrúpulos. “Un matón que sentía una atracción irresistible por el poder. Buby era un gato malo. ¿O acaso no tenía cara y ojos de gato malo?”, se pregunta Cámpora.

Buby era muy divertido. A mi prima Mónica le enseñó a bailar el vals. Cantaba, charlaba y nos hacía chistes a los más chicos siempre en

el estilo sarcástico y procaz de los Cerutti: cuando necesitaba ir al baño, con la puerta entreabierta gritaba “espérenme un segundo que tengo un sorete en la puerta”.

Buby era el más protegido de mi abuela. Tenía la piel tan blanca que cuando nació a Josefina le recordó a Bubylay, el hermanito menor de la muñeca Marilú. Un muñeco de porcelana con los ojos muy celestes, que al romperse se desarticulaba como esos muñecos de las películas de terror.

De izquierda a derecha, Coco, Laura Gil y detrás su esposo,
Johnny Cerutti, Cristina Thomas, entonces novia de Buby, y Buby.

Domina

Cuando Victorio y su familia ya habían vuelto de Buenos Aires a pedido de Manuel, el Flaco llegó tarde, muy tarde, y la Negra se enojó, le gritó y Victorio le pegó. El Flaco le pegaba fuerte a la Negra. Al día siguiente Josefina les mostraba a sus hijos los moretones que Victorio le había dejado en los pechos.

Después de aquella paliza Josefina viajó a Mercedes para visitar a sus padres. Quiso quedarse a vivir con ellos. Que estaba harta de Victorio, les dijo. De sus llegadas de madrugada, de las mujeres que tenía.

"Usted tiene que volver con su marido", le contestó Gerónimo, su padre. "Ahí es donde tiene que estar, m'hijita". Josefina volvió con Victorio. Tiempo antes había querido divorciarse vía Montevideo.

Al poco tiempo la Negra quedó embarazada de Buby. Victorio no quería más hijos. Pero la promesa de otro muñeco llenó el corazón de la Negra que, esta vez, se negó a abortar.

Josefina, ni lerda ni perezosa, cual Carlos V en Flandes, plantó su pica en Chacras de Coria, mejor dicho, en la Casa Grande. Justo durante los momentos más álgidos del "pleito" de la sucesión de los bienes de Manuel.

Imagino a mi abuela como una *vera domina* italiana, aquellas matronas del imperio romano que cuidaban la casta. Entre sedas y aceites italianos, vinos argentinos. Kilos de tallarines, algún libro, varias cremas. Jaquecas insoportables y masajes. Y mucha pero mucha Mar del Plata. Lluvia de fichas en el casino. Tómbola y billetes de Lotería. Siempre por la biyuya. Horacio y Coco fueron su guardia de honor, la llevaban y la traían del Casino.

Mar del Plata era su lugar en el mundo. Mar y fichas. Fichas y mar. Josefina amaba el mar. Sus mejores veraneos fueron a orillas del Atlántico. Le encantaba disfrutar de las olas en la Bristol. "Soberbias", dirá en una carta a sus hijos. En cambio, a Victorio la playa no le importaba nada. Tampoco la ruleta. Iba hasta Mar del Plata para buscar a su mujer y a sus dos hijos menores, Malou y Buby, cuando Horacio y Coco no podían ir.

Los últimos años de ¿gloria? de los Cerutti Josefina moría por el Hotel Provincial, porque tenía el Casino a mano. Escaleras de mármol,

arañas doradas y ascensores que parecían salones. Actores por los pasillos. A los más chicos nos llevaba de la mano a caminar entre las mesas del Casino cuando las ruletas empezaban a girar. El mismo ruido que escuché varias veces cuando Horacio y sus hermanos jugaban a la ruleta, pero en la Casa Grande. Yo apilaba y repartía fichas.

A Josefina también le gustaban las cartas. Me enseñó a jugar al chinchón y a la casita robada. Los jueves a la tarde se juntaba con sus amigas para jugar a la canasta. “Viene la de Zanettini”, decía. La dueña de la concesionaria FIAT en Mendoza. O la de Becerra, quizás la madre del ex procurador general de la Nación, Nicolás “Nico” Becerra. Que ésta es viuda, aquélla viajó a Europa. Que tal se compra la ropa en El Guipur, que la otra viaja a Harrod’s, contaba mientras nos hacía peinar los flecos de las alfombras, poner las servilletas de hilo sobre cada platito y repasar las copas con un paño de lino blanco.

Kuky le hacía los scons con la receta que mi abuela materna había aprendido en Inglaterra cuando mi abuelo, el brigadier Enrique Gau, fue agregado militar en Londres entre 1949 y 1950. En la Casa Grande mi abuelo aviador era el “Briga”.

Como a Josefina le gustaba servir tibios los scons, le pedía a María que los trajera dentro de un canastito, envueltos en una servilleta de hilo blanco. ¡Qué placer partirlos y oler la levadura, el humito que me entraba hasta el fondo de la nariz!

Tijeras

En 1949, Coco se recibe de escribano público nacional y Horacio se casa con Ingrid, que ya era parte de la familia porque aun de novia con mi tío viajaba con su futura suegra a Mar del Plata. En febrero Josefina le escribe a Coco y le avisa que ya se vuelven a Mendoza porque ha visto a Victorio desmejorado, sin querer disfrutar de Mar del Plata mientras ella la pasaba muy bien en el Atlántico.

"Ayer llegó Papi, y cuando lo vi llegar estaba bañándome en el mar agitado y hermoso con unas olas soberbias. ¿Y el agua? ¡Tibia … dirán ustedes! Lo cierto es que Papi llegó con su palidez impresionante y que me dejó muy preocupada. Veremos si se repone aquí, pero ya se quisiera ir, ahora mismo. Yo no sé cómo Papi no admira este lugar que es para nosotros un paraíso de salud y frescura. ¡Ingrid vive tan encantada que solamente desea volver para verte, Horacio, pero de lo contrario le encanta aquí! Igualmente que yo y los chicos. Lástima que nos resfriamos y yo sobre todo que me contagiaron un resfrío fuertísimo. Bueno Coco, vos que estás en casa, te recomiendo que cuides bien todo y te levantes *tempranito*!!!"

A Coco le pide que se levante temprano, algo que muy pocas veces pudo hacer. Y a Horacio le pide mejoras. A mi padrino le costaba mantener su trabajo, cualquiera fuera. Supongo que Josefina se referiría a eso. "Vos Horacio espero que progreses con tus asuntitos. Ya conversaremos contigo y con Coco … yo arreglaré sola un asuntito que tengo con él… Cariños de Papi. Besos de los chicos".

Además de ocuparse más o menos de su finca y de la bodega, Victorio sigue con la venta de sus vinos en restaurantes y bares. Apenas empezados los años cincuenta lo vieron pasear con Beba Bidart, que había viajado a Mendoza a dar un espectáculo de tango, a bordo del Cadillac 1950 con las cubiertas de bandas blancas. El mejor, el modelo renovado de la serie de uno de los autos más lujosos de entonces.

Como Victorio no se sosegaba, dirían en Mendoza, Coco lo enfrentó arma en mano. Se paró en la escalera, la misma, la de siempre, la que subieron a zancadas las bestias para llevarse a Victorio, desenfundó su .45 y le apuntó a su padre. Fue apenas un momento de crisis, porque no hubo ni sangre ni golpes. Victorio siguió

como siempre. Hasta nos presentó a su amiga preferida, morocha y elegante. Argentina, se llamaba.

A los cuarenta y largos, Josefina se peinaba a lo Eva Duarte. Dudo que hubiera querido parecerse a ella. Se nota que se gustó en esta foto. Y no en la otra. Donde la Negra es un agujero.

Atrás Victorio y Josefina. En el medio Malou y Coco, y abajo Buby.

Cuando mi abuela no se gustaba en las fotos, tijeras. Tenía muchas recortadas y agujereadas en su caja. Se las pedía mientras me contaba alguna de sus historias. A Josefina no le gustaba verse mal o fea. Como hizo con las pestañas de Coco: tijeras.

Por aquella época, cuando Buby tendría unos seis años, una amiga de Coco fue a la Casa Grande a visitar a Josefina. Buby, que era un niñito simpático y conversador, recitó una poesía que la conmovió. Era la historia de un joven que se había puesto de novio con una chica que le había pedido que le trajera el corazón de su madre. Él le hizo caso, pero mientras transportaba el corazón, tropezó y se cayó. Cuando se levantó, escuchó la voz de su madre muerta que le preguntaba: "¿Te has hecho daño, hijo mío?".

Princesa

El casamiento de Horacio con Ingrid fue lujoso y memorable. En las Chacras de Coria de entonces no hubo otro igual. Los hombres, de frac. Las mujeres, de largo. El champagne chorreaba por la escalera. Mozos por todas partes. Luces bajas, manteles de hilo. Baile hasta el amanecer.

En 1998 viajé a trabajar a México y preferí quedarme en la casa de mi tía Ingrid, en el Distrito Federal. Soñaba con sus sopitas, sus abrazos y sus chistes. Ingrid vivía en un complejo de departamentos sencillos y trabajaba en un geriátrico. Hacía jugar a los viejitos. O los ayudaba a hacer gimnasia. Pensé que con ella podría recordar, pero mi tía preferida, la que me había enseñado las posiciones de la danza clásica y a andar en bicicleta, estaba llena de vacíos que le habían permitido olvidar lo peor. Recordaba su infancia y algunos momentos de la adolescencia. Me mostró álbumes de cuando era rubiecita en Chacras de Coria. Chiquita. También vi las fotos de su casamiento. Con el pelo largo hasta la cintura y un tul bordado a mano. ¡La única princesa chacrense! Si en Chacras hubo una mujer hermosa ésa fue Ingrid Guldberg, dicen aún sus admiradores de entonces.

Ingrid llegaba a la Casa Grande desde el corazón de la isla dinamarquesa. Así le decían a esa zona de Chacras de Coria donde se habían instalado los dinamarqueses a mediados del siglo XIX. Fue la única de su familia de luteranos que se casó con un italiano. Católico, claro. Antes de casarse fue primera bailarina en el Teatro Independencia de Mendoza. Parecía un pájaro, recuerdan los que la vieron bailar.

“Los días más felices de mi vida fueron mientras pude bailar. Dejé las zapatillas para vivir en la Casa Grande. Tu tío no quería que yo bailara. ¡Mucho menos tu abuela Josefina! Sabés cómo era ella”, me dijo en México.

Cuando se acordaba de Josefina se le llenaban los ojos de lágrimas. Su madre no había sido cariñosa. “Hasta que la conocí, no sabía lo que era una caricia. Mamá [Ingrid también le decía Mamá a Josefina] me enseñó a querer, a hacer dulces, pastas y aceitunas en salmuera”.

¿Horacio, qué te dio?

“Lo mejor que me dio tu tío fue su dulzura. Pero tenía un carácter

terrible.”

En la Casa Grande, Ingrid y Kuky fueron como dos hijas más de Josefina. Sobre todo Ingrid que, a su vez, fue una hermana mayor para mi madre. La acompañó, le enseñó a vivir en la Casa Grande. Pero, ¿cómo conoció Kuky a los Cerutti?

Far West

En 1949 la Fuerza Aérea Argentina destina al comodoro (luego brigadier) Enrique Raúl Gau para dirigir la base aérea del Plumerillo. Casualidad de la vida fue que a Coco justo le tocó hacer la colimba en el Plumerillo con el Briga. Kuky y Malou se conocieron en la escuela de declamación de Alicia Suárez, pariente del Briga. La escuela era la más concurrida por los hijos de la crema del vino.

Para el 25 de Mayo las alumnas bailaron el minué en el patio de la Casa Grande y los cadetes del Liceo Militar General San Martín fueron los *partenaires* de las damitas antiguas. Malou y Kuky se hicieron tan amigas que, aunque Kuky tuviera 12 años, Malou la invitó a su fiesta de 15 en junio de 1950. Pese al frío, todos bailaban y jugaban en el patio de la Casa Grande. El tamaño y la antigüedad de la Casa le recordaron a Kuky la casa de la estancia de su abuela María Arnautin en Tapalqué, provincia de Buenos Aires, donde había nacido el Briga.

Desde entonces, Malou y sus amigas invitaron a Kuky a sus fiestas. Alguna vez vio pasar a los hermanos de su amiga mendocina, pero eran unos viejos para ella. A Kuky también la sedujo esa familia de ocurrentes y divertidos organizadores de fiestas de todo tipo y color.

La más recordada, la que aún despierta suspiros y comentarios en Chacras de Coria, fue la fiesta de 1955 cuando invitaron a la Casa Grande con la consigna de llegar a caballo y disfrazados de *cowboys*. Jugaron a los duelos y bailaron al estilo del Far West. Malou dibujó detalles de la biografía del nono Manuel en las paredes. Decoraron con carteles de época que sobreviven en pedazos.

Fue por aquellos años que los Cerutti tuvieron literalmente, la vaca atada. Estaba en el corral, pero eran los Quillici, propietarios de la ferretería que estaba pegada a la Casa Grande, los encargados de ordeñarla y vender la leche.

Los Cerutti festejaron en Mendoza el golpe de Estado que derrocó a Juan D. Perón. Orgullosa, mi abuela me dio a leer un recorte de un diario. Horacio y Coco habían sido nombrados por participar en las manifestaciones contra Perón. A Josefina le gustaba que sus hijos estuvieran en la política, sobre todo en contra del peronismo que era fascismo puro para mi abuela socialista. Un socialismo bastante al uso de ella, porque a esa altura de la vida se avergonzaba de la pobreza de

su infancia cuando dormía en cajones de frutas con los ratones que daban vueltas alrededor de ella y de sus nueve hermanos. Si dormíamos en la cama de al lado de la de mi abuela, pedía que no dejáramos colgar los brazos porque los ratones podrían comernos los deditos.

En la Casa Grande podíamos hablar de ratas y ratones, pericotes también, pero teníamos prohibidas las palabras “víbora” o “serpiente”. Si Josefina las escuchaba, se descompensaba.

Kuky

Cuando el Briga y su familia vuelven a Buenos Aires, Kuky pierde el contacto con Malou, hasta que regresa a la tierra del sol y del buen vino. Carmencita, mi abuela materna, no quería dejarla subir al tren. Tuvo que pedirle permiso a mi abuelo para viajar con su prima María Rosa. El Briga estaba de gira en Ecuador con el Globito, el Huracán que lo salvó de la "depre" cuando por peronista lo retiraron de la Fuerza Aérea.

La primera y única casona que visitaron las porteñas fue la Casa Grande de los Cerutti en Chacras de Coria. Tarde plácida, fresca. Las esperaban Victorio y Josefina, Malou, Horacio e Ingrid y Buby. Victorio fue el gran anfitrión. Entrador, las llevó a recorrer la finca. La uva estaba lista para la vendimia. Josefina les mostró la casa. Tendió la mesa en el centro del jardín recién regado. Sirvió una picada de milanesas cortaditas con mayonesa de ajo seguida de tallarines con salsa de tomates, esos tomates mendocinos que eran y son como ciruelas. Coco llegó caminando por el callejón. Lo acompañaba otra Josefina, su novia farmacéutica.

A María Rosa, la familia mendocina no le hizo ni fu ni fa; Kuky, en cambio, renovó su asombro por los Cerutti. Que se sentaran todos alrededor de la mesa fue lo que más le gustó. Kuky aún repite que ni siquiera vislumbró "esa cosa clánica" de la familia de mi padre. Horacio era el más entretenido. Coco no le gustó, además tenía novia. Casi a la hora del postre, disfrazados de apaches, aparecieron los hijos de Horacio. Hacen como que cargan flechas pero gritan y se meten en la carpa de los indios.

Las porteñas estuvieron poco menos de un mes en Mendoza. Coco dejó a la farmacéutica y se quedó con Kuky. María Rosa tenía que acompañar a la flamante pareja, porque no quedaba bien que una chica saliera sola con un hombre, encima diez años mayor. Coco llevó a su primo Juan Bautista Cerutti, el archiconocido Johnny Cerutti. La primera salida fue al Cerro de la Gloria y al parque San Martín. María Rosa se divirtió. Kuky encontró marido. Coco y Kuky se enamoraron o algo parecido. Kuky se quería casar con Coco pero el joven escribano le aclaró a su novia que las fiestas no le gustaban. Así que mientras los amigos reían y bailaban disfrazados entre papel picado y espumas

varias, la porteña de casi 21 que había nacido en Córdoba y el mendocino de casi 31 que había nacido en Buenos Aires se quedaron sentados charlando en el zaguán.

Mientras hablaba de su familia, Coco le anticipó a su futura esposa que él comía *all'italiana*: antipasto, primer plato, a veces segundo, quesos, postre y café. Vino, por supuesto. Kuky se asustó. María Rosa le regaló el libro de Doña Petrona, y Josefina, que al principio estuvo muy preocupada por la falta de conocimientos culinarios de su nuera, sumó indicaciones.

Coco era el que más dinero le daba a Josefina, especialmente durante aquellos años de oro. Porque si hay algo que era fundamental, siempre tema de conversación en la Casa Grande, era la biyuya. La palabra con la que Josefina nombraba a la guita, plata, mosca, dinero, billetes. Horas y horas de conversaciones sobre la guita que no había. Con qué pagamos tal o cual cuenta.

"Don Victorio, recuerde que las cuentas se pagan", le decía Cobos, el bicicletero de Chacras de Coria. Ni qué decir del almacenero, el panadero o el verdulero. Los Cerutti le debían a cada santo una vela. Siempre pagaban "apellido en libreta". Cuando nos mandaban a los chicos a comprar pan, por ejemplo, teníamos que decir que era para Cerutti. La panadera anotaba. En la Casa Grande nunca hubo un mango, pero siempre hubo de todo.

Cabeza

En marzo de 1960 Josefina acompañó a Malou a Buenos Aires a comprar el ajuar. También se hizo la última prueba de su vestido bordado a mano. Sumó camisones de seda italiana, bombachas y corpiños de encaje belga, manteles, sábanas y toallas francesas y alemanas. Coco las llevó. El joven escribano invitó a Kuky a cenar a Au Bec Fin, por entonces el restaurante francés top de la ciudad de Buenos Aires. Tomaron café en Rond Point. Los Cerutti se alojaban en el Hotel Claridge.

Kuky volvió a los Andes el 29 de abril de 1960. Viajó con mi abuela Carmencita, para el casamiento de Malou, que no quería casarse. Mi tía lloró días y noches por el amor que perdía. Hasta le pidió a Victorio que la ayudara a convencer a su madre. Mi abuelo le dijo que se casara con quien se le diera la gana.

Omar Masera Pincolini era un hombre muy católico y reservado. Austero. En la Casa Grande la supuesta castidad de Omar fue motivo de sorna y sarcasmo.

Pero Josefina no dio el brazo a torcer. Los gritos alcanzaron el living de la Casa Grande, donde estaba la mesa repleta de regalos de Casa Konig, el negocio más caro de Mendoza. Debía casarse con Omar. Mi abuela rompió ante la cara de su hija los platos de uno de los tantos juegos de porcelana de la futura pareja. Cada plato roto era una razón más para ese matrimonio. Dinero y más dinero. Estudio. Dedicación. Futuro. Tierra. Fincas. Fe y religiosidad. Viajes. No ese ridículo amor por un “bohemio” español. La bohemia era muy linda y entretenida en los libros pero no para la hija de Josefina de Cerutti, que a esa altura de la vida elegía las glorias burguesas.

Omar con Omarcito. Malou (sentada) con Diego. Josefina y Victorio detrás de Omar.

Mi abuela nunca anduvo con chiquitas. Y si eran chiquitas las aplastaba. A mi prima Mónica, su nieta mayor, le rompió en la cabeza el cuadro con la foto de su primera comunión. Mónica entonces tenía siete años y ése era el castigo que se merecía por no haber querido cuidar al hijo recién nacido de Malou. Josefina le insistía a Mónica que tenía que ocuparse de Omarcito porque Malou la había cuidado a ella. ¿Amor con amor se paga? ¿El amor se paga? Mónica tenía la obligación de darle la mamadera a mi primo, cambiarle los pañales y hacerlo dormir. Pero un día dijo que no. “¡Cómo que no!”, gritó Josefina. Descolgó el cuadro y se lo partió en la cabeza.

Shakespeare

La noche del casamiento de Malou y Omar, la Casa Grande se vistió otra vez de fiesta. Había que ver el callejón: los olivos unidos con arcos de flores y moños blancos, todo iluminado. El jardín, perfecto. Entre los muchísimos invitados, estaba gran parte de los productores de vino más importantes de la provincia. De un lado, los Cerutti Giacchino; del otro, los Masera Pincolini. A mi abuela Carmencita la escena le recordó a los Montescos y a los Capuletos. Que se miraban con mucho odio, decía. Pero los comentarios de la madre de Kuky eran, por lo general, maliciosos. La luna de miel de Omar y Malou fue en Copacabana, Río de Janeiro. Malou volvió embarazada.

Para su escribano rubio, Josefina quería un destino similar al de Malou. Si vivía en Retiro, el Briga era un tipo de biyuya. Militar con campos en Tapalqué. ¿Qué otra cosa podía ser sino hijo de un productor agropecuario? Pero el Briga no tenía un peso, sólo algo de prosapia. Los campos y los animales quedarían para los hijos del segundo matrimonio de mi bisabuela. *Sottovoce,* Josefina afirmó que era mentira que el Briga era un terrateniente.

Coco y Kuky volvieron a encontrarse unos cuatro días en Buenos Aires, hasta que el escribano llamó a su prometida el 13 de julio y le dijo que se casaban el 29 de julio o no se casaban más. "¿Qué carajo pasa?", preguntó el Briga. "¿Por qué tanto apuro?"

No había embarazo en puerta, pero el escribano quería casarse, y Kuky también. Coco quería poner la firma el mismo día que se había recibido de escribano.

La fiesta de casamiento del segundo hijo de Victorio y Josefina no fue en la Casa Grande. Mis padres se casaron en lo del Briga y Carmencita: Arroyo 963, y Carlos Pellegrini, Ciudad de Buenos Aires. Miro en el álbum ya bastante destartalado las fotos del casamiento de mis padres. En el Registro Civil, Buby se queda parado siempre detrás de Coco. Ya por entrar en la capilla del Colegio Lasalle, Kuky tironeaba el brazo del Briga para llegar cuanto antes al altar. El Briga la entrega. El ex soldado del padre aviador la mira y la toma del brazo. Los Cerutti en pleno sonríen: Coco, por fin, encontró a su "mina". Así les decía mi padre a las mujeres: minas. Que tenían que

ser rellenitas y pulposas, porque las mujeres flacas son como un pantalón sin bolsillos: no hay dónde poner las manos.

El cura los bendice. Carmencita bosteza. Sedas por todas partes y trajes por los rincones. Emplumadas las dos madrinas. Victorio y Josefina brindan con los novios. Victorio le sonríe a Kuky, Josefina la mira de reojo, Coco mira a la cámara, siempre con un “faso” en la mano. El Briga y Victorio se abrazan.

Ella, Kuky, mi madre, cada vez más radiante; él Coco, mi padre,

cada vez más perdido. Ahí están esos ojos y esa mirada que le vi algunas madrugadas cuando me levantaba para ir al baño. Coco todavía en el comedor de diario con la vista fija en las rayas de la tele que se movían inciertas, porque a esa hora ya no había qué ver. O miraba el techo, los ojos en blanco. Se iba lejos, al único lugar donde quizás tuvo raíz.

Para pagar el ajuar de la novia y los gastos de la fiesta, el Briga vendió el juego de cubiertos de plata que Carmencita había comprado con tanta ilusión en Inglaterra. Le pidió también un préstamo a su madre, que no dejó de reclamar la deuda hasta que cobró el último centavo.

Kuky hubiera querido que el vestido se lo hiciera la modista de Malou, una de las más famosas de Buenos Aires pero el dinero alcanzó para una modista de barrio. A Josefina semejante austeridad no le cayó como anillo al dedo, digamos. "¿Cómo es que hacen la fiesta en un departamento?, ¿por qué no hubo cena? Eso era sólo un aperitivo."

Los Cerutti habían partido del *far west* al *near east* a bordo de tres autos. Traerían algunos de los mejores vinos de Mendoza, pero llegaron con las manos vacías.

Poseidón

Kuky quería hacer el amor con Coco, pero el escribano quería una "mina virgen". Kukita tuvo su noche de bodas en el Claridge. Los vecinos fueron Victorio y Josefina; Omar y Malou, ya embarazada, Horacio e Ingrid; mis primos Horacito, Mónica y Diana; mi tío Buby con su novia. Y María Sconfienza. Los recién casados desayunaron con los Cerutti en pleno.

"Si alguna vez alguien te dice que Coco no está bien, no le creas. Ahora Coco está perfecto y muy enamorado de vos", le dijo Josefina a su nueva nuera apenas pudo "secretear" unos minutos. Así decía Josefina, secretear.

Cuatro días de luna de miel en el Hotel Riviera, de Mar del Plata, el mismo donde se alojaban los Cerutti cuando Coco era estudiante. Los llevó Horacio en el auto. Que disfrutaran, les dijo, porque después llegarían los niños.

No hubo miel en la luna, al menos según el recuerdo de Kuky. Mi madre quiso pasar por Buenos Aires a saludar a sus padres pero Coco no quiso porque tenía que volver a trabajar. Mi padre no soportaba estar muchos días lejos de Josefina.

"Kuky cambió el día que se casó. Era otra", dice mi tía María Rosa. Engordó muchísimo. Usaba una suerte de batones que la empeoraban. Casi no hablaba, y si hablaba era de banalidades cotidianas. Mi madre lloró tanto pero tanto, tanto, que no paró durante años. O sí: a veces reía y reía hasta que de pronto empezaba a llorar a los gritos. Jorge, Fabiana, María Eugenia y yo fuimos náufragos del mar de lágrimas de Kuky que fue océano. Embarazada de María Eugenia en mayo de 1974, nos llevó al cine a ver *La aventura del Poseidón,* una tragedia que no tuvo dioses, ni oráculos, ni amores, ni batallas. Agarrados de las manos de Kuky, fuimos pasajeros de un transatlántico que se hundía. Mami nos tiró entre olas que rompían decorados lujosos, mientras flotaban niños ahogados, morados y deformados por el agua, cuerpitos inertes que se golpeaban con sillas, mesas, vasos y copas de cristal. Nosotros, cuando lográbamos respirar, mirábamos la pantalla, desbordados. Kuky nos abrazaba y nos decía al oído: "¡No se asusten, es una película!".

Coco, en cambio, eligió quedarse en casa, como siempre. En los

cines se sentía encerrado. Prefirió fumar sus Benson & Hedges, teñir de amarillo dedos y bigotes y seguir con el correspondiente cóctel de vino y Valium. No pudo naufragar.

Pomelo

Mis padres se instalaron en la Casa Grande. Kuky se moría por darle un hijo al escribano, que, no bien puso a su flamante señora en la casa de su infancia, volvió a su vida de soltero. A mi padre le gustaba quedarse a jugar pelota-paleta en el Club de Gimnasia y Esgrima de Mendoza. Tenía un saque que retumbaba.

Hay una foto de Kuky sola en el medio del patio de la Casa Grande. Es verano, el sol le ilumina la cara. Ella con su panza conmigo adentro. Nunca entendí esa soledad que mi madre ¿aceptó?, ¿deseó?, ¿soportó?, desde que la Casa Grande se convirtió en su primer hogar de casada.

"¿Por qué le permitís a Coco que te deje tanto tiempo sola?", le preguntaba Ingrid cuando iba a visitar a su cuñada. Peña, a veces, la acompañaba. Como la casa definitiva del nuevo matrimonio Cerutti no era la Casa Grande, Kuky tampoco podía hacer su nidito. Si por casualidad a alguien se le ocurría hacer cambios en la Casa Grande, tenía que consultarlo con Josefina.

Una mañana de noviembre de 1960, Kuky abrió la ventana que daba al jardín para ventilar su habitación. Pero, como si lo hubiera olido, llega Josefina que, a los gritos, le reclama a su nuera que cómo se le ocurría abrir esa ventana. Podían entrar arañas y vinchucas. Ingrid, que conocía a su suegra, le dijo a Kuky al oído que no le contestara, que la dejara terminar de gritar.

Por entonces Horacio, Ingrid, Horacito, Mónica y Diana vivían en Chacras de Coria, pero en Villa Mamá, o la Casita, a unos quinientos metros de la Casa Grande. De Villa Mamá arrancaron de los pelos con varios culatazos en la cabeza al marido de Malou. Chorreando sangre.

En marzo de 1961, Coco alquila un PH a cincuenta metros del edificio que estaba construyendo para que los Cerutti tuvieran Casa Grande en la capital de la provincia. Estaría listo en pocos meses. Tenía detalles de calidad y diseño que hicieron hablar a varios especialistas de la época. Nació Jorge, mi hermano, y Coco y su familia se mudaron de la Casa Grande a ese PH. Menos mal que llegó mi hermano, porque Kuky no paraba de llorar: quería un varón para su varón.

El Hospital Español no sólo vio nacer a Jorge Manuel Cerutti (h),

también fue sede de un encuentro memorable entre Carmencita y Josefina, las emplumadas del matrimonio de Coco y Kuky.

A Carmencita se le ocurrió comer medio pomelo. Tiró la cáscara en el inodoro. Sí: en el inodoro del baño de la habitación del hospital donde Kuky había dado a luz a Jorgito, el hombrecito de la casa, el primer nieto varón del Briga y Carmencita, primer hijo del segundo hijo de Victorio y Josefina, mi abuela materna tiró la cáscara entera de medio pomelo. Llegaron los suegros a ver al nieto y Josefina fue directo al baño. Cuando apretó el botón, sus restos quedaron atrapados en la cáscara del pomelo.

Carmencita, preocupada por las apariencias, increpó a los gritos a su consuegra: "¿Por qué venís al baño del hospital donde está internada mi hija?". "¡Cómo se te ocurre tirar la cáscara del pomelo en el inodoro!", contestó Josefina. Jorgito lloraba. Kuky lloró menos y Coco empezó a sonreír. Tenía a su hombrecito.

Coco, mi hermano Jorge y yo.

Lavandina

En la avenida España 725, ciudad de Mendoza, los Cerutti tenían otra Casa Grande. Malou y Omar con Omarcito y Diego vivían en la planta baja; en el primer piso Victorio, Josefina y Buby, que ya estudiaba en Córdoba para ser abogado. Horacio e Ingrid, con Horacito, Mónica y Diana, van al tercer piso pero por poco tiempo: Horacio tardó un poco en pagar el alquiler y eso a Coco le cayó como patada al hígado. Ese tiempo fue divertido porque íbamos de un piso al otro o hablábamos por el tragaluz.

Los Cerutti de Horacio viven en la Casita hasta que, tiempo después del nacimiento de Diego, en 1963, Josefina les pide la Casita para Malou y su familia. A los dos o tres años, a mi primito Diego le habían diagnosticado asma, y necesitaba aire libre.

"Que Malou vaya a la Casa Grande", dijo Horacio, pero Malou quería la Casita y Josefina le dio la Casita. Mi abuela hacía enormes, infinitas diferencias, entre los hijos de Malou y los hijos de sus otros tres hijos. Al menos eso sentía cuando yo era muy chica. Victorio, en cambio, era amoroso con todos.

Buby se pone de novio con Raquel "Jenny" Abecasis, hija de Jacobo Abecasis, un comerciante sanjuanino sefaradí. Horacio e Ingrid, Malou y Omar, Coco y Kuky se habían conocido en la Casa Grande. Buby, en cambio, conoció a su mujer en Córdoba mientras estudiaban, él, Abogacía, y ella, Escribanía. Y como Ingrid, que se había convertido del protestantismo al catolicismo, Jenny, que era judía, se convirtió al catolicismo para casarse con el Buby Cerutti.

También conocida como la "Negra", Raquel "Jenny" Abecasis, era morocha de labios gruesos y piel cetrina. Demasiado negra para la Negra Josefina que, parada en el medio del patio de la Casa Grande, gritó: "¡A ésta habría que meterla en lavandina!".

Buby y Jenny se casaron en 1968 en la iglesia de Chacras de Coria. ¡Qué fiesta! Mesas en diagonal a lo largo de la galería de la Casa Grande, y en el centro. Otras en el jardín. Velas. Mozos con guantes blancos esperaban a los invitados. Las fuentes rebosaban de fiambres y canapés, carnes braseadas, pollos en los más diversos estilos, pero nada ver con el casamiento de Horacio, tampoco con el de Malou. La fiesta de Buby y Jenny fue la más sencilla de todas.

Victorio se disgustó por algunos amigos de Buby. “No son como nosotros”, afirmó. Eran estudiantes universitarios, tenían el pelo largo, no estaban de traje y corbata.

Jenny era flaca, rápida y divertida. Se vestía como una chica joven, a diferencia de Kuky que enseguida se aseñoró. Con Jenny te morías de la risa con sólo escucharla llamar a su marido por teléfono cuando trabajaba en la seccional mendocina de la Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina (ATSA).

“Buen día, el doctor Cerutti, por favor”, pedía Jenny. “De parte de quién”, le preguntaban. “De la morocha del Abasto.” “¿De quién?”, le volvían a preguntar, y ella muy suelta de cuerpo repetía: “De la morocha del Abasto, escuchó bien. La morocha del Abasto”.

Dos dedos

Las relaciones con las familias de las nueras de Victorio y Josefina no eran muy "fluidas", por usar un término contemporáneo. Desde que se casó con Horacio, Ingrid no volvió a pasar Navidad con su madre. Kuky tampoco. Para Josefina, los familiares de sus nueras eran brutos, los dinamarqueses, o muy aristocráticos los porteños. Ninguno era como los Cerutti de la Casa Grande.

Pero las críticas, los chismes o lo que fuera, al Briga ni lo rozaban. Viajaba con frecuencia a Mendoza con Carmencita para ver a su hija y a sus nietos. Nunca fueron bienvenidos, ni siquiera las primeras veces.

"¿Todavía esperando la llegada del *bambino*? Supe que habían llegado los boludos de tus parientes políticos. Acordate lo que habíamos conversado sobre el asunto. No te hagas mala sangre; directamente no les des ni cinco de pelota", le escribe Buby a Coco desde Córdoba el 11 de junio de 1961. Nací siete días después.

Coco cumplió el consejo al pie de la letra hasta el final. Apenas sus suegros llegaban, mi padre se levantaba de la mesa o se iba de la casa. Josefina agregaba un poco de su leña a los fuegos de la Casa Grande: "Gau es un pollerudo. Los hombres no cocinan".

"Por más que los Cerutti me humillen voy a seguir yendo a Mendoza", avisó el Briga.

Mientras tanto, Coco empezaba a mostrar que sacar un billete de su bolsillo era más difícil que dejar su cóctel diario de Valium, Cibalena y vino. El Briga empezó a colaborar con los gastos de la familia de Kuky.

Por aquellos años, a su botella de tinto durante las comidas Coco había sumado un par de vasos de whisky de sobremesa. Tenía ocho años cuando Josefina me pidió que le escondiera la botella de Old Smuggler a mi padre; que no lo dejara tomar, me pidió. "No le hagas caso a Mamá. Traéme un vaso", me pedía mi padre. "Ponele dos dedos de whisky." Y para ser más claro, juntaba el índice y el mayor de la mano derecha y los apoyaba pegaditos y horizontales contra el fondo del vaso. Yo me negaba un poco, mi padre me daba unos besos y yo volvía con el whisky. ¡Pero no le daba la botella!

Además de sus dos paquetes diarios de Benson & Hedges, Coco fumaba en pipa. Siempre llevaba la pipa y el tabaco en la mano

derecha, aunque tuviera bolsillos, la pipa y la bolsa de tabaco siempre en la mano. Me convertí en una especialista en limpiar pipas. Aún hoy creo que podría desarmar, limpiar y volver a armar una pipa con los ojos vendados.

Al combo alcohol, cigarrillo, pipa y pastillas, mi padre le sumaba violencia. Por lo general, las palizas de Coco a Kuky eran función trasnoche. Una vez, Coco llegó pasada la medianoche y Kuky, que nos dejaba dormir en su cama de dos plazas, enciende la luz y, a viva voz, pasa la factura del día. Que no hay plata, que hay que pagar los colegios, que hay que comprar ropa para los chicos. Kuky amenazó con separarse de Coco.

De pronto, un golpe. Coco levanta su mano, que era grande y pesada. Eso sí que me daba más miedo. "¡Loca, te voy a matar!", grita Coco. Agarra a su esposa de los brazos con una mano. Con la otra la trompea. Kuky grita muy agudo. Coco le raja la boca de una cachetada. Kuky grita más, lo insulta. Mi padre nos aleja para pegarle mejor. Ella, en camisón, se descuajeringa, él sigue con la paliza hasta que Kuky sangra por la nariz. Kuky llora, nos abraza. En unas horas hay que levantarse para ir al cole.

"Seguro que tu mami se habrá portado mal", me dijo Josefina cuando le conté detalles de la golpiza. El enfrentamiento recrudeció cuando la hermana de Kuky se casó en Buenos Aires, en marzo de 1966, muy pocos días después del nacimiento de mi hermana Fabiana.

"No vas a viajar a Buenos Aires con una bebita de días", le dijo Coco a Kuky. Los detalles de la batalla quedan para otro libro. Kuky no fue, pero lloró durante seis meses mientras Fabiana tomaba la teta.

Al bautismo de Fabiana en la iglesia de Chacras de Coria fueron hasta los abuelos Gau, que además resultaron ser los padrinos de mi hermana. Coco estaba flaco aún. Kuky, en cambio, parecía a punto de explotar. Los pies se le habían achicado, las piernas eran macetas y las caderas eran las de "la familia del tordo", cara flaca y culo gordo, como decía su abuela francesa. Cuando mi hermana cumplió un año, la gordura le empezaba a ganar el partido de la vida también a mi padre. Olía a vino, y casi no se bañaba. Fumaba y tomaba y le pegaba a Kuky.

"Agarrá a tus hijos y andate de acá", le dijo el padre Gimeno, amigo y ex compañero de colegio de Horacio. Mi padrino se lo repitió, pero Kuky no se fue. Empezó, sí, a viajar con sus hijos a Buenos Aires. Jorge o yo nos quedábamos de rehenes.

El padre Gimeno fue un hombre bueno. Cariñoso, reflexivo,

amoroso. Muchas noches venía a conversar con Coco y Kuky. Primero nos llevaba a dormir. Nos contaba un cuento. Recuerdo haberle preguntado si era importante ser virgen, tema fundamental para mi padre. “Eso es cosa de sicilianos. Como tienen que mostrar una sábana manchada de sangre después de la noche de bodas matan una gallina y enchastran una sábana. De madrugada la mujer cuelga la sábana en el jardín. Si era virgen o no, nunca lo sabremos. Para los italianos lo más importante es mostrar la sangre. Ni te gastes en pensar eso, es una estupidez”, el padre Gimeno me dio un beso, y que Jesús te acompañe, decía antes de ir a emparchar a mis padres.

Bruja

Si los nietos de Victorio y Josefina nos enfermábamos, nos curaba el doctor Fortunato Di Giuseppe. Si no, la "tía Rosita", una bruja. Asturiana hasta la médula, decía palabras raras, sílabas con un canto. Usaba gualichos de lo más extraños. Los masajes en la panza eran su plato fuerte, con diagnóstico incluido. Mientras nos pasaba la mano con aceite, sal y cenizas de niños muertos que buscaba en el cementerio, decía "aquí hay metales, plástico, papel". Omarcito tenía parásitos, mi hermano se metía jabón en la nariz y yo tragaba monedas y les comía los dedos a las muñecas.

Un verano nos enfermamos de paperas todos los mini Cerutti de Victorio. Volábamos de fiebre; ni a la pileta podíamos entrar. Ingrid fue a buscar a la tía Rosita.

Como si la viera. Bajó del auto y subió las escaleras de la Casa Grande con una sonrisa de oreja a oreja. Flaquita, tensa y bajita; en su mano izquierda la valijita de gualichos. Primero los besos y los abrazos. También caramelos nos traía. Abrió la valijita y puso frascos y un pincel sobre la mesa. Nos pintó la papera con tinta china, como si fuera un ideograma japonés, y nos dijo algo al oído. Al otro día estábamos curados.

Ripio

Con los hijos casados y los nietos naciendo, la Casa Grande fue salvavidas. O flotador. Bastaba escuchar el chirriar de las ruedas del auto sobre el ripio para que abriéramos las puertas del Falcon rojo de Coco y saltáramos al paraíso. Ripio. Ruido. Casa Grande.

Para ser como mis primos mayores, yo también caminaba descalza por el ripio. Sentía las piedritas en los pies. Y si me pincho, ¿qué? Horacito tenía ese modo de caminar sobre el ripio entre elegante, inestable y gracioso. Flaco como Victorio, ponía cara de feliz cumpleaños aunque le dolieran los pies.

También nos gustaba ir hasta la báscula que pesaba los camiones cargados de uvas y moverla como si bailáramos cumbia.

Mudarnos

Todos los hijos de Victorio y Josefina con sus familias vivieron algún tiempo entre la Casita, el centro y la Casa Grande. “Nos mudamos a la Casa Grande”, comunicó mi padre un domingo mientras pinchaba dos ravioles de espinaca que había hecho Josefina. ¡Qué más podíamos pedir los más chicos!

Quedó en el misterio —ni Kuky se acuerda— la razón por la que Coco alquiló su departamento a unos conocidos de Buby. ¿Necesitaba el dinero? Hay quienes dicen que le prestó el departamento a un amigo de su hermano menor que llegaba de Buenos Aires para hacer política. No pude saber quién habrá sido esta persona.

Safari

Mientras los más chicos éramos *cowboys* entre viñedos y toneles, fugitivos entre cerezos y manzanos, algunos mayores como mi madre no se perdían ni un capítulo de *La caldera del diablo*. Otros, como Victorio, vivían un momento de crisis.

Los bodegueros más grandes quieren tomarse a los más chicos en un vaso de vidrio. "Aquí sobreviven los que pueden manejar este negocio", dijeron. Victorio, que no era un gran enamorado del trabajo en la viña (léase obreros, cuentas, etcétera), dejó de vender parte de la uva. No pude saber si no quería vender más uva o si no quiso invertir en transformar la viña, si prefirió no innovar. Su yerno Omar Masera Pincolini, que a esa altura era un ingeniero agrónomo reconocido en la Universidad Nacional de Cuyo, le dijo que había que rotar la tierra, mejorar la vendimia, pero Victorio no aceptó. Tampoco aceptó la propuesta de Horacito de transformar la Casa Grande en un hotel. No sé por qué no quiso alquilar la viña a quien pudiera cuidarla y hacerla producir. ¿Por qué Victorio no nos convocó a trabajar?, ¿por qué no dijo: "A la mañana a la escuela y a la tarde a la viña?". Victorio empezó a hipotecar la finca y vendió unas dos hectáreas.

Hacia fines de los sesenta, la Casa Grande era un elefante blanco que cabalgábamos plácidos, como turistas ingleses de safari en plena sabana en los años treinta, frescos como el agua surgente del pozo de Omar.

De izquierda a derecha, Mónica, Josefina (con sombrero de paja), Diego, Diana, Omarcito, Marijó, Jorgito y Horacito en el piso.

En verano, cerca del atardecer, cuando una luz rojiza teñía las paredes que rodeaban la pileta, los Cerutti en pleno estábamos en el agua, incluido Coco, que por lo general no metía ni un pie. Kuky sonreía, Coco la besaba. Yo quería tirarme a la pileta pero no tenía flotador y me puse a llorar. Mi primo mayor me levantó en el aire y me tiró al agua. “Aprendé a nadar”, me dijo. En la Casa Grande todo lo aprendíamos de niñitos. Por las noches, mientras comíamos sándwiches de mortadela y queso, veíamos los recitales de Mina, Sandro, Raphael y Rita Pavone. Mis primos mayores imitaban a Leonardo Favio en medio del patio de la Casa Grande. Cada uno con una cuchara en la mano a modo de micrófono. “Hoy corté una flor”, cantaba Horacito. “Y llovía, llovía”, contestaba Mónica.

Gitanos

Al poco tiempo de instalarnos en la Casa Grande, llegaron a vivir los Cerutti de Horacio. No fue fácil, especialmente para Ingrid y Kuky. Todo el año una cocina para dos familias. Sobre todo era difícil porque Horacio no podía con su depresión. Había perdido su trabajo. Ingrid estaba cansada, no sabía a quién pedirle fiado.

Un día de muchísimo frío, Horacio mudó las camas al living para dormir cerca del hogar a leña y ahorrar garrafas de gas o kerosene. Cuando Josefina vio la nueva escenografía del living armó un escándalo memorable. "¡En qué cabeza cabe vivir como los gitanos!", les gritó a mis tíos.

A la dificultad permanente de mantener los trabajos, mi padrino sumaba su enojo con el padre desde allá lejos y hacía mucho tiempo, porque, según les contó a sus hijos, Victorio lo había obligado a abandonar su carrera para ayudar en la finca. También fue empleado en el Ministerio de Economía de Mendoza y agente de seguros. Hacia fines de los sesenta, cuando asumió como gerente de la Regional Mendoza de Arcadia Compañía de Seguros, hizo una fiesta en el Salón de los Espejos del Hotel Plaza que de tan imponente marcó tendencia en Mendoza. Orquesta de tango en vivo y champagne que corría como agua. Pero fue al casino confiado en su suerte de siempre y, en el entusiasmo del juego, habría usado y perdido el dinero de la empresa. Horacio, el más llamativo y exuberante de los hijos de Victorio Cerutti, tuvo que vender su departamento enorme de la calle 9 de Julio. No se quedó en la calle, como le sucedería a Coco varios años después, porque había Casa Grande.

Horacio le pidió al Briga que lo ayudara con algunos conflictos legales en Buenos Aires. Intentó vender seguros por su cuenta, pero no funcionó; tampoco logró consolidarse como vendedor de antigüedades, una idea que había empezado a promover desde las oficinas Cerutti. Al final, Victorio corrió a sacarle las papas del fuego. Y eso que mi abuela no quería hombres en la cocina.

Cobijo

A medida que pasan los años, Omar tiene cada vez más presencia en la Casa Grande. Mis hermanos se convierten en dos hijos más de Malou. Dice Jorge que Omar los llevaba al mundo y los cobijaba.

Coco se enojaba con Kuky porque nos daba permiso para dormir fuera de casa. Incluso nos hacía volver cuando ya estábamos instalados. Decía que quería estar con sus hijos. Entonces, jugábamos a las cartas o dormíamos la siesta con él.

Por suerte, estar en la Casa Grande calmaba las fieras de mi padre. Terrible fue para Coco, y quizá para todos, cuando las fieras ya no tuvieron jaula ni corral.

Membrillos

En abril, Ingrid y Kuky hacían dulce de membrillo. Josefina daba las indicaciones. Omar volvía de la finca de sus padres en Vista Flores. Apoyaba los cajones de membrillos sobre la mesa de la cocina. Tenía tierra de la cabeza a los pies. Y esas caras típicas de mendocinos de finca: terrosos, gringos, parcos y cariñosos al mismo tiempo.

"Momentos felices eran esos. Nos daba alegría empezar a hacer dulce y jalea de membrillo", recuerda Kuky. Omar también traía papas, duraznos, uvas y damascos. Aunque trabajara muchísimo, mi tío encontraba tiempo para jugar con los más chicos en la pileta. Era el ballenato: se tiraba de cabeza y nos perseguía debajo del agua mientras escapábamos en las cubiertas de camión que usábamos como barcos. "Omar era un papá de verdad, se reía, se tiraba al piso con nosotros. Nos llevaba a la iglesia y nos contaba historias de Jesús, o nos explicaba cada imagen del Vía Crucis", recuerda Fabiana.

Las mujeres de la Casa Grande elegían los mejores membrillos, los más lindos. Josefina pedía que les pasaran un trapo apenas húmedo para sacarles la pelusa y dejarlos como lustrados, entonces ponía los mejores en los estantes superiores de muebles y alacenas o en los placares, entre la ropa. En otoño, la Casa Grande olía a membrillo.

"Pasaron cuarenta y cinco años y todavía añoro esa época de cambios de colores en el paisaje. Ese perfume pegajoso de los membrillos era extraño en mí, una mujer joven que había llegado de la Capital Federal donde esas sensaciones no se tenían en cuenta", recuerda mi madre.

Con los membrillos que no eran tan lindos ni tan perfumados se hacía el dulce. Los ponían adentro de la pileta de la cocina y los lavaban uno por uno con un cepillo. Hasta los más chicos cepillábamos membrillos. Secos, los partían en cuatro gajos y así, sin pelar, iban a la cacerola común, o a una olla a presión, cubiertos con agua. Hervían hasta alcanzar un punto parecido al de una papa cocida, y después de apagar el fuego quedaban en la cacerola hasta el día siguiente, cuando separaban la pulpa de la cáscara, las semillas y el lóculo. Ponían la pulpa, sin durezas, en una fuente de loza, y la trituraban con una máquina de moler carne, de esas antiguas, rojas, de hierro fundido, mientras que las semillas y el lóculo quedaban en el

agua para que la jalea tuviera mejor color.

Semillas y lóculo se ponían en remojo para que largaran la pectina. Mientras, triturada, ponían la pulpa en una paila de cobre con igual cantidad de azúcar. Fuego al máximo y a revolver hasta que la mezcla tomara color otoño en Mendoza. Ocre rojizo. Esta parte del trabajo es la más difícil porque, a medida que se calienta, la pulpa de los membrillos va pareciendo lacre. Y si te salta un poquito de dulce, te quema, por eso Mami, Josefina y María se envolvían la mano con un repasador. Hay que revolver hasta que alcance el punto. El dulce de membrillo está listo cuando se empieza a despegar del fondo de la paila. Para estar más segura, mi madre ponía un poco de dulce caliente sobre el mármol. Si no se deslizaba, estaba hecho. Aún caliente, el dulce va a los moldecitos recién lavados; si están un poquito húmedos, mejor, porque el agua le dará más brillo al dulce. Cuando están fríos se pueden desmoldar. Si los querés guardar una vez desmoldados, lo mejor es envolver cada uno en papel manteca y ponerlo en un lugar fresco.

Listo el dulce, Ingrid y Kuky pasaban a la jalea de membrillo. Colaban el agua de las semillas con un colador fino y calculaban cuánto líquido quedaba. Por cada litro, se agregan 750 gramos de azúcar. La jalea puede tener dos puntos. El más líquido produce una suerte de mermelada tipo melaza. Si, en cambio, queremos hacer porciones que parezcan gelatinas de rubí, el punto es el de “bolita blanda”, que se produce cuando al tirar gotitas de jalea en agua fría éstas se hacen bolita. Con la jalea caliente rellenábamos moldes; si eran de vidrio, había que meter una cuchara de metal para que absorbiera el calor y no se rompiera el vidrio. Los moldecitos de jalea son tan finos y delicados que no dan ganas de cortarlos.

Tapábamos los frasquitos con papel de seda y durante el invierno comíamos dulce y jalea. No recuerdo cuánto duraban los dulces, pero seguro que muy poco.

Es lindo tener en la alacena moldecitos de dulce de membrillo, y cuando viene alguien darle uno de regalo.

Potrillo

Enseñarnos a compartir juegos, platos y ropa fue siempre un objetivo de Josefina. La ropa de los más grandes pasaba a los más chicos, así como las clases de declamación, de guitarra o de baile. Los más grandes se debían a los más chicos. Josefina le pagaba a Mónica un curso de declamación, y como no alcanzaba para las dos, ella tenía que enseñarme lo que había aprendido. Una vez al mes Josefina tomaba examen. A Mónica la evaluaba por lo que yo había aprendido.

Josefina también quería que supiéramos tocar la guitarra. Mi primo mayor se sentaba a la cabecera de la mesa, apoyaba su taco derecho en el travesaño de la silla con algunos pelos rubios que le caían de costado y todos a cantar: “Cómo pretenden que yo/ que lo crié de potrillo/ clave en su pecho un cuchillo/ porque el patrón lo ordenó”.

Cuando el Príncipe murió, Horacito estuvo al mando de la “operación” para retirar el cadáver del corral. Los más chicos mirábamos como si fuera el despegue de la Apolo 11. El caballo muerto hundido en la bosta. La grúa levanta al Príncipe, que cuelga del gancho como peluche viejo y destartalado. Lo tiran en la caja de un camión y se lo llevan. Ésa fue la primera vez que vi la muerte y sentí su olor. Nadie más volvió a cabalgar hasta el pedemonte después del Príncipe.

Jingle Bells

La parrilla para hacer los asados estaba en un cuadrado con cuatro olivos, pegado al Gambling donde dormía María cuando entraron las bestias y se llevaron a Victorio y a Omar. Con carbón, escribíamos en la pared de adobe pintada con cal, ideas, pensamientos, dibujos, proyectos y chistes. “El hombre es como el oso, cuanto más feo peor para él”, había escrito Malou.

Allí también ensayábamos las obras de teatro que representaríamos en Nochebuena. Dianita capitana era la directora. Fuimos San José, la Virgen María y los Reyes Magos en el pesebre viviente con el que cerrábamos alguna que otra obrita de teatro. El primer escenario fue el living, después pasamos al vestíbulo y el último fue el patio de la Casa Grande. Horacito nos montó de lado a lado del patio central un telón que tuvo hasta moño de terciopelo colorado. Nuestras obras fueron tan famosas en Chacras de Coria que los vecinos venían a vernos.

Navidad empezaba el 8 de diciembre. Al pie del pino que armaba Josefina, los regalos. Mi abuela nos decía que era más lindo hacer los regalos con nuestras propias manos. Todavía tengo un delantal que Ingrid hizo y me regaló en Navidad.

Armábamos el pesebre en una mesa de la galería, con montañas de papel madera arrugado y pintado con tizas de colores y lagos de espejos donde nadaban patitos. Teníamos camellos y caballos, burros, gallinas, chanchos y vacas; campesinos, ángeles y, por supuesto, San José y la Virgen María. Al niñito Jesús lo acomodábamos en un pesebre con paja del corral solamente el 25 de diciembre, no antes. Cuando terminábamos de armar el pesebre, lo envolvíamos con guirnaldas de luces de colores. A la noche, apagábamos las luces principales de la galería y encendíamos las del pesebre. El patio de la Casa Grande se poblaba de campesinos, ovejitas, reyes y jesusitos.

Josefina llamaba a las nietas para que la ayudáramos a poner el mantel. Ella, en uno de los lados de la mesa, lo desplegaba y lo arrojaba para que agarráramos las puntas del otro lado. Entre todas lo levantábamos y lo hacíamos ondear. Amarillo ocre, el mantel estaba bordado a mano: mujeres de pollerita y enagua con medias tres cuartos; hombres con pantalones a media rodilla, bolsos cruzados,

boinas, pañuelos y sombreritos; augurios en todos los idiomas, que Ingrid había escrito para la bordadora; había montañas, canastas con frutas, guitarras, casitas chinas con las puntas como alas de cuervo, sombreros con plumas o de paja, botellones rojos, castañuelas.

25 de diciembre de 1968. De izquierda a derecha, Fabi, Diana, Mariana, Marijó, Omarcito, Diego y Jorgito. En la segunda línea, Papi, Mami, Mónica, Malou y Jenny. En la última línea Ingrid, Victorio, Horacio, Josefina y Horacito, con sus anteojos de sol.

Coco compraba el pavo, que no podía tener menos de cuatro kilos y, por orden de mi abuela, debía estar deshuesado. Lo rellenábamos con carne picada de chancho, y Horacio le inyectaba whisky. Alguna que otra Navidad le agregaron castañas en almíbar, ciruelas secas sin carozo, pasas de uva y nueces, manzanas peladas y cortadas en trocitos. Rellenado y cosido, llevábamos el pavo al horno de la panadería de los Colovatti, a treinta metros de la Casa Grande. Diez horas de horno.

Ingrid hacía un chutney con ciruelas de la finca, y también había ensalada rusa, puré de manzanas y pollos al horno. El postre incluía ensalada de frutas, garrapiñadas y turrones de los más variados orígenes. Bendecía la mesa el padre Gimeno.

Con los Cerutti en pleno sentados a la mesa, María servía las delicias que se habían estado preparando durante una semana.

Las luces bajas de los veladores más las paredes ocre claro le daban un tono antiguo al living comedor. Hacían que Navidad en la Casa Grande fuera oxidada y luminosa.

Victorio cortaba y repartía el *panettone* Canale justo cuando llegaba el momento de descorchar el espumante. Desenvolvía el pan dulce, cerraba los ojos y sentía el perfume: agua de rosas y frutas abrillantadas. El corcho saltaba, el champagne chorreaba y chin chin con las copas de cristal.

Nuestras Navidades en la Casa Grande fueron más nórdicas que mediterráneas. Ingrid había traído la isla dinamarquesa a la casona pompeyana. Incluidos la música y el baile.

Hay un personaje en la película *Fanny y Alexander* que es parecido a Horacio, con esa alegría a toda prueba que también tenía mi padrino. “Seamos felices cuando podemos ser felices. Tanto como podamos. Seamos amables, generosos, afectuosos y buenos. Es necesario no avergonzarse por disfrutar de este pequeño mundo. Buena comida, sonrisas amables, árboles floreciendo, vals. Tomemos champagne”, dice aquel personaje en el final.

Cuando vi aquella película sentí que Horacio era ese hombre. Pero a medida que avancé en mis reflexiones y preguntas, y miradas y lecturas más *Casita robada* me encontré con un aspecto de mi tío que ¿desconocía? Seguramente Horacio habría recorrido la mesa de la misma manera que el personaje en la película. La habría rodeado como si la abrazara, como si nos abrazara, pero no creo que hubiera dicho aquellas palabras. Muy a mi pesar, comprendí que, al menos hasta que se exilió, Horacio nunca hubiera podido disfrutar de un pequeño mundo. Tampoco mi padre. Ni Malou, ni Buby.

Alguna que otra Nochebuena escuchamos una voz que se acercaba por el callejón. Era Beatriz Yock de Quillici, la esposa del dueño de la ferretería, muy amiga de Victorio y de Josefina. Operaria durante la Primera Guerra Mundial en una fábrica de ropa de algodón en Checoslovaquia, le faltaban cuatro dedos en la mano izquierda. Una máquina se los había amputado. Beatriz había hecho la promesa de visitar a vecinos de Chacras de Coria y cantar para ellos dos o tres villancicos de Navidad.

Cuando Beatriz terminaba, Ingrid se levantaba de la mesa y

regresaba con la armónica entre los labios. Mi tía bailarina clásica se convertía en el flautista de Hamelin. A medida que pasaba por detrás, los más chicos dejábamos autitos, muñecas o lo que fuera, la seguíamos y cantábamos "Jingle Bells". Y así llegábamos a la ropería y nos subíamos a las "tablas". Cerrábamos con el pesebre viviente. Disfrazados, pintados. Cantábamos "Noche de paz, noche de amor" y todos juntos, los chicos todavía disfrazados, partíamos a pie por el callejón. ¡Noches estrelladas si las hubo! Encendíamos cañitas voladoras. Los perros corrían y ladraban desesperados. Horacio, Coco y Buby hacían volar botellas con dinamita en el patio de la bodega o en el medio de la finca. Los Cerutti aplaudíamos. Manuel habría dicho: "*Auguri e buon Natale a tutti!*".

Aluvión

Los años setenta fueron más que complicados en la Casa Grande. El 4 de enero de 1970 amaneció pesado. Nubes muy negras, calor insoportable. Mientras los grandes dormían la siesta, Diana llevó a los más chicos al cine. Pero justo cuando empezó la película explotó una lluvia terrible, como nunca antes en Chacras de Coria. Ya había llovido muchísimo en el pedemonte, y el agua bajaba rápido por los vertederos. En el cine, se filtraba por la pantalla. Suspendieron la función y Kuky nos fue a buscar para llevarnos de vuelta la Casa Grande en el Gordini, el auto con el que Horacio finalmente le enseñó a manejar. “Tu padre no me tuvo paciencia”, dijo Kuky.

A cien metros de nuestro castillo, ya bajaba un río que casi no nos deja llegar. Como el agua entraba en la Casa Grande, metimos toallas, trapos de piso y sábanas debajo de las puertas, sobre Viamonte. Encima, desbordó el canal que pasaba por detrás. Hacia el anochecer, se cortó la luz. Todos los Cerutti nos reunimos en el comedor de diario a cantar a la luz de las velas. Los truenos sonaban a ejército en marcha; los relámpagos no paraban. Los más chicos reíamos, cantábamos y recitábamos “afuera llovía, y adentro también”. Josefina con el cuchillo hacía sonar las copas como si fueran campanitas.

El aluvión fue espantoso. Hubo muertos. Mucha gente perdió todo. Victorio se entristeció. ¡Pobrecito mi abuelo!, el agua se había llevado un pedazo del puente del callejón que pasaba por arriba del canal. Una herida en el paisaje de su patria de viñedos y olivares. Nunca pude imaginarlo en otro lugar. La Casa Grande fue su reino del que nunca imaginó que lo sacarían encapuchado. ¿Qué le puede pasar a Victorio Cerutti de Chacras de Coria?, se preguntaba mi abuelo.

Al año siguiente hubo otro aluvión, menos dramático, por suerte. Y Mónica casi se mata en un accidente.

Culillos

Una tarde de mucho calor, mientras los grandes dormían, los varones más chicos fueron a comprar bombitas para llenar con agua. Insumos para la "challada", como le dicen en Mendoza al juego con agua. Los dueños del kiosco los hicieron entrar y les dijeron: "Culillos, a ver, si son Cerutti son machos. Bájense los pantalones". Los chicos escaparon corriendo a despertar a los padres, que saltaron como chicotazo. Victorio, Horacio, Coco, Omar y Buby fueron hasta el kiosco, pero los dueños ya se habían ido. Los Cerutti fueron a buscarlos a la casa. Se gritaron y se insultaron, aunque no llegaron a los golpes, porque los kiosqueros nunca abrieron la puerta. Las Cerutti, más los chicos, mirábamos por entre los barrotes del portón el paso de ellos —*"I nostri maschi!",* habría dicho la nona Angelina—, los cuatro juntos con paso firme y mirada adusta. Muy enojados.

Otra de aquellas tardes de verano, mi primo Horacito llegó a la Casa Grande de la mano de su novia. Con pelo castaño rojizo compacto, pesado y largo hasta la cintura, Norma tenía pecas desde los pies hasta la cabeza. Flaca, con una bikini turquesa, mi nueva prima era tan bonita que parecía una Miss Siete Días. Muy callada, se lo pasaba pegada a mi primo. "Cuando la vi, pensé que podían existir mujeres más lindas que las que había en la Casa Grande", recuerda mi hermano. La hermana de Norma se llamaba Nené. Simpática y muy divertida, de cara era Liza Minnelli en la película *Cabaret* porque le gustaba bailar y cantar. Coco, con el desprecio que, a veces, demostraba por las "minas", decía que Nené era más puta que las gallinas; no sólo de ella lo decía, de mis amigas que tenían trece años, también. No sé si para mi padre hubo alguna mujer que no fuera puta. Me impactó su comentario. Para mí Nené era amorosa. Su risa era un abrazo del Mediterráneo español.

Norma estudiaba Letras y era actriz. Como Ingrid, su futura suegra, también ella puso sus patitas en las tablas del Independencia. Fue Betty Parris que, con Abigail William, estuvieron entre las primeras acusadas de brujería en 1692 en los juicios de Salem, en Estados Unidos. "¡Una actriz en la familia!", comentaban en la Casa Grande. Eso a Josefina le gustaba; mi abuela quería que fuéramos famosos.

Las Beatrices

Horacio y Coco, con sus respectivas familias, estaban cada vez peor. No lograban remotar hacia el nivel de vida que alguna vez habían tenido o que querrían tener.

Malou y los suyos, en cambio, estaban cada vez mejor. Omar trabajaba un montón y sus padres lo ayudaban. La nona Teresa les regaló un terreno. Mi tía puso creatividad y estilo para construir y decorar la casa más linda y alegre que tuvo alguno de los hijos de Victorio y Josefina.

Omar, siempre militante del Movimiento Familiar Cristiano (MFC), se acercó a la Teología de la Liberación. Organizaba misas al aire libre en la Casita. Participábamos amigos y parientes. De a pedacitos mojaba el Cuerpo de Cristo en el vino de misa que traía de la finca de sus padres y volcaba en un cáliz dorado. Se identificó con el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo que en Mendoza se enfrentó al poder conservador de la Iglesia Católica local.

Es probable que el marido de Malou haya tomado sus decisiones políticas en línea con su enorme sentido de la solidaridad. Omar era un hombre muy querido. Lo recuerdan con cariño alumnos y docentes compañeros de trabajo de la Universidad Nacional de Cuyo, donde era profesor adjunto de la cátedra de Fruticultura en la Facultad de Ciencias Agrarias.

Como muchísimos argentinos ligados a los sectores más progresistas de la Iglesia Católica, Omar y Malou también se acercaron a la Juventud Peronista. Mario Masera y Teresa Pincolini, los suegros de Malou, se quedaron con la boca abierta cuando el hijo les comunicó sus intereses políticos. Los Masera, a excepción de la militancia lencinista del padre de Omar en su juventud, eran apolíticos. Al menos así se consideraban ellos.

El hermano de Omar, José Masera, también militaba en el MFC con su esposa, que se llamaba Beatriz, igual que Malou. “Las Beatrices”, como la familia de Omar les decía a las dos cuñadas, no se llevaban bien. Tampoco los hermanos Omar y José. El conflicto entre hermanos y cuñadas repercutió en las escuelas de los hijos. Cuentan los Masera que le habían pedido a Malou que pusiera a sus varones en otro colegio. Que no los inscribiera en los Maristas, donde ya estaban

los hijos de José, pero Malou no quiso. Si sus hermanos habían ido a los Maristas, sus hijos también. “Las Beatrices” competían para ver cuál de los hijos aparecía en el cuadro de honor.

Tendencia

En Buenos Aires, el Partido Justicialista nombra al Briga tesorero del partido. Cuando Buby (que ya militaba en la izquierda peronista, también conocida como la "Tendencia") se enteró del nuevo cargo del suegro de su hermano, le pidió a Kuky que hablara con el Briga para que lo ayudara a acercarse al General. ¡A buen puerto fue por leña!

"Cómo lo voy a conectar con el General si ni siquiera yo me animo a hablarle", comentó el Briga, que estuvo a cargo de la "Operación Retorno" en 1972. Sacó plata de debajo de las piedras para que el General volviera. Recolectó fondos para el avión charter de Alitalia en el que viajaron Chunchuna Villafañe, Lorenzo Miguel, Leonardo Favio, Marilina Ross, el padre Mugica, entre los tantos que quisieron ser protagonistas del retorno del primer trabajador. También salió a buscar plata para la campaña del FREJULI, con la fórmula Cámpora-Solano Lima. En la Casa Grande el Briga dejó de ser un "milico peronacho", "ese pollerudo del padre de Kuky", como le decía Josefina.

Mendozazo

El 4 de abril de 1972, por primera vez en su vida, Coco fue temprano a buscarnos al colegio. Por lo general éramos los últimos. Serían las 11 de la mañana, y Coco estaba apurado. Desde la ventana del Falcon rojo vimos algo que nunca antes había sucedido en Mendoza. Militares a caballo y a pie, con gases lacrimógenos, corrían a manifestantes. La gente estaba entre desbandada y enojada. Había olor a goma quemada; trolebuses, autos y colectivos dados vuelta e incendiados. Sirenas, helicópteros, tiros y bombas. La gente gritaba. ¡Mendozazo!

Para algunos, el Mendozazo o Mendocinazo fue la explosión de la verdadera Mendoza, esa que no sentía que vivía en la tierra de Jauja, como se decía en tiempos de inmigrantes. La nueva California le decían también a Mendoza, una de las más rebeldes de los setenta, sobre todo cuando ATSA decidió apoyar a Raimundo Ongaro, líder de los trabajadores gráficos muy enfrentado con el ala derecha del peronismo. En Mendoza pasaba lo mismo que en todo el país.

Buby pudo acercarse más a Perón gracias a Horacio Farmache, el teniente coronel mendocino cabeza del peronismo local, que le escribió a Perón: “He recibido una carta del Dr. Juan Carlos Cerutti, a la que contesto por este mismo conducto y le aconsejo que hable con Ud. Me parece un muchacho con buenas ideas (demócrata cristiano) con intenciones de integrar su movimiento en el peronismo. Pienso que bien tratado puede ser convenientemente asimilado. En fin, usted verá”.

Mientras Buby se consolidaba en la política mendocina, un llamado telefónico a Av. España cambió nuestra vida provinciana. “Los vamos a matar a todos”, le dijeron a mi hermana.

¡Era la gran ocasión para que Coco volviera a tener un revólver a mano! Con sobaquera y permiso de la Policía de Mendoza, Papi se armó. Cuando dormía la siesta, dejaba la sobaquera colgada en el baño con el revólver adentro. Yo hacía pasar a mis amigas al baño para que vieran que mi papá andaba calzado, como si fuera un personaje de *Los intocables*. Hasta me sentía orgullosa. Íbamos al colegio con custodia y en nuestra casa hubo policías durante las veinticuatro horas.

Una tarde, tiempo después, cuando los policías ya no vivían en avenida España, Kuky fue a dar una vuelta para que Coco durmiera tranquilo. Al volver, encontró a su marido en calzoncillos, entre dormido y despierto, empuñando la .45. Minutos antes, había atendido, armado, a un empleado de ENTel que venía a cobrar una deuda. Cuando Coco se distrajo, Kuky le escondió el arma.

Cirrosis

De urgencia, internan a Coco. Kuky lo llevó en taxi al hospital; no podía esperar la ambulancia. Los miramos desde la ventana: Kuky, deshecha; Coco, un viejito. No paraba de toser. Neumonía y cirrosis avanzada fue el diagnóstico.

"Coco está así de enfermo por culpa de ustedes", afirmó Josefina, que se había quedado a cuidarnos. Mi padre se recuperó. A los 43 años, pasaba los días sentado en el balcón. Le tenía miedo a todo; ni siquiera iba al kiosco a comprar cigarrillos. Tomaba Seven Up. Ese año casi no tuvimos qué comer ni ropa para ponernos. Usábamos los uniformes de la escuela. Mi padre me avergonzaba. Por suerte, teníamos la Casa Grande.

Heredero

Horacito se casó con Norma en octubre de 1972, también en la parroquia del Perpetuo Socorro, en Chacras de Coria.

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", es la frase protagonista de la invitación, que tiene una cruz en relieve en el frente.

El "heredero" de Victorio —así llamaba mi abuelo a mi primo mayor— hizo la fiesta de casamiento en otra casa grande, la de los Guldberg en la isla dinamarquesa. Se había comprometido en la Parroquia de la Virgen de la Carrodilla, Patrona de los Viñedos, con el padre Edgardo Taricco, que dejó los hábitos para casarse con Marité Carrere, una militante de la DC. Taricco fue uno de los veintisiete sacerdotes del Tercer Mundo que quisieron que el clero mendocino se alineara con el Concilio Vaticano II. Otro fue Héctor Gimeno, que viajó a Roma para conversar con el Papa. "Gimeno fue un cura que ayudó a muchísimos detenidos mientras fue capellán del Liceo Militar", recuerda Marité Carrere. Taricco falleció en 2009.

Nunca había visto a los Cerutti fuera de Viamonte 5329. Esa casa grande la había construido Jacobo Enemark (1862-1959), un agrimensor dinamarqués que llegó a Chacras de Coria en 1888. Enviudó a los nueve años de casado. Crió a sus cuatro hijas con una institutriz que hizo venir de Dinamarca para que les enseñara a hablar inglés y dinamarqués. La heredera de Jacobo fue Marie o "Granny", la madre de Ingrid, que se casó a los quince años con Hans Christian Guldberg o "Gran Papá". El abuelo de mis primos, además de trabajar en bodegas, era rabdomante y curaba con un péndulo. La gente hacía cola en la puerta de la casa.

Fueron todos los Cerutti al casamiento de Horacito y Norma, menos Coco. No quiso viajar a "Dinamarca". La fiesta fue muy divertida. Nené bailaba el twist y yo quería ser como ella, alegre y divertida. Horacio-padre, como también le decían a mi padrino, fue el autor de la comida. Se había obsesionado con servir pato a la naranja, que él mismo preparó.

Mi primo mayor fue el primero que se bajó de la cuna de Victorio y de Josefina. Para Horacito mis abuelos dejaron de ser Papá y Mamá. Cambió por nono y nona. A ellos no les gustó el cambio. Y cuando se

recibió, en 1974, se fue a Bariloche hasta que se instaló en la Universidad Nacional de Salta.

La rivoluzione

En la Casa Grande hablar de política era lo mismo que freír una milanesa, hacer una salsa de tomate o darse un chapuzón en la pile. Mi abuela, una de las pocas mujeres de entonces que estudió Filosofía y Letras, nos leía el diario, nos enseñaba a leer literatura y nos llevaba al cine. Josefina festejó el rol de Buby en el peronismo mendocino de izquierda.

En la Casa Grande, las preocupaciones eran el estudio, obvio, la pileta, Horacio y sus problemas de trabajo, Coco que tomaba mucho, que dónde estaba Victorio, seguro que con alguna de las suyas. Que Malou quiere pintar. Que Buby estaba demasiado gordito. Y qué hacemos. ¡No hay un peso!

La militancia de Buby nos trajo los setenta, que también entraron con Horacito y Mónica, los nietos de Victorio y Josefina que estudiaron Filosofía y Letras, la carrera que mi abuela hubiera querido terminar. Horacito publicó *La Corneta*, una revista de poesía y compromiso social muy querida entre sus compañeros.

Las mujeres también participaban. Malou apoyó a su marido en el MFC, Ingrid acompañó siempre a Horacio, Jenny a Buby le estaba a la par. La relación de mis padres era diferente. Victorio se mantenía completamente al margen. Supongo que estaría más que ocupado en cómo mejorar la situación económica de la Casa Grande.

Buby había empezado muy joven a militar. Él mismo lo declaró en el Juicio a las Juntas. “Me dedico a la política desde que tenía 14 años; […] fui presidente nacional de la Democracia Cristiana en el año 1967, y renuncié para incorporarme al movimiento peronista […] tuve una actuación bastante intensa en el ámbito sindical, en los denominados gremios combativos”. Hablaba especialmente de los trabajadores de la sanidad, donde mi tío era asesor legal. También asesoró a la CGT de los Argentinos, que aglutinaba los gremios ligados a la Tendencia.

En 1972 llegó a Mendoza Guillermo Martínez Agüero para sumar a las FAR y organizar las acciones de Montoneros en la provincia. “Cuando Buby disuelve la DC, pasa primero a las FAR, cuyos miembros venían especialmente de la Federación Juvenil Comunista, y después se sumó a nosotros. Buby ocupó un lugar de peso en

Montoneros de Mendoza que sólo fue base logística, no un centro de operaciones", recuerda el cuñado de Mario Eduardo Firmenich.

"En su organización de superficie, la llamada Tendencia Revolucionaria tuvo entre sus dirigentes políticos a Eduardo Molina, Alfredo Guevara, Juan Carlos Cerutti y Enrique Sversek", señala la historiadora Graciela Álvarez en su tesis "El peronismo en Mendoza (1955-1973): su evolución y sus luchas a lo largo de dieciocho años de proscripción".

Quizás fue su amistad con Magario la razón por la que Buby se acerca al área de Finanzas de la organización. O quiso matar dos pájaros de un tiro: por un lado, resolver la cuestión que tanto preocupaba a su padre y, por otro, subir en la jerarquía de Montoneros. Además, como dice Martínez Agüero, le brindaba a la "orga" la oportunidad de hacer un negocio rentable. "Necesitábamos plata para sostener el proyecto político-militar de la organización y no tener que seguir secuestrando gente".

Galimberti "se movía con una Ford F-100 blanca que le había prestado el abogado Juan Carlos Cerutti, un colaborador de Finanzas", escribe Marcelo Larraquy en su libro *Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA*. Según Larraquy, "una de las primeras adquisiciones importantes de Montoneros había sido la bodega Calise y la finca de Victorio Cerutti".

Haber comprado bodegas Calise les permitía moverse por el país con la estructura de transportes de una empresa de muchísimo prestigio. Cuando Horacio Cerutti se exilió en Ecuador en diciembre de 1976, Victorio y Omar Masera Pincolini se hacen cargo de la dirección de Bodegas Calise.

Gatsby

Para Magario, Buby era "muy hábil en sus ideas, pero menos hábil para implementarlas. No era un militante de base. Lo más importante eran su Casa Grande y su familia. De la política, elegía las relaciones sociales y los lugares más visibles". "Buby era como el Gran Gatsby, todo a lo grande. Le costaba el desclasamiento. Su compromiso con la organización fue tan importante que hasta incluyó a su familia", recordó Martínez Agüero, quien armó con Buby el gabinete de Alberto Martínez Baca cuando ganó las elecciones del FREJULI en marzo de 1973 para gobernador de la provincia de Mendoza.

"La fórmula que había resultado ganadora encerraba el enfrentamiento entre sectores del peronismo [...] los nombramientos más conflictivos giraron en torno a la juventud. [...] Una de las designaciones más controvertidas fue la de Juan Carlos Cerutti en la Subsecretaría de gobierno", sostiene la investigadora María Virginia Mellado. "En Buby no podías confiar, era muy autoritario", recuerda Marité Carrere. Según Magario, "a Buby nunca le convenció el peronismo. En el fondo era un burgués con algunas ínfimas contradicciones. Antes que un militante, antes que un peronista, antes que un cuadro político, Buby era un Cerutti, y quería seguir siéndolo. Nunca abrazó al peronismo como una pasión. Era como Graiver: por más que se hiciera la revolución socialista, él seguiría siendo Graiver".

Horacio "era un simpatizante. ¡Muy buen tipo Horacio! Simpático y muy conocedor de la realidad económica de la provincia de Mendoza", recuerda Martínez Agüero. Buby declaró en el Juicio a las Juntas que con su hermano Horacio no tenía nada que ver "en ningún sentido, porque él [Horacio] no se dedicaba a la política y yo sí; yo soy el único de la familia que se dedica a la política". Pero los compañeros de militancia los relacionaron directamente. El mismo Magario comenta que juntos hacían las reuniones. "Los dos participaron en el proyecto de compra de bodegas Calise. Y en la constitución de Cerro Largo S.A." Magario no recuerda los detalles, pero afirma que "los hermanos Cerutti se pelearon seguramente porque Buby dejó en banda al hermano, como siempre, se cortó solo".

Lejos de las esperanzas socialistas de Josefina, salvo Coco y Victorio, los Cerutti ya son peronistas. Mi padre no fue neutral, lloró

desesperado el día que Perón dijo “yo llevo en mis oídos la más maravillosa música”.

Los Cerutti no eran una familia de tradición política. Ni Manuel ni sus hijos. Por lo general, la única participación política de estos primeros inmigrantes fue en el ámbito de las colectividades a las que pertenecían o en el mundo de la industria del vino, en este caso. Llegaron a presidir la mayoría de las cámaras gremiales, tanto de la Cooperativa Vitivinícola como del Centro de Bodegueros. Diferente fue la situación de la segunda generación. Muchos de los hijos de inmigrantes italianos que se dedicaron a la industria del vino participaron en política.

Valija

Las cuestiones fundamentales de la Casa Grande eran ideológicas, pero no en el sentido tradicional de la palabra. Los Cerutti conservaban una mirada particular para vivir en una época controvertida y apasionada. No pagaban los impuestos ni podían mantener aquel nivel de los gloriosos años cuarenta y cincuenta porque no había plata. Pero, ¿había o no había plata? ¿Todo lo que fue pasando y pasaba en la Casa Grande se debía a cuestiones económicas?

El conflicto por la sucesión de los bienes de Manuel consumió tiempo y dinero. A su vez, Victorio pareciera no haberse dedicado a la producción de vino como las circunstancias lo requerían cuando la industria pasaba momentos críticos.

La parte más comprometida era la finca, esas treinta y cinco hectáreas que habían pertenecido a Mazzolari. Todo lo que había quedado del otro lado del puente cuando lo partió el aluvión de 1971. Victorio había hipotecado la finca, pero como no había podido pagarla el Banco de Mendoza le mandó un aviso de remate. Eso sí que fe un susto. Días complicados, si los hubo, aquellos de noviembre del ’73. Victorio andaba errático y silencioso. Si decidía asociarse con alguien y hacer un barrio privado, los tiempos ya no serían los de la vendimia, ni los olores los del mosto, ni los colores los de las ciruelas. No podría caminar temprano entre sus viñedos. Pero ya no había más tiempo para pensar; si no se apuraba a conseguir un socio, los Cerutti se quedarían sin un olivo, sin ni siquiera una cereza, ni qué decir de la viña o de los frutales, que se los llevaba el banco. Los *cowboys* más chicos seguían en guerra contra los indios y los más grandes hubieran pagado para huir del Far West.

“A mi padre durante mucho tiempo le iba regular con la viña, es decir no tenía relación el costo de lo que uno pudiera sacar de ahí con el que valían las tierras”, declaró Buby en el Juicio a las Juntas. Durante los sesenta la situación de la finca se complicó. “Empeoró luego de varias temporadas de granizos y heladas. Convencido por la familia, mi padre intentó obtener préstamos o sociedades para hacer la urbanización de las tierras y venderlas como lotes; bueno, así las cosas nosotros conseguimos una hipoteca de la Compañía Sudamericana de

Seguros y ese dinero, cuya cifra no recuerdo, pero era mucho dinero, se iba a destinar a la urbanización de la propiedad", agregó mi tío. También dijo que como Victorio no pudo pagar la hipoteca, la compañía de seguros inició un juicio ejecutivo de carácter hipotecario, y que por supuesto la familia intentó buscar socios para pagar la hipoteca.

En los primeros días de diciembre del '73 llega a la oficina Cerutti un señor con una valija cargada de dólares. Muchos pero muchos billetes. "Jamás en mi vida vi tanta plata junta", nos contó Coco con una sonrisa de oreja a oreja.

Victorio encontró socio inversor gracias a las relaciones políticas de Buby, aunque durante el Juicio a las Juntas mi tío lo explicó de otra manera.

La operación era rentable para su organización política y Victorio canceló la hipoteca (nunca pude saber con cuánto dinero) y se incorporó a Cerro Largo, una sociedad anónima que haría de nuestros viñedos un barrio cerrado. El precio de la finca se movió entre los 12 y los 20 millones de dólares, según los años y las realidades económicas del país. Si las 35 hectáreas se loteaban para barrio, se convertían en zona urbana y aumentaba muchísimo el valor. Hijos y nietos tendríamos un terreno. Los demás se venderían. Los nombres de las calles eran Manuel Cerutti, Piamonte, Borgomanero, Italia, Angelina Necchi, Pavía. Fundaba un barrio y, además, no perdía nombre ni prosapia.

Victorio volvió a ser feliz. Contento como nunca, mi abuelo se preguntaba: ¿qué le puede pasar a Victorio Cerutti de Chacras de Coria? Años después, y en vista de semejante tristeza, pensé que quizás su pregunta era más intuición que pura retórica.

Pinchudos

Entre cartas y llamadas telefónicas, varios años después del Zonda que nos dejó errando como yuyos pinchudos en el desierto se dijo que Horacio le había pedido a Buby que no metiera a su padre en sus proyectos políticos. Magario afirma que Victorio no conocía todos los vericuetos del negocio. Sea como haya sido, Victorio se convirtió en el presidente de Cerro Largo y Omar Masera Pincolini en gerente general. Se sumaba Conrado Gómez, un abogado de presos políticos muy importante en Mendoza, y Horacio Palma.

A su vez, Horacio era el gerente general de Bodegas Calise. Podría volver a comprarse delicias gourmet. “Horacio me regaló no sólo el champagne sino los vinos y las copas para mi casamiento”, recuerda Irene Guldberg, sobrina de Ingrid. Fueron tantas las botellas que los Gulberg almorzaron y cenaron con champagne durante más de un año.

Uno de los compañeros de entonces comentó que Buby “en Buenos Aires se ocupaba de la compra, el lavado y la distribución de los envases para Calise”.

Cerro Largo

En su declaración en el Juicio a las Juntas, Buby no habló de sus relaciones con Magario sino que atribuyó la constitución de Cerro Largo S.A. a los vínculos de Omar con el Movimiento Familiar Cristiano. “El esposo de mi hermana conocía al señor Palma a través del Movimiento Familiar Cristiano. Masera era presidente en Mendoza de ese Movimiento y el señor Palma que era contador público acá en Buenos Aires”, dijo Buby. Los primeros días de enero de 1974 “el señor Palma y mi padre acordaron que por esa plata se compraba la mitad de la propiedad. La que está hacia la Casa Grande que medía 16 hectáreas. Las otras casi diez hectáreas quedaban en suspenso”.

Coco no quiso participar de las reuniones de Victorio, ni certificar firmas ni hacer escrituras, pero recordó siempre con una sonrisa aquella valija cargada de dólares con la que llegó a su oficina un hombre joven no demasiado flaco.

Yegua

Mónica me seguía enseñando cosas increíbles aunque diferentes de las anteriores. Me trajo los *Cuadernos de educación popular* de la chilena Marta Harnecker. Me explicó qué era la plusvalía y me enseñó a cantar "Para el pueblo lo que es del pueblo", "Qué dirá el Santo Padre", "Qué culpa tiene el tomate" y "La marcha peronista" así, con la mano derecha levantada haciendo la V con el índice y el mayor. Me tenía de mascota de aquí para allá en sus reuniones con los compañeros de la facultad. Yo me sentía contenta de estar con los más grandes. Ninguna de mis amigas jamás se hubiera imaginado todo lo que aprendía con mi prima. Nunca lo dudé, estudié Sociología porque quería ser como mis primos mayores. Intelectual, reflexiva, lectora. Y escritora. A mis once años Kuky sumaba lo suyo. Me hablaba de Perón y del Briga peronista, de la Revolución Libertadora. Yo leía *La razón de mi vida* de Eva Duarte y *Del poder al exilio* de Juan Domingo Perón. Jenny me explicaba el día a día del peronismo revolucionario. La esposa de Buby siempre tuvo palabras contundentes. "Esa arpía de tu abuela es una yegua", agregaba la mujer de Buby las tardes que pasábamos juntas. Arpía y yegua, dos animales en uno. Jenny tenía eso, facilidad de palabra y chispa para combinarlas. Así me enseñó a hacer *collages* con palabras recortadas de revistas. Palabras políticas, amorosas, históricas, como esa tan conocida: "Argentina. Hay quien te ama y hay quien te USA". Y así, con Mónica y Jenny entré en los años setenta.

Cuando ganó el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) el 11 de marzo de 1973, salimos a festejar de la mano de Josefina. Sí: de la mano de Josefina fuimos a patear gansos por la calle San Martín; algunos de plástico y otros de verdad. Buby estaba en el palco esperando el paso de los compañeros. Cantábamos "La marcha peronista", pero, sobre todo, cantábamos "Cámpora al gobierno, Perón al poder".

Baile

Como el Briga fue tan transparente —dirían ahora— en la organización y el manejo del dinero para la vuelta del General, el presidente Héctor J. Cámpora lo nombró subsecretario administrativo de la Presidencia de la Nación. Que no se tocara ni un centavo de los Fondos Reservados, le ordenó al Briga. "El tipo de orden que al temible contable le excitaba recibir y que cumpliría y haría cumplir escrupulosamente, sentando un récord sin precedentes en la historia de la presidencia. […] cebado por el presidente y su jefe inmediato Héctor chico, arremetió contra todas las corruptelas oficinescas: desde el uso indebido de los autos oficiales hasta el dispendio en lápices o gomas de borrar", cuenta Miguel Bonasso en *El presidente que no fue.*

Qué orgulloso estaba cuando lo fui a visitar a su despacho en la Casa Rosada. Mi abuelo peronista de la primera hora y amigo de Cámpora era un hombre feliz.

Buby también era un hombre feliz. Alberto Martínez Baca, flamante gobernador de Mendoza, lo nombró secretario de Gobierno. Victorio no participaba de la fiesta de su cuarto hijo. Nunca había sido ni sería peronista. No fue cuando asumió, ni festejó cuando Buby "en un acto circense", dicen amigos que recuerdan aquel momento, juntó los legajos de los presos políticos y los hizo cenizas en el Departamento de Policía, enfrente de la plaza Independencia. "Es sabido que la policía nunca permitiría semejante cosa sin haber hecho copia de los documentos", agregan conocidos de mi tío con los que conversé para este libro.

Horacio ayudaba a su hermano menor "desde fuera" y también le ofreció un trabajo a su cuñado, pero Svend Guldberg prefirió "no meterse en ese baile".

Apenas asumió, Buby, de casi treinta y tres años, se dejó ver con cadena y medalla de oro, Rolex de acero inoxidable y pulserita de oro en la muñeca derecha. Camisa amarilla, pantalón gris claro y campera de cuero negro. Y una .45 calzada en la cintura. Josefina aplaudió a su hijo menor, lo abrazó y le dio un beso.

Gorda

Horacio padre y su familia alquilaron un PH muy pero muy sencillo en algún barrio popular de la ciudad de Mendoza. No entendí por qué vivían ahí pudiendo estar en la Casa Grande.

Perón llegó. Lo recibieron con aquella bandera, larga como todo el patio, que dejó huellas en la Casa Grande. La pintó un grupo de estudiantes universitarios, con boinas a lo Che Guevara.

Pero la felicidad del Briga y de Buby duró poco. Renuncian Cámpora y el Briga, Martínez Baca y Buby. Era un hecho: Perón Vuelve. ¿Para qué queremos al Tío si el Papi está por llegar?, habría dicho algún mendocino.

Perón ganó las elecciones y Kuky partió a Buenos Aires. No había bebés recién nacidos ni niños a los que darles de comer y llevar a la escuela. Kuky quería estar en la fiesta con el Briga, en el Salón Blanco de la Casa Rosada, y participar de la gala en el Teatro Colón. Hasta salió en la revista *Gente*.

Jorge, Fabiana y yo nos quedamos con Coco. Apenas el Briga entró al gobierno nacional, buscó que a mi padre lo pusieran al frente del Registro de Créditos Prendarios. Con ese empuje, el Briga esperaba mejorar la vida cotidiana de su hija y sus nietos. Pero a mi padre a esa altura la depresión y el alcohol ya le habían ganado la batalla. El Registro no funcionó: que no va, que no se puede, hasta que lo perdió.

Kuky empezó a pensar en divorciarse de Coco. Iríamos a vivir a Buenos Aires con los padres de ella. Estábamos contentos con la novedad, creo que teníamos alguna esperanza de mejorar nuestra vida cotidiana.

Los primeros días del gobierno de Perón alegraron a los compañeros peronistas, pero al poco tiempo se armó la gorda, la misma gorda que después se tragó a los treinta mil que todavía siguen desaparecidos. Victorio y Omar entre ellos.

Manteca al techo

Con el negocio que llegó en la valija de dólares, la abundancia volvió a la Casa Grande. Algo de manteca al techo se volvió a tirar. Ingrid participó del festejo. Nunca nadie entendió por qué hirvió fideos en una olla a presión que explotó. Los tallarines colgaron varios días del techo de la cocina de la Casa Grande.

Sentado a la cabecera de la mesa del comedor de diario de la Casa Grande, Victorio les regaló dinero a sus hijos. Apenas vio el cheque que Victorio le estaba por dar a Coco, Kuky le pegó el manotón. Mi padre la invitó a viajar por Europa. Kuky salió de compras. ¡Pudimos sacarnos de encima los uniformes de la escuela! Mis padres viajarían en barco porque Coco no quería subirse a un avión. Pero Kuky quedó embarazada. Algunas noches Coco durmió de nuevo con su esposa. ¿Habrán vuelto a quererse?

El 21 de diciembre de 1973 los Cerutti festejaron las bodas de oro de Victorio y Josefina. Cincuenta años de casados. Por primera vez en la historia, pasamos las fiestas en Mar del Plata. *Tutti insieme.* Misa en la Catedral. Victorio y Josefina, felices. Él lleva un traje azul con algún brillo; ella, un saco largo y negro de seda natural, falda verde y camisa estampada. Los dos, preciosos. Victorio abraza a Josefina. ¡Hasta se besaron! Última foto.

Cenamos en Tempone's, el restaurante frente al mar que eligieron los Cerutti. Mesa enorme para los Campanelli: mantel blanco, copas de agua, de vino, de champagne. Varios cubiertos. Pastas. Victorio hizo un brindis por el futuro de la familia.

"¿Qué carajo estamos festejando? Esto es el *Titanic*", dijo muy *sottovoce* mi primo mayor a los que estábamos cerca. "¿Qué pasa?", pregunté. "¿Cómo que estamos en el *Titanic*? ¿Qué es el *Titanic*?" Pero si lo decía Horacito, había que escuchar. Tomé nota como si hubiera agarrado un salvavidas.

Pasamos Nochebuena en un barco, que no era el *Titanic*. El Viejo Pop era un restaurante-barco como de piratas pero en tierra firme. Los Cerutti comimos mariscos, pescados. Tomamos vinos riquísimos y volvimos a brindar con champagne.

Conejo

Entre Horacito y Buby siempre hubo pica. Se entiende, no es lo mismo ser último hijo que primer nieto. Creo que compartieron militancia en la Democracia Cristiana, pero después mi primo se abrió. No quiso saber nada más con su tío casi hermano mayor, menos con la lucha armada. Así me lo contó cuando todavía tenía ganas de conversar conmigo. De todas maneras, por más que anduviera calzado, dice Magario que "a Buby, la lucha armada no lo conmovió del todo porque, cuando Montoneros le propuso ir a Tucumán y demostrar su compromiso con la militancia, Buby se negó".

"Me dieron un golpe de conejo"*, le dijo Buby a Martínez Agüero cuando le contó que se había negado a ir al monte.

* El golpe de conejo se usa en karate y también en boxeo. Además tiene un significado más amplio: se lo utiliza para referirse a cualquier situación en la que alguien es tomado por sorpresa. Sobre todo cuando se lo ataca o critica.

Pasquín

En marzo de 1974 yo ya era fan de la patria socialista, del Che Guevara y de la Iglesia del Tercer Mundo. En el Sagrado Corazón, la escuela de monjas a la que iba desde jardín de infantes, decía que la Virgen no era virgen y que Cristo era el primer revolucionario. Las monjas no me podían ni ver. Encima, como tenía un grupo de amigos judíos que me había presentado mi tía Jenny, iba a la escuela con la cruz y la estrella de David. Y, para peor, me encantaba bailar rápido, pero prefería lento y abrazada a algún chico. Muy muy pegadita a mi compañero.

Si era socialista y además un poco judía, no podía ser otra cosa que puta. No encajaba demasiado en una de las escuelas de monjas donde la burguesía mendocina mandaba a sus hijas. En cambio, para mis primas yo era una "niñita bien", una chetita, diríamos hoy. ¡Qué lástima!, no podía ser muy revolucionaria, me avisó Dianita capitana. Era una burguesa de lo peor porque organicé una fiesta de disfraces en la Casa Grande. ¡Para qué esa fiesta, si ahora venía la patria socialista!

En medio de las idas y venidas entre la patria socialista y la patria peronista, la Casa Grande y el dinero que nos daba un poco de oxígeno, el 15 de agosto de 1974 nació mi hermana María Eugenia. La familia completa festejó la llegada de una Cerutti más. Victorio la tuvo en brazos, hasta la hizo reír. ¡Qué lindo llegar al mundo a upa de Victorio, con una sonrisa de oreja a oreja!

Mientras estábamos en el hospital, yo leía *La Causa Peronista*, continuación de *El Descamisado,* la revista de Montoneros. Enojadísimo, el Briga levantó la vista de su diario y me preguntó cómo se me ocurría leer semejante pasquín: "Ésa no es la causa peronista, es la causa marxista". Siguió una filípica interminable respecto del comunismo, que quería hacer flamear el trapo rojo foráneo, y su diferencia con el peronismo, que había logrado imponer la bandera celeste y blanca entre los trabajadores peronistas que se bañaban todos los días.

Con la llegada de Perón a la tercera presidencia, la patria socialista se convirtió en un recuerdo. Vuelvo a mirar y a escuchar al General, esa suerte de padre sustituto que tuvo el Briga. El 1º de mayo de 1974 echó de Plaza de Mayo a aquella "juventud maravillosa", como les

decía a los que lo habían ayudado a volver. Ahora eran “imberbes” e “imbéciles”. “Aquellos estúpidos que gritan”, les dijo. Ese día que Perón describió luminoso fue, en realidad, atroz. Abrió una herida que, como cuchillo recién afilado, atravesó el país. Todavía sangramos.

Me echaron del Sagrado Corazón: “Aquí no puede estar una chica tan madura como su hija”, le dijo a Kuky la madre superiora. Coco estaba contento porque no tenía que pagar más colegio privado. Fui a la escuela pública. Me gustó 1975, una novedad.

Coco dormía con Kuky pero llegaron el Briga y Carmencita. Kuky les cedió su habitación. El Briga habló con Coco: “Esto no da para más”, le dijo. Por más que hubiera nacido mi hermana, Kuky quería separarse de su marido.

Tabique tabicada

Como una Cerutti más, también me lastimé la nariz. Mientras me caía, ¡en la puerta de la Casa Grande!, pensaba en qué suerte que tenía puesta una bombacha que hacía juego con mi pollera. Usar la bombacha del mismo color que el vestido para Josefina era fundamental. “Si te caés en la calle y se te ve la bombacha queda feo que no combine con el vestido”, me explicó Josefina. ¡Pensar que me decían que era una niña rebelde!

Y por supuesto que también quise ser revolucionaria. Cuando estaba en segundo año del secundario en la escuela pública, un compañero de cuarto año me citó a un encuentro clandestino en la esquina de la librería Mil, en Rivadavia y 9 de Julio. Me acompañaría una amiga, que siempre llegaba tarde a todas partes. Su impuntualidad fue un problema. “Pásenme la dirección”, les dije a mis amigos. “Cuando llegue vamos.” “No podemos”, me contestaron. “Te vamos a llevar tabicada”, me aclararon. “¿Y eso qué es?”, pregunté. “Con los ojos tapados.” Principio y fin de mi militancia.

Plancha

En la Casa Grande las palas mecánicas empezaron a remover la viña. Derribaron la bodega que construyó Mazzolari, que usó Manuel y heredó Victorio. Arrancaron las cepas que había plantado Mazzolari, producido Manuel y zamarreado Victorio. Tiraron abajo la bodega que los nietos de Victorio poblamos de juegos y aventuras.

Svend Guldberg, hermano de Ingrid, todavía recuerda aquella tarde de fines de 1974 cuando un auto entró en la Casa Grande con una valija llena de dólares en el baúl. Eran muchos billetes arrugados o mal doblados. Ingrid y Josefina plancharon dólares durante varias tardes. Victorio compró un Taunus naranja; Coco, un Torino dorado.

Rodolfo Masera, primo hermano de mis primos, recuerda que "Malou y Omar habían cambiado tanto su nivel de vida que los Masera Pincolini se preguntaron qué trabajo hacía Omar".

Divorcio

En 1975 nadie vivía en la Casa Grande. Íbamos los fines de semana. Los militantes eran los que más estaban en ese lugar. Les gustaba tomar mate en esa cocina enorme. Aquel invierno, y a la luz de los acontecimientos, los Cerutti habían repartido las cartas, empieza el juego. ¿Chinchón, truco o casita robada? Coco y Kuky se separan.

Por aquellos días, mi hermanita menor tenía más de un año y nos alegraba la vida con sus caritas graciosas. Un domingo a la tardecita volvía a casa apurada. Apenas pongo la llave en la cerradura escucho las voces de Victorio y de Josefina. Entré en el comedor de diario. Coco estaba en la cabecera de la mesa; Josefina, a su izquierda; Victorio, a la derecha, y Kuky, al lado de su suegra. Mis hermanos jugaban y la tele estaba encendida. Kuky se levantaba a cada rato e iba y venía de la cocina. Coco fumaba y todavía tomaba Seven Up. Volvió al alcohol cuando se separó de Kuky.

"¡Cómo vas a dejar a Coco solo!", le dice Josefina a Kuky. Mi abuela se interrumpe, me mira y agrega: "M'hijita, sentate". "¿Con quién va a vivir si no es con ustedes?", sigue Victorio.

Coco, mudo. Kuky no responde; mira la mesa. Yo también estaba triste, pero creo que me ayudaba la novedad de un cambio. Mis abuelos llevaban un rato dando cátedra sobre las bondades del matrimonio a lo largo de los años.

"¿Por qué vienen a meterse en cosas que son de nuestra casa?", pregunto casi sin querer. Victorio me clava sus ojitos. Nunca lo había visto tan enfurecido.

"¡Callate, mocosa de la calle!", dijo primero. "Irrespetuosa", agregó, y siguió: "Maleducada. Se nota que sos una chica de la calle". Jamás me había tratado así, con ese desprecio ancestral de muchos hombres por las mujeres. Puta, ramera, chica de la calle.

De los nervios, o de la rabia, Josefina agarra la Seven Up para servirse, la botella se le resbala de las manos y rompe el vaso.

"Mamá, no, te vas a lastimar", dice Coco.

Victorio agrega: "Vamos a casa, Negra. Esto se acabó". Y se acabó. Victorio me mira de costado, se pone el sobretodo y se calza el Borsalino. Se van por la puerta grande. Kuky va a la cocina. La sigo.

Lloro y grito: “¡Qué se tienen que meter éstos en las cosas de nuestra casa!”. Kuky agrega un poquito de leña al fuego: “Tus abuelos siempre se metieron en nuestra vida. Quiero separarme de tu padre”. “Son unos hijos de puta”, agregué.

No alcanzo a terminar la frase cuando Coco entra en la cocina más furioso que Josefina y me da vuelta la cara de una cachetada. “La próxima, vas al hospital”, aseguró mi padre. Detrás de mí, Kuky gritaba como cuando Coco le pegaba a ella.

Falcon verde

Terminaron las clases y partimos a Buenos Aires. Desde principios de 1975 estaban Horacio y su familia. Por fin mi padrino vivía donde quería, en una casa en el barrio de Flores, sobre la calle Camacuá, muy cerca de avenida Rivadavia.

En diciembre, el Ejército Revolucionario del Pueblo copó el regimiento de Monte Chingolo. "¡Los tienen que matar a todos!", gritaba el Briga como loco.

Fue nuestro verano más triste, Coco vino a buscarnos para festejar Año Nuevo en Mar del Plata, donde también había ido Josefina. Pero como no trajo la plata de los alimentos que correspondía al acuerdo previo entre mis padres, mi madre no nos dejó ir. Pasamos el verano porteño a bordo del Falcon verde del Briga, entre su departamento en la avenida Córdoba a una cuadra de Callao y la pileta del Círculo Militar, en Olivos. Lejos de la Casa Grande, que seguía en plena transformación.

También paseaba por la ciudad con mi prima Mónica y su novio. Por seguridad, a veces dormían en hoteles alojamiento.

En febrero volvimos a Mendoza. Coco quiso hacerle un juicio a Kuky por abandono del hogar. "Si no vuelven, mando a la policía", amenazó. Esos sí que fueron días pesados; quiero escribirlos pero no me sale. Lo único que me provoca aquel febrero de 1976 es un dolor de cabeza insoportable. Coco aflojó y volvimos a Buenos Aires. Cuatro valijas y alguna bolsa. Mi padre sólo permitió que nos lleváramos ropa. Quedaron los cuadernos de la escuela, también mis disfraces y mis libros. Mis libros. Platos, vasos, cubiertos, cacerolas, manteles, mantas, sábanas, cortinas, muebles, regalos, recuerdos. Excepto la ropa, todo lo demás quedó en avenida España 725, 2º piso, de la ciudad de Mendoza. Mi padre decía que sus hijos iban a Buenos Aires porque los colegios eran mejores.

En la terminal de ómnibus, Coco fumaba. Teníamos que subir al colectivo. Besamos a Josefina y a Victorio. Abrazamos a María Sconfienza. A Coco lo dejé para el final, no soportaba la tristeza de verlo así, o de no volver a verlo por no sé cuánto tiempo. Era un pollito mojado. Con su falta de ducha y su olor a alcohol, no paraba de toser. Panzón, hacía equilibrio parado sobre los talones. Nunca

olvidaré el momento en que me despedí de mi padre. Lo escribo y me duele el pecho, no puedo parar de llorar cuando recuerdo ese momento.

Mis padres se dieron la mano. Coco ya le había pedido a Kuky el par de aros de brillantes y platino que Victorio y Josefina le habían regalado el día del casamiento. Era raro ver a Kuky sin esos aritos.

Subimos al micro. El chofer cerró la puerta. Arrancó. El arco de Desaguadero se reflejaba en los vidrios, el mismo arco que festejábamos cuando íbamos o volvíamos de Mar del Plata en los años que Coco y Kuky estaban juntos.

En la cabina había olor a encierro y estaba incómoda. Trataba de cerrar los ojos y de dormir, pero me venían los recuerdos. Pensaba en mi padre, en la Casa Grande. Estaba muy triste pero no me daba cuenta. Durante la noche, un pasajero vomitó vino sobre nuestra manta escocesa. El olor ácido y rancio nos invadió hasta Buenos Aires.

El Briga llegó con sus abrazos amorosos y sus chistes de campo, con ese estilo mandón de milico de regimiento. Fuimos a vivir al edificio del Seguro de Vida Militar. Qué ruido había en ese lugar. Toda la noche pasaban autos. Y la frenada de los colectivos. ¡*Good morning* Buenos Aires! Una mañana, unos diez días después de haber llegado, Kuky entró de golpe en nuestra pieza y dijo que podíamos dormir un rato más. “Golpe de Estado, chicos. Quédense en la cama.”

¿Dormir? Nos despabilamos para siempre. A partir del 24 de marzo de 1976, y por varios meses, en la puerta del edificio hubo dos soldados parados. Para entrar o para salir había que presentar los documentos.

En junio cumplí 15 años y Coco viajó a Buenos Aires para festejar. Comimos en un restaurante de pescados y mariscos en el microcentro. ¡Qué raro fue caminar con Papi por Buenos Aires! Más allá de las veces que estuvimos en Mar del Plata, el lugar preferido de mi padre era la Casa Grande. Prometió volver pronto.

Tan pronto como el mes siguiente. Fue la última vez que vino a Buenos Aires. Yo estaba en el balcón del departamento del Briga. Por casualidad, miré hacia abajo y vi la pelada de Coco. Pero pensé que no podía ser mi padre. No nos había avisado que venía. Era él. Cuando terminé de pensar tocó el timbre. Lo abrazamos. Estaba tenso y nervioso, traía una suerte de orden de un juez de Mendoza para llevarnos de vuelta, y si fuera posible a la Casa Grande. Kuky consultó a un abogado: ese papel no tenía pies ni cabeza. Mi madre no alcanzó a terminar de hablar con el “¡señor letrado!” que el Briga se abalanzó contra Coco y lo echó a las patadas de su casa. Por primera vez en mi vida vi al Briga sacado. A los gritos cerró la puerta y le siguió gritando

mientras daba puñetazos. “¡Hijo de puta! Le hiciste cuatro hijos, le cagaste la vida a mi hija.”

Cárcel

Solíamos ir a la casa de Horacio y su familia. Mi tío estaba más sereno. Zorba el Griego: qué buen apodo le habían puesto sus compañeros. Le iba como anillo al dedo. Pero el Viernes Santo, llorando a los gritos, desencajada, llegó Mónica al departamento del Briga. Quería que él la ayudara. Unos tipos de civil que dijeron ser de la Policía Federal se habían llevado a Horacio. Ingrid estaba desesperada. Pocos días después, Norma, la mujer de mi primo mayor, que ya estaba en Ecuador, partió a Quito. En julio, Mónica la siguió con su marido.

Mi padrino estuvo unos quince días desaparecido, hasta que apareció en Coordinación Federal. Torturado hasta la médula, lo trasladaron a la cárcel. Acompañé a Ingrid a visitar a Horacio. De la Casa Grande a la cárcel.

Horacio llegó con paso lento. Ya no era el tío simpático y ocurrente, expansivo, sibarita, seductor y cariñoso. Estaba encorvado y barbudo. Sacaba del bolsillo pedacitos de papel con letras ínfimas. Leía con un hilo de voz, masticaba y se tragaba los papelitos.

Abrazos

Con Horacio preso, Victorio viajó a Buenos Aires y caminó la Capital Federal buscando liberar a su hijo mayor. En la calle Florida lo agarró una patota y le dio una paliza. Que se fuera del país, le dijeron, si no, lo matarían. Lo dejaron hecho un trapito. Se metió en la cama del Hotel Italia Romanelli, donde se había alojado. Buby y Jenny, que también estaban en Buenos Aires, trataban de convencerlo para que se fuera con ellos a México, pero la respuesta de Victorio era la pregunta, su pregunta: "¿Qué le puede pasar a Victorio Cerutti de Chacras de Coria?".

Victorio y Josefina viajaron a Buenos Aires un par de veces más durante 1976. Los vimos en la casa de Horacio, que salió de la cárcel gracias a los miles de dólares que mi abuelo pagó a algún militar de alto rango de la dictadura.

Cuando liberaron a mi padrino, corrí hasta su casa. Estaba en la cama con Ingrid. Lo abracé lo más fuerte que pude.

En Ezeiza, en diciembre de 1976, antes de que Horacio y su familia se exiliaran, mi tío le dio el último abrazo a Victorio. Nunca más vi a mi abuelo. No recuerdo haberlo abrazado. Ingrid y Horacio nos dejaron casi todo lo que había en la casa de Camacuá, que eran muchas de las cosas que tenían en la Casa Grande: camas, frazadas, cacerolas, quillangos. Kuky mandó a mi hermano de catorce recién cumplidos a hacerse cargo de la mudanza.

"Nos abrazamos a sus cosas como si nos hubiéramos abrazado a ellos. Dormir en sus camas, usar sus quillangos de llama, era dormir al calor de ellos", recuerda mi hermano. Todavía comemos con algún cubierto de Ingrid y Horacio, nos sentamos en alguna de sus sillas; todavía uso la tetera de mi tía preferida, pero gran parte de los muebles se los dimos a Mónica cuando en 1985 volvió de su exilio en Ecuador.

Culatazos

En Mendoza, en diciembre de 1976, habían quedado Omar y Malou con los chicos en la Casita, y Victorio, Josefina, María y Coco en la Casa Grande. Pasaron Nochebuena con los Masera Pincolini, los suegros de Malou, todos juntos en la Casa Grande. ¡Qué triste habrá sido aquella Navidad!

Raúl Magario le había pedido a mi tío Omar que se fuera del país cuanto antes. Que se subiera al primer avión que encontrara. "Omar —dice Magario— me contestó que no, que nunca podría pasarle nada porque su familia era muy querida en Mendoza."

Kuky y el resto de la familia pasamos aquellas fiestas en Río Tercero. El último día de enero de 1977, todos, incluidos el Briga y Carmencita, volvimos a Buenos Aires. No habíamos alcanzado a entrar al departamento cuando Malou llamó a la casa del Briga. Desesperada. Lloraba a mares. Hacía tres semanas que llamaba. La madrugada del 12 de enero, las bestias habían entrado en la Casa Grande y en la Casita.

Bestias en la noche. Encapuchados, armados hasta los dientes. Insultaron, patearon las puertas. María escuchó los ruidos y se asomó. Las bestias no la vieron. Salió corriendo hacia la Casita.

Entraron en la pieza donde dormía Victorio. "¡Viejo de mierda, levantate, hijo de puta! ¡Vení que te vamos a matar!", le gritaban mientras de los pelos blancos lo levantaban de la cama. Ya era tarde para preguntarse qué le podía pasar a Victorio Cerutti de Chacras de Coria. "Chau, Negra. No te preocupes por mí, ya viví mucho", le dijo a Josefina.

"Rompieron a culatazos las puertas de las habitaciones donde estaban mi madre y mi padre; a mi madre le indicaron que se tirara, o sea mirando hacia abajo, al suelo; mi madre estaba operada recién de la vesícula, entonces les dijo que no, y les explicó la situación, que estaba operada, entonces le ordenaron que se tirara en la cama; a mi padre le indicaron que se vistiera, que se lo llevaban; entonces mi padre dijo: 'Por qué? ¿Qué he hecho yo? Soy un hombre de 76 años, he vivido toda mi vida acá'. Bueno, en fin, todas las cosas que solía decir mi padre que, efectivamente, había vivido toda su vida en Mendoza, y que pertenece a una de las familias que, podríamos decir,

construyeron la industria vitivinícola, a lo cual le contestaron con groserías y órdenes muy violentas que se vistiera inmediatamente, hecho lo cual le pusieron una capucha dentro de la casa [y] se lo llevaron encapuchado; en ese momento procedieron también a un saqueo de la casa y se llevaron desde la vajilla, es decir, desde lo más elemental: la ropa. Vaciaron los roperos, se llevaron, inclusive, los teléfonos, cuatros autos. Con esa impunidad sanguinaria que luego supimos que era común en todos los secuestros, verdaderamente sorprendente. La casa se encuentra en pleno centro del pueblo… es decir: está la plaza de Chacras de Coria, con la comisaría, inmediatamente está la escuela y luego la Casa Grande. O sea que era imposible, digamos, que la policía no detectara semejante escándalo; además llegaron en varios automóviles", declaró Buby en el Juicio a las Juntas.

También declaró Josefina. Inolvidable, mi abuela: contó todo lo que le habían hecho aquella noche triste. Que gritaban como forajidos, como locos, como bestias cebadas con sangre. Que entraron pateando las puertas. Que se robaron las joyas que tenía en la cómoda, esa que tuvo siempre, con espejo y cortinita celeste. Que se robaron cuatro autos. "Se llevaron a mi marido. Me tiraron al piso boca abajo y me ataron las manos. Que me iban a matar, dijeron". Josefina le pidió al tribunal que le devolvieran lo que era suyo.

A las patadas, habían metido a Victorio en un auto. Robaron de todo. También el Torino dos puertas que Coco amaba más que a nosotros. Mientras se llevaban a Victorio, otros asaltaban la Casita. También a Omar lo sacaron a las patadas. Primero le pegaron dos o tres culatazos en la cabeza, cuando quiso defender a Malou. A mis primos, que eran apenas adolescentes, también les pegaron. Y las bestias saquearon la Casita.

"Llegaron como quince encapuchados, entraron pateando la puerta, oímos gritos, entraron al cuarto de mis padres, empezaron a golpear a mi padre y a mi madre, seguían los gritos, nos fueron a buscar a mí y a mis dos hermanos. Entraron en mi pieza, me pusieron la pistola en la cabeza y me dijeron que me levantara; yo escuchaba golpes secos en el cuarto de mis hermanos, nos llevaron a todos a un cuarto, nos ataron y nos vendaron los ojos, nos insultaban. No se identificaron. Preguntaban dónde estaba el dinero, las joyas, mi mamá les contestaba, ellos volvían a insistir. Nos amenazaban [para] que no habláramos, que no gritáramos. Oíamos los gritos de mi papá hasta que no los escuchamos más. Mamá vio cómo le pegaban un golpe en la cabeza y se lo llevaron arrastrando. Antes habían intentado violarla. Se llevaron todo lo que podían, hasta radios que no servían, joyas,

ropas, se llevaron dos coches que eran nuestros y los dos de mi abuelo. Se fueron y después de unos minutos sentimos una voz, creímos que era mi papá, pero era la voz del hermano de mi mamá que vino a decirnos que habían secuestrado a mi abuelo y entonces caminamos hasta la Casa Grande, como le decíamos a la casa donde vivían mis abuelos. En el camino encontramos a María, la empleada, que estaba encapuchada y tirada en una acequia. Cuando llegamos, mi abuela estaba sentada llorando, porque también a ella la habían amenazado, humillado. Se habían llevado a mi abuelo", recordó mi prima Mariana en la nota de Luis Bruschtein desde México para *Página/12* el 8 de febrero de 1998. Tres días antes, Horacio había hablado por teléfono con su padre para pedirle que de inmediato se subiera a un avión. Victorio se negó haciendo la pregunta de siempre: ¿qué le puede pasar a Victorio Cerutti de Chacras de Coria?

Malou le pidió al Briga que la ayudara. Mi abuelo habló con el brigadier Basilio Lami Dozo, que sería comandante de la Fuerza Aérea entre fines de 1981 y mediados de 1982. Le dijo al Briga que la cosa venía más que complicada, que ni se metiera porque también él, mi abuelo Gau, corría peligro. Que no se olvidara de que le habían marcado su casa por peronista durante la Libertadora.

Empezó una búsqueda espantosa. Insoportable. Varias veces acompañé a Malou a preguntar por Omar durante el peor año de mi vida. A la Iglesia Católica, a embajadores, a militares en actividad, a la policía, al Ejército, a la Aeronáutica, a la Marina y a la Gendarmería. Y lo de siempre, "se los habrán llevado los guerrilleros".

Tacuara

En enero de 1977 el Grupo de Tareas 3.3.2 de la Armada Argentina secuestró e hizo desparecer a algunos de los integrantes del área de Finanzas de la organización Montoneros. Conrado Higinio Gómez cayó el 10 de enero, Horacio Palma, el 11 de enero, y el 12 de enero, Victorio Cerutti y Omar Masera Pincolini. Mientras esperaban que Gómez arribara a su oficina, fueron cayendo los que llegaban, entre ellos Juan Gasparini, de quien se dijo que era responsable del área de Finanzas de Montoneros, aunque él lo niega.

Todos estuvieron en la ESMA. A Victorio, a Omar, a Palma y a Gómez los tiraron al Río de la Plata desde algún avión de la Armada Argentina.

"Una de las grandes maniobras de gran eslora para el contador naval (Jorge) Rádice fue el despojo de la firma Cerro Largo, cuyo directorio integraban Victorio Cerutti, el contador Horacio Palma y Conrado Higinio Gómez. Los tres fueron secuestrados y torturados, junto a Omar Masera (con una sola s) Pincolini. A Gómez lo secuestraron el 10 de enero de 1977 (ya había secuestrado a Marcelo Camilo Hernández, también de Finanzas de Montoneros), horas antes de que en el mismo estudio de la avenida Santa Fe atraparan a Gasparini. A todos los que iban entrando al despacho del abogado Gómez los reducían, los amarraban y vendaban", recuerda José Vales en su libro *Ricardo Cavallo. Genocidio y corrupción en América Latina*.

Se dijo que con el secuestro de los directivos de Cerro Largo, el entonces almirante Emilio Massera suponía que había encontrado la punta del ovillo que conducía a los sesenta millones de dólares pagados a Montoneros por la liberación de los hermanos Jorge y Juan Born. Pero la sociedad anónima Cerro Largo se constituyó en diciembre de 1973. Todavía los Montoneros no habían secuestrado a los Born. Calise también se fundó en ese tiempo. De hecho, el almirante Massera y sus adláteres como Jorge "Tigre" Acosta creían en la versión de que en los orígenes de aquella inversión estaba el dinero de los Born. Pero como dice José Vales, "los marinos no se preocuparon mucho por averiguar el verdadero origen de aquellos fondos. Lo que importaba era el dinero". Vieja estrategia. Última y verdadera razón de la criminalidad, matar para robar.

¿Por qué se dice que Cerro Largo se armó con dinero de aquel secuestro?, le pregunto a Magario. “Es probable que sean simplificaciones de la historia. Los fondos para Cerro Largo S.A. salieron de otros recursos y fueron muy acotados”. Martínez Agüero, en cambio, señala que parte del dinero del secuestro de los Born se utilizó para consolidar las empresas que habían armado en Mendoza desde fines de 1973.

¿Quiénes eran estos señores? Un día Tacuara, otro día montoneros. Después, como Rodolfo Galimberti, socio de Jorge Born y amigo de los torturadores de la ESMA. Cuántos secretos guardará mi tío Buby. ¡Qué misterioso es el poder!

Chocolatinero asesino

Victorio y Omar nunca más aparecieron. También ellos son parte de la lista de los treinta mil desaparecidos. Con los años nos enteramos de los peores detalles. Los torturaron hasta enloquecerlos. Eso hacían los adalides de la patria: violar, torturar, ultrajar y robar. Matar. Cobardes anónimos. Francis William Whamond, Jorge Rádice, Ricardo Cavallo, Juan Carlos Rolón, Jorge Acosta, Carlos Massera, Eduardo Massera. Y Emilio Eduardo Massera, o Al Capone. Al fin y al cabo, el mejor Malbec quedó en manos de un chocolatinero asesino, como le decía su cuñado a Massera cuando se ponía el uniforme de gala. Chocolatinero el ex almirante. El Negro Massera. Ladrón y asesino.

"Supe que la primera semana del '77 habían sido secuestrados la mayoría de los compañeros de la sección Finanzas de Montoneros, hecho que generó un clima de euforia entre los oficiales de la Marina […]. Tuvieron acceso a la información sobre cómo se manejaban las inversiones montoneras. Los marinos pasaban por la oficina contando detalles de la caída 'de la mosca de la monta', como despectivamente se referían a esa acción represiva. […] Supe que habían allanado la sede de la Secretaría de Finanzas que pertenecía a un abogado mendocino llamado Conrado Gómez y que también habían secuestrado a otros empresarios mendocinos. Otro día vi que en la oficina de enfrente había una persona mayor, cosa que me llamó la atención porque la mayoría éramos jóvenes menores de treinta años. Llegó encapuchado y engrilletado, traído por uno de los 'pedros' [suboficiales responsables del movimiento de los secuestrados dentro del centro clandestino de detención] al que llamaban 'la Bruja'; al poco tiempo le sacó la capucha. Pude verlo unos minutos, luego entró a esa oficina un marino al que le decían 'Rugger', que luego identifiqué como de apellido Rádice, con un montón de carpetas y papeles. No podía escuchar de qué hablaban, pero vi que le hacían leer y firmar papeles. El señor podría haber sido mi padre. Recuerdo su tez blanca y su aspecto de 'tano'. Así lo pude identificar cuando supe los nombres de los empresarios secuestrados en aquella oportunidad. Era tu abuelo Victorio, dato que también confirmé porque lo tuve que incluir en el organigrama de la Secretaría de Finanzas, y por una charla con otro compañero secuestrado junto con

él, cuyo nombre olvidé por el paso de los años. Con el tiempo pude saber que tanto a tu abuelo y a los otros empresarios o comerciantes mendocinos los marinos les arrebataron propiedades y dinero, acusándolos de ser cómplices y colaboradores de Montoneros. Por mis recuerdos, creo que para fines del mes de febrero de 1977, tu abuelo y los demás compañeros de infortunio ya no estaban ni en el sótano ni en Capucha. Pensé que los habían puesto en libertad. Nunca imaginé que engrosarían la lista de compañeros detenidos-desaparecidos. Recién en 1983, cuando escribí el testimonio de mi experiencia como sobreviviente de la ESMA, comprobé en una lista que tu abuelo permanecía injustamente desaparecido", me contó Lisandro Raúl Cubas, "Chito", militante de la JP y Montoneros en el Partido de la Matanza, provincia de Buenos Aires. La Marina lo secuestró el 20 de octubre de 1976 y lo liberó el 19 de enero de 1979. En enero de 1977 ya hacía "trabajo esclavo" en el sótano del Casino de Oficiales de la ESMA.

Diablo

El Río de la Plata se tragó la cara flaca de Victorio, su sonrisa abierta y divertida. Sus manos grandes y huesudas. Ese río-mar que le había desagradado tanto a su padre noventa y un años atrás me arrebató los brazos abrazadores de Victorio. Siempre que llego a este lugar del libro lloro. Todas las veces que lo leo y releo. Cuando lo edito y lo pienso.

Lloro todas las veces que trato de darle a la Casa Grande, o mejor dicho a *Casita robada*, el tono, las formas, el clima de aquellos años.

La Casa Grande fue mi infancia. *Il mio paese*. Mi pueblo, también mi país. Perderla fue traumático. La salida de la infancia es complicada. Pero hay salidas y salidas. Qué difícil es ajustar la tensión entre hechos "naturalmente" biográficos con hechos contemporáneamente dramáticos. *Casita robada* es una apuesta para contar una familia en una época. Caleidoscopio de humanos.

Cuando recuerdo a Victorio no tengo consuelo. ¿Tuvo frío? ¿Le dolió el golpe? ¿Cuáles fueron sus últimos pensamientos? ¿Habrá tenido un momento para recordar a sus nietos que lo queríamos tanto? ¿Qué pasó, Papá? ¿Por qué le metieron los dedos en los ojos al diablo?

Cuentan que ya exiliado en Ecuador, en uno de los tantos almuerzos familiares, mientras mis primos hablaban de revoluciones, Horacio dijo: "Déjense de joder con tanta revolución. Miren dónde estamos por haberles hecho caso".

Me animo a afirmar que Horacio, igual que Victorio, aceptó ese trabajo porque lo necesitaba. Mi padrino jamás hubiera sido militante de izquierda. Cuando llegó a Ecuador, los primeros días estaba contento porque, decía, "éste sí que es un país. Podés comprar las delicias más ricas del mundo. En cambio en Argentina no hay nada de todo esto. Mirá —agregaba Zorba el Griego—, aquí en Quito hay arenques del norte de Europa, pasta italiana, quesos franceses. ¿Qué más podemos pedir?". A Horacio nunca le interesó la política. Dice Magario que "Calise fue un trabajo que Horacio supo hacer muy bien. Los únicos que no eran improvisados en la gestión de los proyectos, fueran Cerro Largo o Calise, eran los Cerutti, porque conocían la industria del vino. Horacio era todo un Cerutti, un burgués. Exquisito para las comidas. Comer en su casa era un banquete. Le encantaba el

champagne. No era el primer trabajador pero tenía ideas, era eficiente. Lúcido y consciente. Obvio que nunca le pedimos que fuera a militar a una villa miseria. Era jovial y muy divertido. En una época tan difícil Horacio le puso ritmo y alegría a la vida cotidiana. Tenía, además, muy buena llegada con su cuñado, Omar Masera Pincolini".

Honor

Cuatro meses después del secuestro y desaparición de Victorio y de Omar, la tierra de la Casa Grande tenía otros dueños. Con un acta de asamblea fraguada en los sótanos de la ESMA, obligaron a Victorio a firmar la cesión de Cerro Largo S.A. a favor de Will-Ri S.A. El 2 de mayo de 1977, en Buenos Aires, la escritura 1288, que rubricó Sosa Moliné, el escribano del ex almirante, certificó la transferencia de las tierras de Victorio Cerutti, presidente de Cerro Largo S.A.

Con los años supimos que el "Will" pertenecía al apellido de Federico Williams, nombre falso del torturador de la ESMA Francis William Whamond, accionista de la misma firma a la que pertenecía Silvina Rosenthal, esposa del abogado Manuel Campoy (hijo), que ya estaba viviendo en la Casita a fines de 1978. Manuel Campoy era hijo de un escribano amigo de mi padre en otra época. Manuel Campoy Serpa. El "Ri" era de Héctor Ríos, nombre falso de Jorge Rádice, otro asesino de la ESMA.

La operación de desapoderamiento de Victorio tuvo muchas aristas e involucró una cadena de arbitrariedades e ilegalidades que todavía estamos conociendo. No entraré aquí en los detalles legales porque no alcanzaría una colección de libros para explicar los tejemanejes que hubo a lo largo de los años para acceder a la comercialización de aquellas tierras tan valiosas. Las causas judiciales son varias; los implicados, muchos; las ilegalidades, un montón. Según el periodista Horacio Verbitsky en su libro *El Silencio,* "el grupo de tareas montó una organización paralela dentro de la ESMA para administrar esos bienes (la finca de Victorio). Si antes saqueaban las viviendas, a partir del robo de los bienes de Victorio Cerutti, Massera y sus secuaces armaron prácticamente una inmobiliaria. Y para borrar el rastro, la huella de la garra de Massera, vendieron y revendieron varias veces la tierra de Victorio. Armaron sociedades fantasma".

La sociedad Will-Ri, que también llamó así al barrio, tuvo domicilio legal en Cerrito 1136, 10º piso, Ciudad de Buenos Aires, donde también funcionó el Partido para la Democracia Social, liderado por el entonces almirante Massera. El departamento pertenecía al ex almirante pero, según la periodista Susana Viau, habría sido de Buby. No pude corroborar semejante dato, seguramente

escandaloso por usar algún adjetivo, ni con Susana Viau que murió en marzo de 2013 ni con otras fuentes. “El piso que Cerutti tenía en Buenos Aires, en pleno Barrio Norte, Cerrito al 1000, entre Juncal y Arenales, se había convertido, vaya a saber en virtud de qué milagrosa coincidencia, en oficina de Massera” (Susana Viau, *Página/12*, 6/2/1998). Decidí llamar a mi primo Juanqui, el hijo de Buby, y preguntarle si por casualidad el padre había tenido un departamento en la calle Cerrito. “No, el viejo nunca tuvo un departamento en ese lugar. Y ese dato es un disparate”, afirmó mi primo, a quien no veía ni le hablaba desde el año 2006.

Cuando Buby volvió del exilio demandó primero a Manuel Campoy por secuestro extorsivo y en 1984 pidió la devolución de las tierras a Misa Chico, la segunda sociedad que hace Massera para entorpecer eventuales acciones legales. Misa Chico perteneció a Eduardo Massera, hijo del ex almirante, a Carlos A. Massera, hermano del ex almirante, y a dos personas más. A su vez, Misa Chico transfiere los bienes a Huetel, en Mar del Plata. Massera también había transferido parte de los bienes a Luz del Sur. Y Huetel había transferido sus bienes a Enori y a A&B Consultores.

Todo lo que sigue es peor aún. Sociedades anónimas, complicidades con personajes de la agrupación peronista Guardia de Hierro, etc., *etc.* “El ex almirante Emilio Massera utilizó los servicios de Guardia de Hierro para encubrir la apropiación de las tierras de Victorio Cerutti, Horacio Palma y Conrado Gómez, secuestrados por la Marina y asesinados en la ESMA. Así, los bienes que Massera había puesto en custodia de su hijo Eduardo Enrique, de su hermano Carlos y del apoderado de su Partido de la Democracia Social, Pedro Añón, fueron traspasados a Huetel, Enori y A&B. El presidente de Huetel, Félix Botte, era un calificado ‘guardián’; Enori era la firma propietaria de la sede de Guardia de Hierro y a ella se hallaba vinculado Genaro Contartese, titular de una de las cuentas del affaire IBM-Banco Nación. Por fin, A&B eran las iniciales de Daniel Adrogué y Luis Alberto Bragagnolo, dos miembros de la cúpula ‘guardiana’. Todos esos personajes mantenían estrecha relación con el teniente Jorge Rádice y el ex capitán Jorge ‘Tigre’ Acosta, gestores de las operaciones inmobiliarias realizadas con las propiedades de los secuestrados por el GT3”, escribe Viau en marzo de 1998en *Página/12*.

“Barrio Casa Grande”

Años y años lucharon algunos vecinos de Chacras de Coria para cambiar el nombre del barrio. Lo lograron a fines de diciembre de 2011. Ahora es “Barrio Casa Grande” aunque se lo sigue conociendo como “el Will-Ri”.

Los detalles del secuestro y la desaparición de Victorio y de Omar, como los del robo de sus bienes, son más que macabros. Las calles del barrio que Massera construyó en el reino de Victorio se llaman Honor, Justicia, Equidad, Amistad y Caridad. ¡Falta cambiar el nombre de las calles!

Mi hermana María Eugenia, fotoperiodista, viajó a Mendoza varias veces hasta que logró reunir las imágenes de la exposición “Naturalezas”, que en diciembre de 2013 ganó una mención de honor en el V Premio Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti. Todos los nietos de Victorio y Josefina llevamos la marca de la Casa Grande. Todos aún padecemos su ausencia y todos hicimos algo para construir la historia de aquella villa pompeyana.

Victorio caminó sucio, con los pelos sin peinar, entre mis sueños. Perdido con un pan dulce en la mano y su trompo rojo en la otra. Se sentó en su sillón. Contaba cuánto había sufrido porque no podía jugar con nosotros. Que no tenía a quién hacerle andar el trompo. Ni a quién hacerle el torniquete en la rodilla. Quiero soñarlo una vez más como un conjuro contra el dolor y el olvido. Quisiera que un día de estos volviera. Me gustaría despedirlo.

Foto María Eugenia Cerutti. Placa de la calle Honor 1100.

Cuba

A Coco no se lo llevaron porque nadie lo nombró en ninguna de las palabras que las bestias cebadas con sangre arrancaron a fuerza de golpes y torturas. Pero el secuestro y la desaparición de Victorio destruyeron a mi padre para siempre. Nunca más volvió a la Casa Grande. Cuando viajábamos a Mendoza le pedíamos que nos acompañara a Chacras de Coria. Decía "No" y ponía una cara de dolor y desagrado imposible de olvidar.

Los primeros momentos después de aquella noche triste fueron insoportables. Josefina no entendía qué había pasado. Oscar Masera Pincolini, hermano mayor de Omar, preguntaba por qué se lo habían llevado. Malou intuía que había pasado lo peor. Mis primos no paraban de llorar. Coco no paraba de tomar. Encima, en Ecuador metieron preso a Horacio en el '77. Parece que hubo una confusión respecto de unos delicuentes argentinos que estaban buscando. Por suerte, salió al mes, y pidió asilo político en Canadá. Tuvo varios negocios de comida argentina. No sé cuántas empanadas repulgaron entre Ingrid y Horacio, que también vendió joyas.

Buby, que ya se había exiliado en México, empezó a vender autos en una concesionaria para la empresa Wolkswagen, donde también trabajaba su amigo Raúl Magario. No tienen buenos recuerdos de Buby varios exiliados que le compraron autos.

En México, al hijo menor de Victorio y Josefina se lo podía encontrar en los cócteles de la embajada de Cuba. Se paseaba con un vaso de whisky en la mano derecha y un faso en la izquierda. En aquellos años, mi tío habría encontrado en el alcohol un gran compañero de exilio.

Cuando todavía Malou tenía esperanzas de encontrar vivo a Omar, internó a Coco en El Sauce, el hospital psiquiátrico más antiguo de Mendoza. Mi padre quedó alterado y violento luego del secuestro. Daba vueltas por la galería de la Casa Grande hablando solo y a los gritos. No pude saber qué decía.

Josefina también puso la firma para internarlo, previa denuncia de locura contra su segundo hijo. Pero Coco se escapó de El Sauce. Al menos, así lo contó. En cambio, en su archivo personal, que guardé después de su muerte, encuentro una declaración jurada de Josefina

donde consta que ella fue a buscarlo. Josefina se desdijo de haber aprobado la internación el 21 de junio de 1977: “Aclaro haber estado en esa oportunidad fuertemente emocionada por el secuestro de mi marido Victorio Cerutti por lo que no estaba en esa ocasión en condiciones aptas para medir mi conducta”. También dijo que Coco la atendía y asistía, y que concurrió “de inmediato y personalmente al Hospital Neuropsiquiátrico El Sauce, donde ante las autoridades aclaré mi error retirándome de ese nosocomio en compañía de mi hijo, quien oportunamente se restituyó al hogar”. Quedó testificado por la escribana Celia Chumilli, amiga de Coco desde hacía muchísimo tiempo.

Desde el día que Malou lo internó, mi padre nunca más habló con su hermana. Para Coco Malou había muerto.

Morir

Luego de vivir un año y medio en la casa del Briga, todavía rodeada de militares, en junio de 1977 nos mudamos a Colegiales, a un departamento del Banco Hipotecario. Cuatro ambientes, sin balcón, sin viña, sin jardín, sin Casa Grande.

Meses después terminaba mi cuarto año del secundario en un estado de pánico y de sufrimiento que me era imposible disimular. Lo único que quería era morirme. No podía con mi dolor. “Y si te morís, ¿qué pasa?”, me preguntó una psicóloga. La pregunta me alivió. Si me moría, me moría y listo. Me quería ir con Victorio cuanto antes.

Arranque

Hacia fines de 1977, por medio de contactos de Ingrid y Horacio con la Iglesia Católica de Argentina, se supo que Victorio Cerutti y Omar Masera Pincolini estaban muertos. Los habían asesinado. Malou y sus hijos no lo creyeron. No podía ser que Omar no estuviera más. ¿Quién iba a cuidar los rosales? ¿Qué iban a hacer sin él de ahí en adelante?

A principios de 1978, y ante la desesperación por la ausencia de noticias, los Masera Pincolini le pidieron ayuda a un pariente de esos que ninguno quiere reconocer como tal, un contrabandista con llegada a los militares. "Olvídense de Omar y de Victorio. Los asesinaron. Los tiraron desde un avión de la Marina al Río de la Plata", dijo el Gordo Calefón Ferri.

Malou organizó una gran feria americana en la Casa Grande. Huyó a cualquier precio. ¡Como para no querer huir! Vendió todo lo que pudo, fueran de quienes fuesen las cosas. Josefina siguió con la tarea. En las casas de los vecinos de Chacras de Coria todavía hay pedazos de la Casa Grande. Malou decidió exiliarse. Los secuaces de Massera daban vueltas por la Casita, los amenazaban, les decían que se fueran. Preparó una valija con ropa de Omar. Tocó el timbre en la casa de los suegros y les dijo: "Si aparece su hijo, aquí tienen la ropa". En México los esperaba Buby, que, según los relatos de mi tía, los dejó en banda apenas pudo.

"Yo aquí sola —me escribió Josefina en febrero de 1978— vendiendo todo lo que hay en la Casa Grande y en mi departamento. […] Me parece mentira todo lo que pasa y todo lo que pasó. Por eso ni bien haya vendido esto me iré para *allá*."

Allá era México, pero en ninguna de las cartas que iban y venían estaba la dirección de Buby y su familia. Sigue Josefina:

"Siento mucha angustia de dejarlos a todos. Ya no sé qué pensar. He sufrido mucho por todo y ver a los chicos cómo extrañaban. Fue una despedida triste y larga. No hay palabras para expresar este 'arranque'. Cómo habrá sido la despedida que el Rayo se quedó estático mirando los autos, le faltaba la palabra. Pobrecito, se iba Omarcito. Pero no fue así con el Rinti, los últimos días se ve que adivinaba lo que veía tantos preparativos y cuando se fueron los miró

con ojos largos. Tristes. Y se tiró delante de la puerta de la habitación de Marianita y allá quedó, dormido para siempre. Entregó su alma al cielo de los perros. Porque los perros tienen alma", escribió Josefina refiriéndose a las mascotas de Omar (Rayo) y de Mariana (Rinti).

Malou huía a cualquier precio. El todavía almirante Emilio "el Negro" Massera también mandaba emisarios para presionar a Josefina para que vendiera la Casa Grande. En Chacras de Coria no debía quedar ni un Cerutti de Victorio, ni sus huellas, tampoco sus descendientes.

Juan Manuel de Rosas decía que al enemigo no hay que permitirle volver. No debe tener donde volver. Massera se había robado la finca. La Casa Grande, que no pertenecía a la empresa Cerro Largo, quedó como el único testigo local del horror.

El nono Mario Masera, abuelo de mis primos, se apagó un año después, muy despacio. En sus sueños perseguía mariposas. De repente decía: "Omar, no te vayas". La nona Teresa Pincolini murió al año siguiente. "Hasta el último día estuvo segura de que Omar volvería. Que iba a aparecer por la puerta y la iba a saludar con un beso", recordó Oscar, su hermano mayor.

Huellas

Mis hermanos y yo volvimos por primera vez a Mendoza a fines de 1978; pasamos por la Casa Grande pero no entramos.

En los poco más de dieciséis años que sobrevivió a Victorio, mi padre tuvo épocas de caída en picada. A veces se recuperaba. Sus cartas fueron la huella de su tristeza profunda y antigua. Aullidos de soledad. Nunca más nombró la Casa Grande.

Cada vez que lo encontraba, Coco estaba peor, aunque en sus cartas y en sus palabras desplegara una prosa que iba de los juegos al chiste pasando por los consejos sobre cómo afrontar la vida. Nos retaba, o nos daba lecciones de gramática o de matemáticas. Sumaba historia y ética. Coco negaba la realidad aunque uno de sus consejos fuera aceptarla tal cual venía. Con su madre era más sincero; hasta le contaba detalles de su vida sexual, "porque entiendo que somos amigos", le escribía.

Los grandes temas del carteo entre Coco y Josefina fueron, especialmente, las enfermedades que cada uno padecía, más los detalles sobre la familia. Coco le pedía dinero a su madre.

Además de las cartas, Coco escribía en libretas, papeles y papelitos. Un sinfín de palabras cotidianas. Mi padre tenía miedo de olvidar. En libretas de tapa negra a rayas y con elástico para cerrarlas, Coco anotaba todo lo que le pasaba por el "coco".

Esquirlas

La bomba que estalló en el corazón del patio, esa que explotó debajo del colchoncito de nuestra cuna, fue tan potente y arrasasadora que hizo de la Casa Grande una montaña de esquirlas desperdigadas por el planeta.

En la Argentina, Coco y Josefina en Mendoza, Kuky e hijos en Buenos Aires. Buby y familia, más Malou y los suyos, en el Distrito Federal. Mónica y su hija Valeria, más Horacito y Norma con su hijita Jimena, en Ecuador, hasta que les sucedió otra desgracia, la peor. Bárbara Gabriela Cerutti, la segunda hija que tuvo mi primo mayor con Norma, muere a los ocho meses de gastroenteritis. ¡Otra vez! ¿Por qué se repiten algunas historias en las familias?

A Barbarita la enterraron en Cuenca. Mi primo y su familia partieron, deshechos, a Alemania, gracias a una beca de la Fundación Alexander von Humboldt, de Nürenberg. Dos años después, Horacito y su familia se instalaron definitivamente en el Distrito Federal de México.

¡En el arranque —trataré de decirlo mejor que Josefina—, en ese arrancarnos de cuajo de nuestra tierra, el correo argentino fue el que más ganó!

La Casa Grande se embarcó en sobres inundados de palabras. Transatlánticos. Veleros. Canoas de recuerdos. Botellas al mar. Repasábamos la infancia y los días en la Casa Grande, sumábamos fotos, reflexiones, proyectos. De todos los sobres podías volcar tierra del jardín de la Casa Grande. Lágrimas. La tristeza y la desolación se juntaban con las novedades. El nuevo mundo renovó ideas, sirvió para armar proyectos y para aprender que la Casa Grande no era el único lugar en el mundo.

Mi tío Horacio reflexionó sobre los varios acontecimientos que padeció la familia Cerutti:

“He aprendido tanto en estos últimos años, que toda mi vida anterior me parece un limbo y como si ahora me fuera día a día despertando de un sueño y descubriendo la realidad… Mi proceso personal de maduración (y no está para nada completo, sino en pleno proceso) ha sido largo y penoso, lento y doloroso. El ir descubriendo cosas y conceptos que para otros son obvios y naturales resulta muy

interesante, pero al mismo tiempo te hace sentir que has perdido mucho tiempo […] es bueno tener o construir las bases lo más pronto posible, eso ayuda a entender cada día más y mejores cosas. […] Chacras fue lo que fue y allá está, en el pasado. […] Todos y cada uno de nosotros hemos pagado y estamos pagando por nuestros errores. […] si los pecados fueron grandes, el castigo no ha sido menos duro. Naturalmente, cada uno siente más sus propios dolores, pero todos hemos recibido nuestras respectivas dosis. Todos estamos golpeados, heridos y maltratados, en síntesis: castigados."

Mi padre estaba muy mal. "No me acostumbro a vivir sin ustedes", nos escribía.

En 1980 compré un pasaje con los ahorros de mi trabajo como secretaria de un estudio jurídico y viajé a Ecuador. Extrañaba a Mónica. No tenía con quién hablar de eso que siempre habíamos hablado, de nosotras, de nuestros padres, de la Casa Grande. Del futuro.

Como mi padre no quiso autorizar mi salida del país, recurrí a un juez de menores. "¿Para qué querés ir a un lugar tan feo?", preguntó Coco como si mi viaje hubiera tenido pretensiones turísticas. Coco, claro, sabía más que yo de la interna familiar y de los peligros que toda la familia había corrido. ¿Habrá querido evitar mi viaje por miedo de que me pasara algo?, ¿o eran los celos de siempre hacia sus hermanos y sus sobrinos?

Mientras tanto, el juicio contencioso de divorcio que Kuky le inició a Coco fue devastador. La Justicia le hizo vender el departamento de avenida España porque no cumplía con la cuota alimentaria para sus cuatro hijos. Con el departamento vendido, mi padre vivió algunos años en una casa similar a la Casa Grande, en la ciudad de Mendoza, donde también reinauguró su Estudio Notarial Cerutti, después de años de depresiones. Pero como lo echaron a patadas por no pagar el alquiler, empezó a probar suerte entre hoteles de mala muerte, más alguna que otra noche en casas de parientes, para mí remotos y desconocidos. Lo visité en alguno de los hoteles donde vivió. Me esperó con una cama tendida con las sábanas rojas de Josefina, esas que había hecho bordar a mano allá lejos y hacía no demasiado tiempo.

Volví a la Casa Grande en 1980 con mi novio de entonces. Caminamos por la calle Italia desde Darragueira. Me temblaban las piernas y me moría de los nervios. Nos cruzamos con García, el peluquero, que me preguntó si yo era Malou Cerutti. ¡Qué recibimiento! Cuando toqué el timbre de "mi" Casa Grande abrió uno de los dueños, una pareja de personas mayores. Nunca supe ni su

nombre, ni cómo llegaron a comprar la Casa Grande. Pedí pasar. Apenas puse un pie en el vestíbulo, empecé a llorar. Me temblaba el cuerpo. El living estaba decorado como en nuestros mejores tiempos. La recorrí entera y recolecté pedacitos de Casa Grande. Al otro día, amanecí muda.

Cuentas

Josefina se instaló casi dos años en México con Buby y su familia. También estuvieron en Roma. Pero prefiere morir en su tierra, le dice a Coco en una carta: quiere volver a Mendoza. Mi padre le contesta que Mendoza está cara, que ni siquiera tiene dinero para comer. "Sin ninguna duda debemos ajustar nuestras respectivas aspiraciones espirituales y materiales si queremos vivir juntos", le aclara mi padre a su madre.

Le recuerda a Josefina que "Buby tiene tu dinero y debe hacerte posible, si estás de acuerdo, la realidad de un futuro mejor. Buby solo, por sí mismo, asumió esa responsabilidad".

Y así era. En la familia se comenta que Buby habría utilizado a lo largo de los años un poder falso sobre todos los bienes de sus padres. Coco conocía los tejemanejes de su hermano, sus intereses económicos, sus posibles batallas. Contó que Buby lo amenazó, no tanto a él sino que le dijo que si no hacía lo que su hermano menor le indicaba éramos nosotros, sus cuatro hijos, los que corríamos peligro.

El 4 de julio de 1981, Coco le escribió a Buby retándolo porque, según mi padre, su hermano menor no tenía consideración con su madre. Además, le comunica que quiere ir a vivir a México porque en Mendoza no tiene posibilidades de levantar cabeza. También dice que Victorio "está vivo hasta que no me demuestren lo contrario". Coco nunca reconoció la muerte de su padre.

Le vuelve a escribir a Buby. "Querido hermano. Dicen que los políticos son las personas que tienen más mala memoria. Cuando viajamos a Córdoba debí esperar varios años para que me dijeras que yo tenía razón, habías manejado mal. Tu forma de ser, para mí, es que hay que pegarte una patada de mula en las pelotas para que reacciones. Y si en una oportunidad debí pegarte esa patada, era para que reaccionaras, que estabas, sin quererlo, de esto nunca tuve la menor duda, si no, no escribiría estas líneas, matando a Mamá, exigiendo y esperando una capacidad de comprensión en un momento que ella no estaba en condiciones. Fueron muchas las cosas que había pasado, y superarlo no es fácil para nadie. Esto Mamá siempre lo supo y si no te lo ha manifestado es porque no le gusta reconocer que tuvo un largo y hondo período depresivo, casi totalmente superado. Yo me

referí en mis expresiones telefónicas a Papá y Mamá. En cuanto a Papá, está vivo y no cambio de opinión mientras no se pruebe lo contrario. Yo también esperé recibir unas líneas tuyas que nunca llegaron. La relación humana nunca es perfecta, para mí nuestra discusión es una ratificación más. Continuar es revolver mierda y lo único que sale es mal olor, decididamente prefiero olor a perfumes y si lo lleva una linda mina muchísimo mejor. Mi deseo de irme para esos pagos es rehacerme, no lo veo posible aquí, y donde vaya sentirme por lo menos rodeado de respeto, por demás está el decir que trabajando. En cuanto a cómo me siento, la autovaloración no es fácil, pero debo decirte que muy bien, pero no importa. […] te agrego, *movete* y bañate como te enseñé. Cariños para Jenny y los chicos, recibe un abrazo de Coco".

Mientras tanto, en la Argentina vivíamos la dictadura desde adentro. Los paramilitares armados por la calle, los Falcon verdes por todas partes. Eran tapa de los diarios los "atentados" o los muertos a tiros en las rutas que no eran más que masacres en manos de las bestias de la dictadura más sanguinaria que hubo en nuestro país. Si salíamos de noche, ojo con olvidarnos la cédula o el DNI. Miedo, teníamos mucho miedo. Encima, extrañábamos mucho a todos. Jorge, Fabiana y yo hasta pensamos que irnos a vivir a Canadá con Horacio e Ingrid.

Manteles

El estado de mi padre era desesperante. El 25 de noviembre de 1980 me escribió: “Hoy es el cumpleaños de Papá, qué no haría por saber si está bien y dónde está y poder pedirle un consejo o muchos, cuánto vale un padre”.

En 1981 Coco viajó a Canadá. Llegó muy pero muy deprimido, no podía ni con él mismo. Horacio tuvo que bañarlo, desinfectarlo y prestarle ropa. Llevó uno de sus tesoros más preciados: los manteles de hilo que había bordado la misma bordadora que le había hecho el ajuar a Malou. Eran parte del ajuar de Coco y Kuky cuando se casaron. Ingrid, siempre más práctica que Coco y Kuky, no entendía “para qué mierda” —así dijo— había llevado Coco esos manteles a Canadá. Supongo que él también se agarró a los objetos, como hicimos nosotros. Cuando Ingrid volvió a la Argentina trajo los dos manteles y se los dio a Kuky. Uno quedó para mí.

No sé cómo llegó Coco hasta Canadá. ¿Fue al Waldorf Astoria, como me dijo?, o, como era un poco fabulador ¿no me habrá contado como real aquello que le habría gustado hacer? También me prometía llevarme en barco a Europa; hasta me hizo hacer el pasaporte.

De regreso, mi padre le contó a mi hermano: “En Canadá estuve en una juguetería especialista en trenes. Y los modelos nuevos son iguales a los que tenemos, eso no quita la conveniencia de lubricarlos y ‘arreglarlos’ y que podamos entretenernos nuevamente”. Coco había traído de su viaje a Europa en los años cincuenta un juego de trenes Marklin. Éramos muy chicos y armábamos el tren con mi padre en la galería de la Casa Grande. Cuando ponía a funcionar los trenes volvía a ser un niño, liviano y simpático. Evidentemente, su viaje a Canadá le recordó aquellos tiempos.

Y si de deseos infantiles se trata, leyendo una carta de mi padre me entero de que Josefina había nacido en 1900 y no en 1902. Entre los Cerutti era bastante común arrancarse algunos añitos.

“Como pronto cumples tus primeros ochenta años [el 4 de noviembre de 1980], sí, ya sé, no te gusta que diga tu edad pero, en fin, entre nosotros no importa, querida Mamá, no te parece que esta tu primera etapa de vida hayas aprendido algo y ponerlo en práctica para felicidad tuya y de todos los que te rodeamos, supongo que sí”, le

escribe mi padre.

Horacio, por su parte, reiteraba en cada carta su miedo a que pudiéramos dar su dirección. Habían pasado tres años y medio de su exilio, pero todavía tenía miedo. Tanto miedo como mi primo mayor, muchos años después. A la luz o a la sombra de todo lo que sucedió, ¡cómo no iba a tener miedo! En 2000 le mandé por fax mi primera nota sobre la desaparición de Victorio, que había publicado la revista *Veintitrés* con el título "Paraísos perdidos", que reemplazaba al mío: "La noche triste del Flaco" que publicó *Il Diario*, una revista de Milán. Mi primo mayor me pidió por favor que nunca más le mandara algo sin avisarle.

Fui a almorzar a la casa del Briga. Le mostré contenta mi primer texto publicado con alguna ambición literaria. "Pero m'hijita, dejate de joder con esta gente. Ya se los comieron los pescados", dijo el Briga.

Argentinos a vencer

"Salimos del país en bolas, destrozados y golpeados y lo único que teníamos era la voluntad de no rendirnos. Seguimos recibiendo golpes y laceraciones de todos lados y seguimos sin querer rendirnos. Llegamos aquí y no hemos parado de trabajar como burros para sobrevivir, pagar deudas y ayudar en lo que podemos. No hemos tenido vacaciones de ninguna clase, no vamos al cine, ni al teatro ni a comer afuera. Casa trabajo. Trabajo casa. Seguimos pagando deudas y tenemos todavía años de pagar. Gastamos sólo lo necesario […] Comprar algo, un par de zapatos, por ejemplo, es motivo de una reunión y conversación familiar. […] *Nuestra vida se mueve con otros valores y otras prioridades*. Puedo completarte el cuadro y aunque te resulte difícil de creer pero es así la mayor prueba es lo que te digo y te confirma todo no tenemos auto (lo primero que todos se compran cuando llegan aquí. Ni tampoco casa, la segunda posibilidad). Repito: *nuestra vida se mueve con otros valores y otras prioridades*", me escribía Horacio el 15 de noviembre de 1981. Pobre, me parece que se asustó cuando mis hermanos y yo les dijimos que iríamos a vivir con ellos. Hasta tenía miedo de nuestros llamados por teléfono.

Empieza la guerra por las islas Malvinas y mi padre —para mi sorpresa— se revela un patriota casi fanático. "Supongo que te imaginarás —le escribe a Josefina— que cuando se está en guerra hay que tratar de trabajar más que nunca y no aflojar y tener alguna esperanza." Y agrega después del saludo, "Argentinos a vencer". En realidad, si me pongo a recordar en detalle, mi padre ya había demostrado un dejo patriótico. Siempre que sonaba en la TV el Himno Nacional, se paraba con los brazos detrás de la espalda y esperaba que terminara nuestra canción patria.

De todas maneras, aun haciendo alarde de trabajo y patriotismo, Coco vivía días dramáticos. "En este momento estoy viviendo una situación verdaderamente angustiosa, porque peligra mi vivienda por falta de pago, por un aumento inesperado. Dios quiera que no suceda porque pierdo el registro y la jubilación. No puedo contener las lágrimas al escribirlo", dice a su madre.

Por aquellos días, Coco le vuelve a escribir a Buby. Hace una descripción lúcida y conmovedora de la dictadura, a pesar de su

enorme fragilidad. Me pareció muy interesante su comentario respecto del uso de la P mayúscula al escribir la palabra Proceso.

"Hoy, a siete indescriptibles años de profundo dolor por la trágica e impune hasta hoy desaparición de Papá, nuestro Padre, recibo la revista *Claves* […] Varias veces me dijiste que hay hombres que perdieron el derecho a llorar, pienso que como gran político que sos puedes tratar de ahogar las lágrimas, pero debo ser un mal alumno tuyo, porque en estos momentos mojan este papel y cuántos interminables días corrieron por mi cara, ¿cuándo terminarán? deseo que pronto. Impaciencia del corazón. Porque el horror que nos hicieron vivir en nuestra Argentina los amorales enajenados del Proceso, con la participación de civiles corruptos por ambición de poder y enriquecimientos sin causa que hasta hoy no declinan su posición en instituciones de orden público para amparar su clandestinidad delictiva y vejatoria, aun cuando algunos directivos de sociedades y agrupaciones deportivas renuncian para que por la democracia se elijan las autoridades. Vivimos en esta ínsula con la presencia aberrante de los Falcon del Terror, incluso los policías de Tránsito portando sus armas de guerra. ¿Todavía? Aun los que imbuidos como yo ya saben del Poder Fedante, necesitamos ayuda para tener lo que debemos dar. ¿Fe, qué queda para los demás? El transcurrir estos atroces años, para sobrevivir, nos obligaron a aprender a no comer, a no curar nuestros males, porque ganarse la vida honradamente no estaba comprendido en las aberrantes realidades del Proceso que hasta la fecha, no han podido explicar por sí [mismos] ni por ningún traidor a la Patria, cuáles eran sus objetivos.

"Iniciaste la denuncia ante las autoridades del Proceso del secuestro y desaparición de Papá, con el apoyo de Mamá y mío con el peligro inminente para tu vida y la de los tuyos. Cuando escribo la palabra Proceso es más fuerte que yo el hacerlo con mayúscula, pienso que es el terror que todavía queda adentro mío. Prima en mí el instinto de conservación, para sobrevivir y pensar que mis hijos no tuvieran que sufrir vejaciones, aunque algo soportaron; aun con el incontenible dolor de tenerlos lejos. Hoy como por tu ayuda y por mis hijos y por vos siento deseos con esperanzas de continuar viviendo. Te abraza, Coco."

Whisky en las rocas

A fines de 1982, Josefina volvió con Jenny y sus hijos. Los fuimos a buscar a Ezeiza y después del té con scons, los mismos que Kuky hacía para las tardes de cartas de Josefina con sus amigas, Jenny abrió una valija. Me dio un papel. "Cuidá este sobre", me dijo. "Tiene papeles muy importantes. Te llamará Juan José Montes de Oca, un amigo mexicano, para que se los lleves."

Apenas se fueron abrí el sobre. Estaba el folleto del Banco de Mendoza que anunciaba en 1973 el remate de la finca de Victorio Cerutti, también la escritura de compraventa de la Casa Grande y varios papeles más.

A los dos o tres días, Juan José Montes de Oca me llamó. Me citó en El Blasón, el bar de la esquina de las avenidas Pueyrredón y Las Heras. Fui con mi mejor vestido de entonces, una túnica blanca bordada de blanco que había comprado en Ecuador. Me envolví la cintura con una faja de colores que había comprado en Córdoba durante mi viaje de egresadas de séptimo grado. Y fui con los papeles, aunque Montes de Oca no me los hubiera pedido. Se los llevo igual, pensé, no los quiero tener en casa.

La cita fue a las cinco de la tarde. Llegué al bar, por supuesto, muy asustada. ¿Quién será este Montes de Oca?, me preguntaba. Le había escuchado la voz. Era un mexicano simpático y entrador como los Cerutti.

Abrí la puerta del bar y empecé a buscar al personaje en cuestión. "De bigotes gordos, no demasiado alto", se describió. Pero me encontré con una mirada más que conocida, con esos ojos celestes, transparentes, fríos, que conocía desde chiquita. Buby estaba sentado a una mesa. Me temblaron las piernas. Se había dejado un bigote largo, aunque demasiado rubio para ser mexicano. Seguía gordo y panzón. Fue una alegría verlo. "Si entra la policía vos decís que no me conocés, que sos una mina que me acabo de levantar", aclaró. Empecé, obvio, a tener más miedo. "Nunca me escribiste ni siquiera una carta", reclamó.

La mejor defensa es un buen ataque. De todas maneras, era verdad, nunca le había escrito una carta. Pero tampoco pensé que una carta mía podría haberle interesado. Para mí, Buby siempre había estado

bastante lejos del amor, de los hermanos, los primos y los tíos. Le hablé de Victorio, le dije que lo extrañaba, le pregunté si sabía algo de él, si se había muerto.

"Papá estuvo vivo hasta hace unos quince días", me dijo. No le creí. Sabía que las bestias habían asesinado a Victorio no más allá de un mes después del día que lo secuestraron. Supimos también que, como empezó a sentirse mal, en la ESMA lo pusieron con las chicas que estaban por parir. Cuando lo pienso ahí, viejito y torturado entre semejante dolor y sufrimiento, se me estruja el corazón.

Buby me dijo aquel día que hasta se ofreció a cambiar la vida de Victorio por la suya. "Le propuse a Harguindeguy que habláramos de comandante a comandante."

Mi tío no quiso que le dejara los papeles. Hasta me recriminó por haberlos llevado. Me pidió que no le dijera a nadie que lo había visto; no podía más del miedo que tenía. Pasaron unos días, volví a encontrarlo en Exedra, la confitería de la esquina de Carlos Pellegrini y Córdoba.

"Whisky en las rocas, como decimos en México", le pidió al mozo, siempre en estilo rimbombante. Cuando terminamos de tomar nuestros tragos, fuimos hasta el estacionamiento donde tenía el auto y ahí guardó el sobre en el baúl.

Aquel día en Exedra Buby me comentó que había vuelto del exilio para recuperar los bienes de Victorio y acceder a una indemnización del Estado para la familia. Una forma de reparar el daño que la dictadura nos había provocado.

Venas

Para Ingrid y Horacio el exilio fue arrasador, a pesar de todas las palabras inteligentes y racionales de mi padrino. Ingrid se adaptó mejor a las contingencias cotidianas, hasta que no aguantó más y se cortó las venas. Por suerte se salvó. Cuando estuve en México, me mostró las cicatrices que tenía en las muñecas.

En una carta muy cariñosa, como siempre, Ingrid me decía que todos estábamos desperdigados pero que teníamos hermosos recuerdos para vivir. A Kuky le dijo que la quería como a una hermana, que habían hecho lo mejor para ayudarse una a la otra mientras construían su familia. Que la mente se le iba con los recuerdos, me decía.

Mi tía bailarina no toleró el frío, ni la nieve, esos inviernos interminables. Tampoco la enfermedad de su compañero de toda la vida. En 1985 a Horacio le diagnosticaron un tumor en la cabeza. A mi tía se le sumaba la distancia de sus hermanos y de sus hijos. Para darle un poco de descanso, mis primas Diana y Andrea decidieron que Horacio viajara a Buenos Aires para instalarse en la casa de Mónica, que ya había vuelto al pago. Mónica también sufrió el exilio, pero mi prima siempre tuvo un "espíritu" curioso y reflexivo. Pudo adaptarse y conocer Ecuador, el país donde también se había exiliado la familia del padre de su hija. Tuvo amigos y novios. Durante aquellos años, Mónica y yo siempre nos mantuvimos cerca. Podría hacer otro libro con sus cartas.

Mi padrino empezaba a vivir sus últimos días. Estaba muy enfermo, Ingrid no podía tolerar más dolor. Recuerdo las tardes que la acompañé a hablar con Dios y María Santísima cuando Horacio estaba preso en La Plata en 1976. Manejaba a mil. Sólo quería volver a abrazar a Tati.

Mercedes-Benz

Josefina vive con Buby y su familia en Buenos Aires. Va y viene entre Mendoza y la Capital, entre el Hotel Balbi y el departamento de Buby en Belgrano. Para las fiestas de fin de año de 1983, mi tío alquiló una casa en Mar del Plata. Pasamos una Navidad muy triste. ¿Y Horacio?, ¿Ingrid?, ¿Malou?, ¿los chicos?, ¿las chicas? ¿Y Victorio?

Instalada la democracia, mi padre nos escribió con un poco más de ¿esperanza?: "Queridos hijos, aquí la soledad sigue siendo infinita pero por suerte volvió la democracia y ahora puedo volver a decir que soy hijo de Victorio Cerutti de Chacras de Coria".

Coco perdió todo. Mientras se liquidaba con vino y alcohol de la peor calidad, soñaba su sueño magnífico. Sentado en uno de esos hoteles donde vivía mientras pasaban los peores personajes, soñaba con manejar una coupé Mercedes-Benz. Se la compraría cuando recibiera la indemnización que le daría el Estado a la familia por el asesinato de Victorio y el robo de sus bienes.

Buby ya había empezado a pensar su juicio contra las bestias de la dictadura. Fundó la revista *Claves,* que ya había editado en Mendoza; excelente pantalla para hacer pie en la política porteña. Buby y familia alquilaron un departamento en Colegiales a unas cinco cuadras del nuestro. A mi prima Mariela la inscribieron en la escuela primaria donde iba María Eugenia. Alguna que otra vez vinieron a comer a la casa de Kuky.

Escribano

¿Sin querer? ¿Sin saber? Todavía hoy me pregunto cómo pude estar en un lugar tan peligroso. ¿Por Victorio?

En cuarto año del secundario mi compañera de banco era Stella Moeremans, hija de un marino funcionario de la dictadura en el Ministerio de Educación. Vivía en el mismo edificio que nosotros, arriba del Seguro de Vida Militar. Stella era amiga de alumnos de la Escuela Naval, por ejemplo, Carlos Zaratiegui, hijo de Horacio, uno de los almirantes más cercanos a Massera, además de ser un defensor de aquella noche espantosa que oscureció al país. Otro de los amigos de mi amiga era Jorge Arosa, hijo de Ramón Arosa. Jorge y yo fuimos "novios" entre octubre de 1977 y enero de 1978. Me presentó a su padre, que llegaría a ser comandante de Operaciones Navales de la Armada y jefe del arma durante el gobierno de Raúl Alfonsín. ¿Qué le habrá dicho su padre cuando mi noviecito de entonces supo lo cerca que mi familia estaba del Negro Massera?

Casi cuarenta años después conocí a la esposa de Carlos Zaratiegui en un seminario de yoga. Me confirmó que a todas las novias de los marinos las investigaban.

En el grupo de amigos había uno que no era marino, pero era como si lo fuera. Ariel Sosa Moliné, hijo del escribano que certificó la firma de Victorio para permitir que el ex almirante Massera se apoderara de los bienes de mi abuelo. Por supuesto, esos detalles todavía no los conocía.

Con el tiempo até cabos. Desaté amigos. Dos o tres años después de terminar la secundaria, fui a bailar con Stella y unos amigos a la disco Hippopotamus en Recoleta. Pero estaba incómoda. Ariel Sosa Moliné se ofreció a llevarme a casa. Le conté que estaba buscando trabajo como secretaria en algún estudio jurídico. Me recomendó la escribanía de su padre. Fui a la entrevista, la secretaria del padre me tomó un examen de dactilografía, pero nunca me llamaron. En plena campaña electoral de 1983 me crucé en Lacroze y Cabildo con Ariel. Yo ya sabía casi todo. Cuando le pregunté si entonces sabía que era la nieta de Victorio, me dijo que sí.

Ariel Washington Sosa Moliné fue uno de los responsables del desapoderamiento de los bienes de Victorio, que, ya secuestrado y

desaparecido en la ESMA, firmó una carta de pago a favor de Cerro Largo S.A. por el precio de los terrenos. La firma había sido registrada por Oscar Jorge Maglie, notario de la Prefectura Naval. En la ESMA, Victorio fue obligado a rubricar el registro de firmas y el recibo. También fraguaron asambleas, incluyeron a accionistas inexistentes y le dieron un poder general a un tal Pascual Gómez, que no era otro que el capitán Hugo Berrone, conocido en la ESMA como “el Alemán”, otro de los matones de la banda de Jorge “Tigre” Acosta.

El poder que exhibió Berrone en Mendoza fue otorgado por Ariel Washington Sosa Moliné, titular del Registro Notarial 306 de la Capital Federal, entonces miembro del Consejo Directivo del Colegio de Escribanos porteños y profesor del colegio El Salvador. El barrio de Victorio que nombraron Will-Ri S.A. y que se constituyó en la oficina de Sosa Moliné fue el eslabón de la cadena que condujo a Misa Chico, la sociedad con la que Massera blanqueó a su favor los bienes de Victorio Cerutti.

Los detalles de la operación económica que hizo el comandante de la Armada Argentina son de terror. Digo terror, porque ¿qué otra palabra podría usar? Un año después, Misa Chico estaba en Cerrito 1136, piso 10º, siempre en Capital Federal. ¡El departamento de Massera!

Podrido

Mi padre se recuperaba un poco, y volvía a caer, cada vez peor. A principios de 1984, Coco volvió a escribirle a Josefina, que ya vivía en Buenos Aires.

"Aquí la soledad es infinita y el trabajo brilla por su ausencia, esta noche de Reyes espero que se acuerden de mí." Mi padre le confiesa a Josefina que ante un futuro trabajo nuevo no sabe cómo presentarse: "No tengo ningún traje". Buby y su familia, con Josefina, estaban en Mar del Plata. Unos días después volvió a escribirle a su madre. Le dijo que estaba angustiado: "Deseo pronto iniciar otra vida […] un hecho para mí fundamental es no seguir mangueándole a Buby".

Quince días después, le escribió otra vez a Josefina: "Estoy esperando que me digas cuándo vienes, te puedo asegurar que estoy pasando un difícil momento de soledad, no he comido un sándwich desde hace cuatro meses. Estoy deseando ir a comer a un restaurante, algunas veces estoy con hambre, hago todo lo posible para ahorrar pero me cuesta mucho, es realmente difícil, porque cuántos deseos tengo de comer arroz con pollo, vos sabés bien lo que hemos pasado, estoy podrido de [el bar] Don Claudio, me sirven en bandeja, por supuesto sin pan, vivo en mi casa a salchichas de Viena y ensalada de tomate, estoy harto de lo mismo, y frutas y frutas, tengo que seguir, adelgazar es la solución, qué fácil es engordar".

Para cerrar la carta, se refiere a las declaraciones de Ernesto Sabato sobre los desaparecidos: "Qué triste escuchar que la guerra contra la subversión no fue una guerra sino un genocidio y que la cúpula episcopal fue el principal apoyo, habíamos vuelto a la Inquisición".

Sobre

En julio de 1984 estábamos en el Hotel Balbi de Mendoza, donde vivía Josefina. Buby también andaba por su tierra. Ese día, mientras charlábamos en el lobby, alguien preguntó por el doctor Cerutti. Buby lo saludó y le recibió un sobre; no pude saber si había papeles, dinero o qué. Me dijo que era de alguien que vivía en el barrio que las bestias habían fundado en la tierra de Victorio. Y agregó: “De todas maneras, lo que viste, no lo viste”. Claro; no lo vi pero lo vi, pensé.

Ya no

Horacio se instaló en lo de Mónica en Buenos Aires, pero enseguida viajó a Mendoza. Se encontró con Coco y con Svend Guldberg, su cuñado, que recuerda que "Horacio ya no era el mismo. Estaba perdido. Decía cosas desconectadas. Horacio ya no era Horacio".

El tumor le había afectado algunos centros nerviosos. Lo primero que había perdido mi padrino amado era su carácter expansivo, las ganas de divertirse y de hacernos reír. También había perdido las ganas de gritar y de mandonear.

Ingrid llegó a Buenos Aires a fin de año, recuperada de su intento de suicidio. Horacio y ella iban y venían del Hotel Castelar, donde se había instalado Josefina. Se pasaban las tardes los tres juntos como allá lejos y hacía relativamente poco tiempo. La Casa Grande volvía a estar muy cerca. Horacio había decidido quedarse en la Argentina. Por el momento, vivirían con Mónica.

Pero a fines de 1986 mis tíos tuvieron que regresar a Canadá porque Horacio corría el riesgo de caer preso de nuevo. Quizás debido a alguna causa ligada a la cuestión Calise. Buby le dijo a Mónica que era mejor que Horacio volviera a Canadá.

Ingrid y Horacio se asustaron mucho. Como era peligroso salir por Ezeiza, mis primos me pidieron que los sacara del país por Montevideo en alíscafo. En Carrasco tomarían el vuelo a Canadá.

Partimos los tres una madrugada de diciembre de 1986. Se cumplían diez años del primer exilio de Horacio. En Montevideo nos alojó una amiga querida que cuidó a mis tíos como si fueran sus padres hasta que subieron al avión. Antes de volver a Buenos Aires, los desperté y los abracé tan fuerte como pude. Les dije que los quería, que no quería que se fueran. Lloraba sin parar. Y con todo ese amor entrañable que Horacio siempre me dio, me dijo que él también me quería y que le hubiera encantado que fuera su hija.

En marzo de 1987 Ingrid me escribe una carta muy triste. Todavía le quedaba la bronca por todo aquello que había pasado. Les costaba readaptarse a Canadá. Sabía que no sería fácil pero quería intentarlo. Horacio vivía en un hogar para gente mayor donde lo atendían muy bien. Los fines de semana iba a su casa.

Pulmón

Coco le contó a Josefina que recibió un llamado de Buby: “Es la primera vez después de más de diez años que escuché la voz de Buby afectuosa, realmente me emocionó, le agradecí por la operación, cuánto esperé para recibir un tono de aprecio, espero que dure”. Se refiere a una pequeña cirugía que tuvo que hacerse. Buby y Josefina lo ayudaron a pagarla.

También le escribió a Horacio, su hermano mayor: “Los otros días me sorprendió tanto tu llamada que me faltaron palabras… pero me alegró tanto oírte, levanté una copa por vos, como quedamos. Años difíciles nos han tocado vivir, pero pienso que nos debemos sentir orgullosos de haberlos podido enfrentar”.

Le dijo a su hermano mayor que Josefina estaba físicamente mejor que él. Agregaba: “Me acompaña un infarto, edema de pulmón, diabetes y la enfermedad que produce el cigarrillo, achicamiento de la aorta y de las arterias de las piernas, y el martes 4 de diciembre me tuve que hacer la circuncisión, pero claro, me quedó el pito 0 km”. Qué forma tan particular de referirse a las enfermedades. ¡Dice que lo acompañan un infarto y edema de pulmón! La enfermedad como compañía. “¡Por qué no me habré subido a un árbol como lo hacías vos!”.

En otra carta le comentó cuánto lo acompañó su madre mientras estuvo en el hospital: “Se bancó la hora y media de la operación, llegó en el momento que me llevaban y se fue poco después de que volví a mi pieza. Y sentí la importancia una vez más de la soledad, Horacio: no tenía quién me mojara los labios, seis eternas horas para que se me pasara el efecto de la anestesia […] a las 6 de la mañana me fui del hospital, ¡le pedí permiso a la enfermera y rajé! Mamá me acompañó todo lo que pudo”.

Ingrid le recomendó a su cuñado una serie de remedios naturales, sobre todo vinagre de manzana con miel. Una cucharada en ayunas.

Mi padrino le contestó a mi padre, pero su letra ya no tiene la fuerza ni el trazo ni los ángulos ni ese fluir simpático y cariñoso que tenía. Es una letra chiquita que se cae: “Mi memoria está volviendo pero es lenta”, dice Horacio. Mi padre le confesó a su hermano mayor su dolor por la enfermedad que padecía mi padrino. “La gran puta,

cada lágrima que salió de mis ojos por vos, en estos últimos tiempos, te va a costar una botella de Chivas por cada una, preparate a trabajar por los menos cien años más para 'empezar' a pagarme". Y le agradece haberle enviado "esos dólares a Mamá porque ella me los mandó y pude comer". Pero mi padrino ya estaba muy enfermo. Mi padre también le comentó a su hermano acerca de su imposibilidad para caminar, una cierta dificultad en las piernas que le duró un tiempo largo y que se mejoró cuando volvió la democracia. ¡Qué claros son los cuerpos!

El 25 de diciembre volvió a escribirle: "Como podrás imaginarte nuestra situación social se ha dado vuelta a nuestro favor, ahora somos víctimas y volvimos a ser los hijos de Victorio Cerutti de Chacras, pero plata todavía nada, y en mi profesión intentando levantar cabeza. Cuánto cuesta empezar de nuevo. […] Sabés que durante años pensé que tenía dificultades para caminar […] pero desde hace pocos años y gracias a Nasiff, mi médico a quien le debo la vida, que descubrió que era solamente una sensación, mis estados nerviosos se reflejan fundamentalmente en las piernas […] sé que esto te traerá gran alegría, por eso te lo cuento, por fin esa liberación".

Cubrecama

De vuelta de Montevideo, en diciembre, defendí mi tesis para recibirme de socióloga. Relacioné inmigración italiana con desarrollo de la industria vitivinícola de Mendoza. En el invierno había estado varios días viviendo en Mendoza con mi padre mientras estudiaba en archivos y bibliotecas. Un día volví a almorzar y me encontré con una mesa cubierta con un mantel blanco que en realidad era el cubrecama que usaba mi madre en los tiempos que vivíamos en Mendoza. Por primera vez en su vida, mi padre me había preparado la comida. Hacía mucho frío, y mientras comíamos el platazo de langostinos con salsa golf tomamos un vino blanco muy rico. ¡Brindamos por la vida!

Perfume

En un viaje a Mendoza, unos amigos que no sabían la historia de mi familia me invitaron a cenar a un restaurante en Chacras de Coria. “En una casona antigua”, dijeron. El restaurante estaba en la Casa Grande. Fui al patio. Recorrí la galería, sentí el perfume de entonces. Me senté en la escalera como cuando tenía ocho años y se me vino una imagen atroz: que por los costados pasaba esa banda de forajidos que a los zarpazos nos arrancó el reino de Victorio.

Enzo Ferrari

A poco de cumplir 61 años, el 20 de septiembre de 1987, Horacio murió en un hospital de Canadá, de la mano de Ingrid. “No quería aflojar el Tati. Mami lo agarró de la mano y le dijo que se fuera tranquilo. Que no peleara más. Papi cerró los ojos y se fue”, me contó mi prima Diana.

Ingrid quedó tan triste que, para que no sufriera otro invierno canadiense, mis primas le sugirieron que fuera a México. Tuvo varios años felices.

Después de la muerte de Horacio, mi padre también achicó su letra. Siguió muy triste a pesar de la alegría que le daba volver a vivir en democracia. “El ambiente social ha pegado un cambio de costumbres, totalmente inusual, qué pena no poder aprovechar estas circunstancias que estimulan y alegran el espíritu”, le decía a mi hermano en enero de 1987.

En 1988, mientras ya vivía en Italia, mi hermano me escribió desde Mendoza una carta que también muestra las huellas de aquellos años en la Casa Grande: “Anoche fui a ver *El último emperador* de Bertolucci, que me gustó más que nada la historia del tipo […], y cuando terminó me fui hasta Chacras a eso de las dos de la mañana, solo, y de paso para despedir el auto. Intenté cambiar la película y me imaginé que era como un plueblito en un lugar del mundo, quizás un país de Europa con una ruta de primera y yo iba en un auto tipo BMW, en pleno otoño, abrigado y solo a mirar. Paré en la puerta de la Casa Grande, miré detenidamente el frente y descubrí arriba de la puerta un trabajo tipo escudo en el cemento, con racimos de uvas […] y pensé que podría vivir allí alguien como Enzo Ferrari, un viejo canoso de mal carácter pero de esos genios con historia que al paso del tiempo y posiblemente sin que a él le importe se les reconoce todo, y se le agradece, pero el mismo paso del tiempo los arrolla con su realidad y de pronto vi que las columnas de la casa tenían enormes raíces que rompían la vereda, la calle y la tierra se hizo de cristal transparente debajo de mis pies, viendo que estas raíces se mezclaban con el fuego en el centro de la tierra. Emprendí el viaje de regreso mirando por las vías los álamos de otoño marcando un infinito, por varias cuadras anduve velozmente en un túnel de árboles de oro y

neblina. Hoy de a ratos se ve la luna y mañana tal vez salga el sol”.

Patada

Josefina pasó sus últimos años en un geriátrico muy sencillo en Villa Devoto. Lúcida y crítica, aunque melancólica. Lloraba sin parar. Murió en septiembre de 1990. Estaba por cumplir noventa años. Tuvo no sé cuántos abortos, jaquecas infinitas, problemas cardíacos, diabetes. El escenario de sus últimos días no pudo ser distinto de como había vivido. Así nos pasa a todos.

Tres semanas antes, Malou había estado en Buenos Aires para acompañar a su madre. La habían internado por un coma diabético, enfermedad que adquirió recién en los últimos años de su vida. Como también tuvo Coco. Y al mismo tiempo.

Pagar la internación de Josefina fue más que un conflicto entre Malou y su nueva cuñada. Hacía poco que Buby se había separado de Jenny y estaba en pareja con Patricia Cimini, su ex secretaria.

Antes de regresar a España, Malou le pidió a Fabiana que si Josefina moría le guardara el libro con las poesías que escribía su madre. Pero fue imposible rescatar ese cuaderno.

Fabiana había pasado varias noches con Josefina durante su internación*:* "Malou fue muy buena onda conmigo. Cuando volvió a México me pidió que fuera todas las semanas a ver a Josefina. Estuve sola con mi abuela muerta en el velorio. Me sentí tan sola. Los azulejos blancos de la sala de velatorios me quedaron grabados en la memoria", recuerda mi hermana.

Mónica no se separó de Josefina hasta que murió. Buby no apareció; no quiso ver muerta a su madre. Al cementerio de Chacarita fueron mis primos Juan Carlos y Mariela, los dos hijos de Buby, en un auto. Mónica, Kuky y Fabiana en otro. Los demás Cerutti estábamos en el exterior. Coco, en Mendoza.

Buby tampoco fue al entierro porque —dicen— tuvo un pico de presión. "Espero que después de la muerte de la abuela podamos estar más unidos", dijo Juanqui, el hijo mayor de Buby. Pero sucedió exactamente lo contrario: los conflictos se agravaron.

Camisón de seda

Josefina me dejó un camisón de seda natural celeste con una puntilla maravillosa, y también una poesía: “María *canción de amor* Ríen tus mejillas *ojos dorados* inquietos, celestes *Josefina, presente de alegría* oro, polen de frescura *vuelos de ternura* Lee y persevera *Recordá* Te lo pide Mamá”.

Te hice caso, Mamá. Si estás en algún lado, verás qué obediente he sido. Traté de recordar lo más posible. Así como si estuviera jugando con vos a la casita robada un domingo después de almorzar. En la Casa Grande.

U$S 12.000.000

Con los hijos de Buby no nos vimos casi nunca más. Sí nos reencontramos con Buby en el transcurso de una serie de juicios que varios de sus sobrinos decidimos hacerle. Buby cobró una indemnización de casi 12 millones de dólares-pesos del Estado Nacional por el robo de la finca de Chacras de Coria luego de que un juez lo declarara único heredero de Victorio Cerutti. Ningún familiar vio en el Boletín Oficial un aviso ínfimo que se publicó una vez donde se llamaba a los posibles herederos. Buby jamás se puso en contacto con nosotros para informarnos de la sucesión de nuestros abuelos. O sí, me mandó a decir que como había cuidado a Josefina y se había ocupado de llevar adelante los juicios sin ayuda de ninguno de sus sobrinos, consideraba que era el único heredero de un dinero que por supuesto ya no existía.

Lulú

Cuando yo era chica, la relación con Malou fue difícil, la sentía hostil, me parecía dura. Ahora creo que a veces ella trataba de que yo fuera un poco más independiente de mi madre.

Ella en España y yo en Italia, empezamos a comunicarnos más. Le gustaba que la llamara por teléfono. En una de las últimas cartas me contó que estaba infinitamente triste porque se estaba muriendo su compañero madrileño. Me aconsejó que aprovechara la vida en el sentido total, de las pequeñas cosas, lo cotidiano, hasta el más importante acontecimiento.

Malou vivió varios años en México, trabajó en una editorial, pero su lugar en el mundo fue Madrid. Quería vivir en la capital de España desde que se enamoró de Fernando Mas cuando era adolescente. Y lo logró. Cuando llegó a España se encontró con Fernando, quiso retomar la relación pero él estaba casado y no sentía lo mismo. Malou se quedó viviendo un tiempo en la casa del hermano de Fernando. Empezó a pintar. En 1993 hizo una muestra en Madrid, en homenaje a Omar, el padre de sus hijos desaparecido la misma noche que su padre.

Luego de la Navidad de 1992 mis hermanos y yo viajamos desde Cúneo, Italia, donde vivíamos, hasta Madrid para pasar Año Nuevo con Malou y nuestros primos. Miramos fotos. Fue un placer "volver" a la Casa Grande aunque estuviera en Madrid. Creo que nos faltó disfrazarnos para que el recuerdo fuera total. Malou hizo una carne al horno con papas, batatas y pimientos, "al más puro estilo Casa Grande-Josefina". Malou vino a mi casa en Cúneo, Italia, y juntas fuimos a Borgomanero.

Había conocido a mi familia italiana en 1988, apenas llegué a Italia. Quise ver qué cara tenían los parientes de los que Victorio me hablaba mientras se llenaba de espuma de afeitar o se ponía gomina. En Borgomanero Malou conoció a sus primos lejanos. Mi tío Giulio, un hombre de la misma edad que Malou, le decía Lulú, y ella lo corregía:

—*Sono* Malou.

—Ah, Lulú!

Echado

Durante varios años Coco alquiló una casa antigua estilo Chacras sobre la calle Rufino Ortega, hasta que en 1990, apenas un mes después de la muerte de Josefina, lo echaron a patadas porque no pagaba el alquiler.

En uno de mis viajes de Italia a Buenos Aires, una prima de mi padre me llamó y me pidió que fuéramos a buscarlo. Hacía varios días que se había instalado en su casa. Viajé a Mendoza. Lo encontré boca abajo, hundido en una cama como huella en el barro. A su alrededor los perros habían hecho de todo.

Todavía no he podido poner en letras la angustia, el dolor que sentí cuando vi a mi padre en ese estado. Sólo recuerdo la pregunta que me hice: ¿Cómo hago para levantarlo? Tenía que sacarlo de ahí cuanto antes, pero apenas podía sentarse en la cama. A su lado, en el piso había una caja de cartón donde llevaba sus miles de palabras escritas. Sumaba anteojos, pipa, cigarrillos, billetera vacía, algún billete suelto, muchísimas recetas de remedios varios. El resto de las cosas materiales que las personas acarreamos a lo largo de nuestra vida estaba en una pieza que le habían prestado los dueños del bar Don Claudio.

“Quiero a mi mamá”, me dijo cuando logramos salir de esa habitación, mientras el sol de Mendoza le iluminaba la cara. Días sin bañarse. Estaba completamente perdido. Le dije que era grande. Que cómo a los 63 años iba a estar pidiendo por la mamá. Miró al piso como si dijera “te entiendo, pero quiero a mi mamá”. Y entendí, o creo que entendí. Al ratito empezó a volver de su infierno. Estaba tan solo que ni siquiera podía acompañarlo. No sabía qué hacer con él. No daba más. Cada viaje a Mendoza era un viaje a no sé qué laberinto de mi padre. Estaba desesperada. Anduve un poco vagabunda con él, de bar en bar. Me decían que lo internara. ¡Ja, es fácil decirlo por teléfono!, pensaba.

Caminamos mucho por la calle San Martín. De café en restaurante. De restaurante en café. Encima, estaba tan sucio que no podíamos quedarnos en lugares cerrados. Pensé en bañarlo en algún lugar, en pagar una noche de hotel, pero tampoco pude.

En un viaje anterior también lo había encontrado hundido en la

cama del Hotel Monterrey, cerca del Mercado Central. Tenía endurecidos los pulmones de tanto pucho. Se secaba como el jardín de la Casa Grande, como el pino, como el rosal de Josefina. Pero resistía. A la noche me pidió que tomáramos unos vinos. Ya no le decía que no tomara, que le hacía mal. Por supuesto, prendió un pucho. Mientras él pitaba, yo cargaba una cucharada de jarabe contra la bronquitis. Mi padre abría la boca como si fuera un niñito. Me daba tanta tristeza, tanto dolor, tanta impotencia. Decía que quería curarse, pero cuando estuvo internado en el Hospital Central también prendió un pucho. A costa de tanta diabetes y tanto descuido, casi le cortan una pierna, pero zafó. No se la cortaron. Murió entero. Quizás le faltaba alguna muela.

La última vez que lo vi fue en Mendoza aquel noviembre de 1991. A Jorge, mi hermano, le había pedido que lo llevara a Italia; a Horacio, que lo llevara a Canadá; a Buby, a México.

"Cómo lo íbamos a mantener si ya para nosotros la situación era más que difícil." Además de la comida estaban su salud y sus tratamientos, me dijo mi hermano. Y así era. Claro que a los dos nos dolía verlo así.

Aquel noviembre recorrí geriátricos, lugares donde pudiera vivir un poco más cuidado que en la calle. Encontré uno para que se quedara por lo menos hasta que recuperara fuerzas, hasta que despejara la bruma que lo envolvía.

"¿Puedo llevar minas?", me preguntó con un pucho en una mano y un vaso de whisky en la otra. Que no me preocupara tanto, me dijo, que sabía cuidarse. Que me fuera tranquila a hacer mis cosas. "Yo me arreglo", aclaró. No puedo recordar el bar donde lo vi por última vez. Apoyé las manos en la mesa, le di un beso. Me paré. Le di otro beso. Y me fui. Sentí su mirada en mi espalda. Supe que un poquito se recuperó.

En julio de 1992 viajé a Grecia. Sabía que volvería a Buenos Aires en septiembre y que iría a Mendoza a ver a mi padre. Quería contarle que había estado en Grecia. Crecí con los recuerdos de Coco en Atenas. El agua y el sol del Mediterráneo. Quería compartir con papi esos ancestros que nos unían, esas ruinas que nos atravesaban, pero el 10 de septiembre sonó el teléfono en mi casa de Cúneo. Era Kuky: "Me llamó Johnny para decirme que ayer murió tu papá de un paro cardiorrespiratorio". Les avisé a mis hermanos, que también vivían en Cúneo.

Lo encontraron muerto en un pasillo del Hotel Monterrey, en la calle General Paz 360, Mendoza. Por entonces fumaba Le Mans. Consumía Valium, Asasantín, Rohypnol, Adalat, Hydergina, Euglucon,

Ernex, entre los varios remedios que detalló el acta de procedimiento de la Policía de la Provincia de Mendoza. Tenía su pipa inglesa Ronson sin boquilla, que conservo de recuerdo aquí a mi lado mientras escribo.

A los pocos días viajé a Buenos Aires. Con María Eugenia y Kuky partimos a Mendoza. Kuky lloró y su nariz sangró desde que salimos de Buenos Aires. Dormimos en el Hotel del Ejército.

Johnny ya había puesto a su primo Coco en el Cementerio de Las Heras. "Se fue de traje. Jamás lo habría mandado para arriba así nomás. De traje y corbata, como el Coquito hubiera querido", me dijo el primo preferido de Coco.

El primo de mi padre nos dio su caja con miles de papeles. Encontré uno donde había escrito: "Al Dr. Jorge Alberto Nasiff quien desinteresadamente durante años nos atendió a mi madre y a mí y debemos nuestras vidas. A mis hijos, sobre quienes apoyé mis deseos para seguir viviendo. A mi padre quien con esperanza alentó mi vida. A mi madre 'ña' Josefina, la madre gringa que nunca aflojó. A mi colega Celia Chumilli que sin tener bien alguno apoyó económicamente lo necesario para salvar la vida de mi madre. A todos ellos mi eterno agradecimiento".

Aquella noche, María Eugenia y yo dormimos con la caja de Papi junto a nuestras camas, más alguna ropa que luego regalamos. Aquella noche, Mendoza tembló.

Kuky, María Eugenia y yo quisimos recuperar sus cosas pero encontramos inundada la pieza que el dueño de Don Claudio le había prestado. Nuestras fotos de la infancia nadaban a bordo de pedazos del Mecano. Rescatamos alguna que otra cosa del escritorio: sellos, biblioratos, documentos, papeles que me sirvieron para conocer algo más a mi padre. Para escribir *Casita robada.*

Restos

Cada una de las muchas veces que visité la Casa Grande, le arranqué pedazos. Un cachito de pintura verde de las ventanas. Un poco de adobe. Un tallo seco de rosas. Un malvón que planté en mi balcón en Buenos Aires. Aceitunas y hojas de olivo del callejón. Astillas del portón del corral. Ripio. Piedritas sobre las que me gustaba caminar para parecerme a Mónica y a Horacito. Guardé los pedazos de la Casa Grande en un frasco chato de crema de afeitar que le robé a mi hermano. Lo cerré y me lo llevé a Italia. Cuando decidí volver a la Argentina, descargué los restos en el pozo que cavé con mis manos al lado de la tumba de los Cerutti de Borgomanero. Tiré el frasco en un contenedor. Soñé que Horacio y mi padre me acompañaban al aeropuerto.

Dólares

Pocos días después de llegar a Buenos Aires, me encontré en el subte con un amigo del Briga Gau que había sido parte del directorio de Aerolíneas Argentinas. En ese momento estaba en la Procuración General de la Nación. "Juan Carlos Cerutti, ¿tiene algo que ver con vos?", me preguntó este otro peronista de la primera o segunda hora. Nunca de la Tendencia.

A su vuelta Buby también emprendió varios juicios largos y muy complicados contra el Estado nacional que finalmente lo indemnizó cuando Josefina, Horacio y Coco habían muerto. Malou vivía en Madrid. Según Buby, sus sobrinos no merecíamos nada, porque estaba convencido de haber sido el único que había hecho algo en contra de toda aquella infamia. De aquella tragedia que asoló al país.

Pobre Buby, pareciera que el exilio, la desaparición de su padre y de su cuñado, el robo de los bienes, las pérdidas que semejante desastre nos trajo no hicieron más que aumentar su angustia antigua, su odio podrido. ¿Cómo se hace para vivir con tanto mal adentro? Durante el menemismo, Buby logró que la Procuración del Estado Nacional, a cargo en ese momento de Nicolás "Nico" Becerra —mendocino, ex "testaferro de oficiales masseristas", según nota de Susana Viau en *Página/12* el 6 de febrero de 1998—, autorizara el pago en bonos a Juan Carlos Cerutti.

Mónica y yo tratamos de hablar con Buby, pero él no quiso. Luego de horas de dilucidaciones entre primos y hermanos, acordamos emprender varias acciones legales en contra de Buby y del Estado Nacional por haberle "pagado mal". Buby no era ni es el único heredero de Victorio y Josefina.

Tuve que declarar, también por pedido de los abogados de mi tío. Las preguntas fueron muy dolorosas. Empiojó las causas para que no avanzaran.

Si Coco hubiera estado vivo, quizás Buby no habría podido hacer semejante cosa. Coco le seguía el paso. Malou decía que le tenía miedo. Horacito, en cambio, no quería saber nada. Mejor dicho, Horacito y Norma tenían miedo por Mónica y por mí.

Mónica se lo cruzó en una de las audiencias. El día anterior, Malou nos había sugerido que en vez de juicio arregláramos con Buby "por

debajo de la mesa". Fui yo la que había insistido en contarle a Malou lo que íbamos a hacer. Cuando llegó el embargo, Buby ya no tenía más dinero en el banco. Sus palabras no fueron amorosas la única vez que hablamos por teléfono.

En 1996 lo vi en Te Mataré Ramírez, un restó en Palermo. Cuando se dio cuenta de mi presencia huyó corriendo con la mujer de la mano.

Mónica y yo también nos peleamos mucho. Cuando alguien se propone hacer una movida así, diferente pero parecida al antiguo pleito de los Cerutti de Manuel —todo lo que significa el reclamo de una herencia como esa—, debería saber que vendrán años amargos. Se revive lo peor. Palabras de los padres, reclamos de los abuelos. Que cómo no nos dejaron nada. Por qué no pensaron en el linaje, no en un sentido aristocrático sino como expresión del hilo que une y cobija a una familia. En quienes los seguíamos. Nadie nos dijo que nos pelearíamos por muchas cosas que, en parte, ya ni siquiera nos pertenecían. Eran las peleas de nuestros padres y de nuestros abuelos.

Linaje

En 1997 se casó Fabiana y llegó otra oportunidad para revivir la Casa Grande. Fiesta en Italia. En 1987 mi hermana había estado en el casamiento de Omarcito en México. Fabiana se casó con vestido de princesa, como cuando jugaba con Mariana a ser parte de alguna realeza muy linajeada y chacrense. Tres noches con sus días de fiesta. Cena y almuerzo al otro día, después de que los novios partieran a su luna de miel.

Fue un encuentro divertido ese del casamiento de Fabiana hasta que lo peor de la Casa Grande se impuso, pese a estar a 15.000 kilómetros de Chacras de Coria. Malou intentó explicar lo inexplicable. Mónica le gritó y ella se ofendió. Mariana no dijo una palabra. En fin, ¡los Cerutti en Italia, en vivo y en directo!

Hasta ahora nunca pude conversar con los hijos de Malou con una mirada reflexiva sobre aquellos años en la Casa Grande. Por supuesto que en esta historia ninguno se salvó del sufrimiento. Y cada uno hizo y hace con su dolor lo mejor que puede hacer. Pero las heridas de las esquirlas que fuimos todavía no se curan.

Fabiana es la novia de la izquierda. La rodeamos algunos Cerutti y los amigos.

Alighieri

En febrero de 1999 Mónica y yo participamos de una asamblea en el ex cine Cine Gran Splendid que ahora funciona como sala anexa a la parroquia del Perpetuo Socorro de Chacras de Coria. Fue una suerte de pueblada en la que nos enfrentamos los que querían tirar abajo la Casa Grande y los que queríamos evitar el desastre.

"¿Cómo se les puede ocurrir tirar abajo la Casa Grande para hacer un supermercado?", dije, micrófono en mano. Una de las casonas históricas de Mendoza tan ligada a la industria del vino, al Malbec, a los años de oro de la inmigración, a la dictadura y a la posdictadura. También a la democracia.

Cuando terminó la reunión, el hijo del viejito Jelasich, dueño del bar (donde teníamos prohibido entrar de noche) que estaba sobre la calle Viamonte, a diez metros de la Casa Grande, nos invitó a su casa. ¡Qué rico el conejo a la cazadora que hacía la señora de Jelasich cuando éramos muy chiquitos! Nos recitó *La divina comedia*. Recordó a Victorio con mucho cariño.

Dianita capitana

En julio de 1998 se casó Diana en Canadá. Por supuesto, viajamos a Ottawa. Ingrid fue con don Rodolfo, el compañero que conoció en el geriátrico donde trabajó por varios años. Una semana de fiesta, desde el desayuno hasta la cena. En pleno verano canadiense, estábamos todos otra vez con Dianita capitana que nos regaló unos días increíbles, como sabía hacerlo cuando éramos chicos. Desayunábamos juntos. Dormíamos todos, o casi todos, juntos. Viajamos a bordo de algunos autos a lo largo de autopistas canadienses. Recorrimos lagos y pueblitos. Abríamos el capot y escuchábamos a Sandro, a Leonardo Favio, a La Joven Guardia, a Piero. Bailábamos en los restaurantes. El casamiento de Diana y Lorne podría haberse llamado “la fiesta inolvidable”.

Chacras de Coria S.A.

Cuando el Estado Nacional comprobó que Massera había secuestrado y desaparecido a Victorio y a Omar y desapoderado a Victorio, también devolvió las nueve hectáreas que no habían terminado de entrar en el proyecto Will-Ri, aquellas nueve hectáreas que estaban a la izquierda de las vías del tren. Pero cuando las tierras entran en Cerro Largo, la sociedad anónima estaba disuelta a favor de Chacras de Coria S.A.

Por lo que alcancé a saber, esas hectáreas no habrían terminado de ingresar del todo en el momento de constitución de Cerro Largo. De hecho, Buby lo dice en su declaración en el Juicio a las Juntas. La nueva empresa, Chacras de Coria S.A., tiene a Buby y a su esposa entre los dueños. Amigos mendocinos nos avisaron y alcanzamos a llegar a tiempo. Pusimos una medida cautelar en contra de Chacras de Coria S.A. que no le permitía a Buby, mejor dicho a su empresa, hacer negocio alguno con esas tierras.

En síntesis, Juan Carlos Cerutti, el hijo menor de Victorio, ex militante de la Tendencia peronista, ex subsecretario de Gobierno de Mendoza, es nombrado único heredero de los bienes de Victorio Cerutti. Como indemnización recibió en bonos casi doce millones de dólares-pesos. Y además se quedó con aquellas hectáreas. Con el olivar que había plantado Victorio.

En 2000 Horacito y su nueva esposa viajaron a Buenos Aires. Festejamos sus cincuenta años. Kuky le hizo la torta Rogel a su sobrino favorito. ¡Cómo me gustaban esos reencuentros! Riquísimo el chocolate con churros que comí con Horacito en Madrid una mañana helada. Cuánto nos da la vida.

El Año Nuevo siguiente nos reunimos en Madrid con Horacito, Ingrid, don Rodolfo, Mónica, Valeria, Fabiana y Dalyla, su hija, que había nacido en junio de 1999. Diana tuvo a Hanna, que nació en 1999. Esos días en Madrid también fueron otro encuentro Casa Grande. Esta vez, el organizador fue Horacio. Hasta cochinillo segoviano comimos. Más días de fiesta y amor.

Cada vez que nos veíamos, entre los primos evaluábamos las mejores estrategias para seguir los varios reclamos judiciales en contra de Buby. Lo más importante que logramos fue la medida cautelar

porque frenó todo lo que podría hacer Chacras de Coria S.A. con esas nueve hectáreas. Recién entonces Buby nos ofreció negociar por cifras irrisorias, que se convirtieron en otra ráfaga de Zonda con tornado.

Mónica estaba en medio de uno de sus períodos agresivos. Horacito quería aprovechar la situación para sentarse a negociar cara a cara con su tío. Me sorprendió mi primo mayor, ¡todavía tenía ganas de tener algo que ver o hacer con Buby! Mis primos querían apretar más a Buby, obligarlo a negociar por más. Nosotros también, pero fueron tan duros esos días, tan complejos los ánimos, las palabras, que mis hermanos, mi madre y yo preferimos terminar con la guerra civil.

En junio de 2006 aceptamos eso que Buby nos había ofrecido. La Justicia le levantó la medida cautelar. Y mis primos dejaron de hablarnos. Estábamos agotados. Parecía que seguíamos viviendo en la Casa Grande pero sin el jardín, sin el sol ni la pileta. Sin Victorio y Josefina. Sin primos, aunque fuéramos los mismos primos de entonces. Sin carnavales, ni ropería, ni disfraces. Sólo reclamos, gritos, increpaciones, mensajes violentos, correos electrónicos inolvidables. Desconfianzas varias. Encima, Mónica, Horacio, Diana y Andrea no se integraban al juicio que había empezado con la medida cautelar. Prometían que en el próximo viaje se incorporarían. Y así pasaron casi cinco años.

Descielo

Malou estuvo en Buenos Aires en 2001. Expuso sus pinturas sobre la desaparición de Omar en el Centro Cultural Recoleta. Brindamos en mi casa con un vino rico. Nunca más la vi, pero le escribí el 11 de septiembre de 2010. Quería saber de ella. Me contestó el 19.

Me dijo que se sentía feliz y realizada, orgullosa de sus tres hijos, que la protegían y valoraban. Que los nietos eran amorosos, cada uno con sus picardías. Fue una suerte de carta/balance de su vida. Me escribió que en España encontró su camino, pero que nada le había sido fácil. Le pesaban tantas ausencias. Hasta se preguntaba cómo estaba todavía de pie.

El 17 de febrero de 2012 le escribí a Omar, que me respondió muy rápido: estaba yendo al cementerio a enterrar a su madre. Malou acababa de morir.

No nos vimos más con nuestros primos.

Para mi sorpresa, el 12 de noviembre de 2010 (casualmente, cumpleaños de Horacito), el diario *Página/12* publicó en el "Pirulo de tapa" un texto que había escrito en un foro del diario *La Nación*. Podría haber sido el epitafio sobre la tumba del ex almirante Massera. Lo llamé "Descielo": "El asesino Massera mató a mi abuelo, mató a mi tío, se robó mi casa, mi viña, mis montañas. Mató mi infancia. Hasta tuvo la cobardía de nombrar las calles de las tierras que robó con los nombres de Caridad, Equidad, ¡Justicia! Cuando me enteré de su muerte no hace más de unos minutos me vinieron inmensas ganas de llorar y también de festejar. Pero poco puedo festejar porque ese grandísimo asesino torturador murió en su casa, en cambio mi abuelo Victorio murió de frío mientras lo tiraban al Río de la Plata desde algún avión de nuestra honorable Armada Argentina. No puedo ni siquiera brindar con el mejor vino mendocino, vino que mi abuelo Victorio Cerutti me enseñó a conocer. Siempre que recuerdo esos años no puedo más que llorar. Ojalá que no haya infierno que le abra la puerta. Su alma deberá deambular vaya a saber por cuáles tierras del cielo. Ése es su gran 'descielo', como nuestro gran destierro".

Los Cerutti quedamos desperdigados por el mundo, y todas las

familias que estuvieron ligadas a nosotros sufrieron mucho. Cuando entrevisté para *Casita robada* a Rodolfo Masera, primo de los hijos de Omar, me dijo que sus padres no supieron manejar el tema: "Malou creyó que mi padre la incriminaba. Papá quería entender qué había pasado. En fin, hubiera sido mejor si se hubieran acercado a mis primos para darles alguna contención emocional. Es real que la relación entre mis padres y Omar y Malou siempre fue distante. Pero también es verdad que entre Omar y papá siempre hubo mucho cariño y respeto. Quizás por los diez años de diferencia de edad que tenían. A la luz de los años creo que fallamos todos. Si bien he retomado el contacto con Omarcito y con Mariana, a partir de aquel 12 de enero de 1977 hubo un gran quiebre. Aquí en Mendoza hay gran parte de sus raíces y siempre estarán para ellos y para sus hijos. Lo mismo para Diego".

Los tejemanejes legales y, sobre todo, ilegales, de esta historia son infinitos. Ni qué hablar de los millones de cosas que se han dicho y vuelto a decir. Las que no se han dicho.

Pétalo

En marzo de 2014 Matilda, mi sobrina de ahora 14 años hija de María Eugenia, fue con la escuela al Parque de la Memoria. La maestra contó que Matilda le pidió que la acompañara a ponerle una flor a su bisabuelo. “Que el pétalo toque su nombre”, le pidió Matilda a la maestra. Y me preguntó: “Tía, si la dictadura no hubiera existido, ¿nosotros tendríamos una casona con pileta en Mendoza para ir de vacaciones durante el verano?”.

Topadora

El Zonda duró años. Recrudeció a veces. Incomodó almas, voló pelos. Inquietó. Si lo tenía cerca me agarraba de los *collages* que hacía con Jenny, de las palabras que aprendí con Mónica. Recordaba los chistes y comentarios de Horacio. Dejaba que me envolvieran los abrazos de Victorio, mientras sentía el sabor del té de manzanilla. Recordaba mis juegos a las cartas con Josefina; nuestras charlas también. Si el viento seguía, me paraba en los pasos de danza de Ingrid. En las veces que juntas fuimos a cosechar tomates, mientras ella tarareaba a Strauss. Si no me agarraba de los palos de la galería que se me hicieron huesos.

A esta casa habría que pasarle por encima con una topadora, decía Horacio. ¡Qué expresión! ¿Por qué? ¿Porque en la Casa Grande murió su segundo hijito? ¿Porque su padre lo obligó a ocuparse de un mundo que a él no le gustaba? ¿Y Buby? ¿Estaba enojado porque a Victorio no le gustaban sus ideas políticas? Cuántas preguntas quedan sin respuesta.

Me hubiera gustado hablar de nuevo con los que ya no están. Hubiera querido escuchar también a mis primos. Sus puntos de vista a lo largo de los años, pero no fue posible.

Empecé a escribir *Casita robada* hace cuarenta años. El día que Kuky, mi mamá, se divorció de mi padre y nos llevó a vivir a Buenos Aires. Cuando nos fuimos de la Casa Grande. Almacené recuerdos en el cuerpo. Guardé cartas y archivos en mi casa. Recordé y reproduje el amor con el que crecimos. Agradecí haber caminado aquel paisaje. Haber aprendido de mis primos mayores a aguantarme el dolor de las piedritas en los pies. Tuvimos amor y abrazos. Nadie pudo llevarse nuestros pesebres vivientes ni nuestras excursiones a la finca con Victorio, tampoco mi tinta. Ni mis letras. Desheredados heredamos un mundo que nos sostuvo.

Hilos

Extraño la Casa Grande. Extraño a mis primos. Me faltan aquellos veranos. Mi pileta. Extraño esos almuerzos, nuestras Navidades. Los disfraces. Extraño a mis abuelos, Papá y Mamá.

Los nietos de Victorio y Josefina regresamos a Chacras de Coria siempre que podemos. La última vez que estuve vi la Casa Grande arrasada por el tiempo y el descuido sin el vapor de una cocina encendida, sin Josefina, ni Ingrid, ni Kuky. Sin María con las manos en la masa, sin Victorio que nos llame para jugar, me dolió tanto que pensé que nunca encontraría las palabras; ni la fuerza para escribirlas y escribirnos. Para entrelazar aquellos hilos. Hombres y mujeres. Niños. El nono Manuel. La nona Angelina. Mami y Papi. Tati, Nani, Malou, Omar, Buby, Jenny, Horacito, Mónica, Diana, Omarcito, Jorgito, Marijó, Diego, Mariana, Fabiana, Juanqui, Andrea, Mariela y María Eugenia. Y también Gran Papá, Granny, Svend, y los nonos Mario y Teresa, el Briga y Carmencita.

Foto María Eugenia Cerutti, “Naturalezas”, mención de honor en el V Premio Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti.

La Casa Grande está deshecha. Los olivos que plantó Victorio están caídos. La pileta es una ruina. La cocina tiene el techo destrozado. El baño grande, como le decíamos cuando éramos chicos, está inutilizable. Y el patio, devastado.

Se cayó el pino del nono Manuel que envolvíamos con guirnaldas de luces. No hay rosales ni pétalos rojos, húmedos y suaves; sólo palos pinchudos. ¿Quién se robó el angelito de la fuente? Entro al garaje: amarillas las paredes y ese olor de siempre a tierra, grasa y encierro. Los dibujos de Malou permanecen como pinturas rupestres. Un gringo en sulky se escapa de los indios, da latigazos al caballo y grita "*Facciamo l' America*".

Agradecimientos

A Ezequiel Fernández Moores, mi amor.

A Aurelio Álvarez, Alberto Cabanillas, Pedro Cámpora, Fabiana Cerutti, Jorge Manuel Cerutti (h), Luis “Lucho” Cerutti, María Eugenia Cerutti, Mónica Cerutti, Oscar David “Cacho” Cerutti, Onelia Cobos, Paola Corti, Graciela Daleo, Judith Faifman, Carmen Gau, Leticia González, Francisco Javier Guardiola, Irene Guldberg, Graciela Kait, Omar Lazarte, Mariana Liceaga, María Rosa López, Raúl Magario, Guillermo Martínez Agüero, Manuel Mas, Mario Masera, Omar Masera Cerutti, Oscar Masera Pincolini, Rodolfo Masera, Raúl Maures, Pululi Mema, Daniel Mosso, Fernando Murat, Yolanda Sapia Cerutti, Silvano Savoy, Newton Tivani, Efraín Timossi, Osvaldo Wayncimer.

Bibliografía

Álvarez, Graciela Yamile. *El peronismo en Mendoza (1955-1973): su evolución y sus luchas a lo largo de dieciocho años de proscripción*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2004.

Bonasso, Miguel. *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*. Buenos Aires: Planeta, 1997.

Caballero, Roberto y Larraquy, Marcelo. *Galimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA*. Buenos Aires: Norma, 2000.

Cerutti, Malou; Masera, Mariana; Delgado, Beatriz y Beatas, Ana. *Mi mejor amigo*. Madrid: Quindici Editores, 1998.

De Vigan, Delphine. *Días sin hambre*. Buenos Aires: Anagrama, 2013.

Mellado, María Virginia. "Los trazos de la disgregación: el juicio político al Gobernador Martínez Baca (Mendoza, 1973-1974)". En revista *Quinto Sol*, n. 13, diciembre de 2009, pp. 125-150. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-28792009000100005&lng=es&nrm=iso Negroni, María. *Cartas extraordinarias*. Buenos Aires: Alfaguara, 2013.

La madrugada del 12 de enero de 1977, un grupo de paramilitares secuestró a Victorio Cerutti y a Omar, su yerno, de la finca familiar en Chacras de Coria, Mendoza. En la ESMA y bajo tortura se fraguaron los documentos mediante los que sus cuantiosos bienes pasaron a manos del almirante Emilio Eduardo Massera y sus secuaces. Vistos por última vez en el centro clandestino de la Armada, Victorio y Omar jamás aparecieron. La desolación envolvió a la familia, y una parte debió partir al exilio.

Marcada por aquella infancia mendocina y por el infortunio posterior, María Josefina Cerutti, nieta y sobrina, invoca los recuerdos atesorados entre las paredes de la querida Casa Grande para escribir un libro único y entrañable donde retrata con gracia y agudeza inusual la historia de una familia especial. La de esa estirpe de productores de vino italianos famosos por su atractivo, su elegancia y su cosmopolitismo. Pero también por sus excesos.

MARÍA JOSEFINA CERUTTI Nació y creció en Chacras de Coria, Mendoza. Es licenciada en Sociología por la Universidad del Salvador, Buenos Aires, y por la Università di Trento, Italia. En sus dos tesis estudió la presencia de los italianos en el desarrollo de la industria vitivinícola de Mendoza de fines del siglo XIX. La Fondazione Agnelli (Turín) premió su tesis italiana en 1994. Escribió *Ni ebrias ni dormidas, las mujeres en la ruta del vino* (2012).

Foto: © María Eugenia Cerutti

Cerutti, María Josefina Casita robada. - 1a ed.
- Buenos Aires : Sudamericana, 2016
(Biografías y Testimonios) EBook.
ISBN 978-950-07-5480-4

1. Biografías. I. Título CDD 923

Edición en formato digital: febrero de 2016
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5480-4

Conversión a formato digital: Libresque [image]

Índice

Casita robada

Dedicatoria

Epígrafe

Árbol genealógico

Cuna

Borceguíes

Manuel

Giuseppe Mazzolari

Arroz amarillo

Paraíso

Piel

La Casa Grande

Fatto in casa

Mamajuana

Gladiadores

Teclas

Borsalino

Entreabierta

Piriápolis

Zorba el Griego

Vértigo

Muñeca

Bubilay

Domina

Tijeras

Princesa

Far West

Kuky

Cabeza

Shakespeare

Poseidón

Pomelo

Lavandina

Dos dedos

Bruja

Ripio

Mudarnos

Safari

Gitanos

Cobijo

Membrillos

Potrillo

Jingle Bells

Aluvión

Culillos

Las Beatrices

Tendencia

Mendozazo

Cirrosis

Heredero

La rivoluzione

Gatsby

Valija

Pinchudos

Cerro Largo

Yegua

Baile

Gorda

Manteca al techo

Conejo

Pasquín

Tabique tabicada

Plancha

Divorcio

Falcon verde

Cárcel

Abrazos

Culatazos

Tacuara

Chocolatinero asesino

Diablo

Honor

“Barrio Casa Grande”

Cuba

Morir

Arranque

Huellas

Esquirlas

Cuentas

Manteles

Argentinos a vencer

Whisky en las rocas

Venas

Mercedes-Benz

Escribano

Podrido

Sobre

Ya no

Pulmón

Cubrecama

Perfume

Enzo Ferrari

Patada

Camisón de seda

U$S 12.000.000

Lulú

Echado

Restos

Dólares

Linaje

Alighieri

Dianita capitana

Chacras de Coria S.A.

Descielo

Pétalo

Topadora

Hilos

Agradecimientos

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos